

Víctor Ramírez
**cuentos
cobardes**



taller ediciones JB

Víctor Ramírez nace en Las Palmas de Gran Canaria en 1944. Estudió un trimestre Ingeniería y un año Derecho y Dirección de Empresa. En la actualidad ejerce como Maestro Nacional. Está casado y tiene tres hijos.

Presta gran dedicación a la enseñanza, interesándose, a fondo, por la problemática pedagógica, cuestión que condiciona su vocación de escritor.

Tiene iniciados, y a punto de concluir, varios trabajos narrativos a los que dedica intensamente el escaso tiempo que dispone para escribir; entre ellos, las novelas *Los alimoches* y *Flores de estercolero*, el relato *Liviarno tenemos el sueño los apátridas* y algunos cuentos.

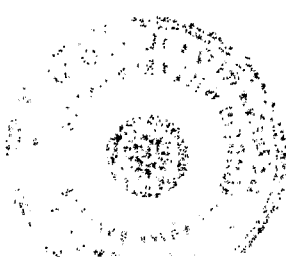
Víctor Ramírez es, sin duda alguna, el narrador de las islas que con mayor connaturalidad ha profundizado en la expresión, léxico y creencias del pueblo canario.

Cuentos Cobardes reúne un conjunto de cuentos y narraciones cortas, algunos publicados y otros inéditos.

BiblioteCan

taller siete

Serie: Creación literaria



CUENTOS COBARDES

Para José Luis Galardo,
esperando que no le
haga caso a la
lectura del libro.

Con afecto, y agradecido
Víctor

4 Julio 77



VÍCTOR RAMÍREZ

CUENTOS COBARDES

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2006



Canarias PR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>27588</u>
N.º Copia <u>633426</u>

Taller de Ediciones
Josefina Betancor
Madrid 1977



© 1977 Víctor Ramírez
© 1977 Taller de Ediciones Josefina Betancor
Calle Ambros 8
Teléfono 255 12 66
Apartado de Correos 9129
Madrid 28

Derechos exclusivos de edición reservados
para todos los países de habla española.

ISBN 84 7330 046 7
Depósito legal M 20377 1977

Cubierta: Grupo Taller
Foto autor: Angel Sánchez

Impreso por
Talleres Ramos Artes Gráficas
María Isabel 12
Madrid 11

Impreso en España
Printed in Spain

INDICE

La esperanza hecha piedra	9
Λ Cada cual arrastra su sombra	23
El poeta se alimenta de carroña y defeca flores	63
A0 Al otro lado del otro lado	67
Pero como si no	81
La vez entre después y ahora	89
χ El arranque	121
A0 La taza vacía	169
A0 Menos da una piedra	175
χ Nochebuena	183

LA ESPERANZA HECHA PIEDRA

*«es más grande que la esperanza
de un pobre».*

mentira popular

Si te pones recio, te cuento un cuento de veracidad cierta. No inquietas situaciones que adecuarse ni hurgues adelantos imprevistos. Atiende sin apuros y maldice sólo de necesidad. Es sí cuestión de papá: bajo azar y con titubeo. Un Parque de Santermo otrora y cuando aún rompía el mar sin bozal contra la escollera bravío: putea al recuerdo con la imaginación. Te prohíbo, por ello, que cierres los ojos de la evidencia, que delincas en desvaríos y que pienses en mamá. Juntos supongamos que moría un otoño tibio y que el aroma acre de un mar sin ansias subía desde el otro lado del muro raído, la marea baja, lejos. Que junto a una principal mesa de cuestación papá aguardaba átono, el periódico doblado bajo el brazo, la pena sin momentos puesta en tu asma infantil. Impórtenos sí que le habría de llegar lo inesperado, impórtenos sí la horrenda máscara invisible que cubriría su final acorde. Porque no nos tiene que importar qué ni a quién aguardaba en aquel preciso allí, en aquel preciso entonces, y sí que lo que esperaba no llegaría porque no ajustaba en su sino de desposeído clarividente. Eso. Cuando yo

acabe, no perdones ni repugnes más bien tu conciencia; que todo principio, te lo digo con la angustia que tanto me criticas, que todo principio necesita pudrirse para que el final de veras sea consunción. Pero a papá le dolía algo más que tu saludable asma. Pero a papá lo enfermaba ya, bajo inapreciables síntomas, la terca realidad que se le imponía a decisión. Aprovecha tu serenidad, imagina una mesa de caridad bien compuesta y toldeada; unas señoras de mando muestran sus emperifollos mentales sentadas entre parloteos y sonrisas y sin sonreír ni mirar a quien deja unas monedas en la bandeja para la precisada necesidad. No indagues si prodamnificados, si proinválidos. Rehúye el pro. Y concéntrate en un papá que oye, escucha, a veces mira, a veces ve. Recuerda, para mejor entorno, lo ido de infancia: a papá en clase, mostrando ejemplos sin luz a los niños sus alumnos. Porque papá debía creer que teníamos derecho a una alegría sin fe. Porque papá se tuvo que haber prometido que habría para nosotros algún futuro sin encono. Encájalo de una vez: porque papá enseñaba sin esperanza la esperanza. De ello resultaría su mirada sin ansias de infinito, de ello resultaría su sonrisa reseca, su gesto parco, su andar desheredado. A efectos de copas durante el almuerzo, hubo una tarde esporádicas enseñanzas fuera de programa. Hijos míos, hay algo más monstruoso aún que el imaginado infierno del desconocido más allá, hay aquí un más monstruoso conocido, hijos, más. Y advierte que esto lo había pregonado

antes de que hallara su ser escueto. El odio sin jugo, el odio seco, sequito, hijos, como nuestros barrancos, como nuestras aulagas, como nuestros guirres, sequito como nuestro porvenir. Y nosotros sus alumnos aprovechábamos su deserción para acentuar con nuestros devaneos sin malicia su pertinaz desamor. Lo que nunca mostró comprender, lo que nunca mostró haber percibido sin embargo, es que el odio seco fecunda más que el amor sin rumbo, que el odio seco es tal ese carbón recién apagado que seguirá calentando, que el odio si serio educa y el amor si desmañado corrompe. Y papá fue educador a su pesar, a su desconocer. Y papá nos enseñaba el camino a desandar, la vuelta que no la ida. Porque él hacía rato que no iba, porque él en algún cuándo que ignoramos ya hubo ido y llegado y visto, y desde otro cuándo que también ignoramos ya regresaba. No sabría decir oral de dónde ni adónde: pero volvía, enteco de sobrio, la mirada del desorden rígido, con la sonrisa roñosa del sin paz. Cuestión de impuesta moral, urgía aparentarse fecundo siendo un capado. Pues papá pertenecía a la incomprendida época de los capones, lo que jamás entenderás y no tienes por qué, nadie te insta. Pero lo peor de papá estuvo en su afirmada condición de capador en inocencia. Tu asma te salvó no sabrás cuánto, atiende. Que no llega más bajo la condición de hombre respetuoso de sí que afirmar todo va bueno, que sonreír todo va bueno. Que admitir a des-
tajo, mirar sin ver todo va bueno. Y el llanto a

espuertas aguantó indomable hasta mi noche de bodas, confieso por vez primera. Imaginé a papá en la suya, imaginé a papá inimaginable en amores, ido de amores sobre mamá, el llanto a espuertas digo. Y forzándome a creer, créeme, que hubo otro hombre antes en papá, en el papá de la mirada apagada, la sonrisa turbia, el regaño sin sed, en papá. Aquella tarde del cuento, papá esperaba, te repito que no nos preocupe el qué, imaginemos que apoyado contra una de las palmeras. Imaginemos que oyendo a veces y escuchando otras a las señoras de la mesa de caridad. Incluso supón que hubo algunos tristes a conocidos que pasaron por su allí. Incluso supón que hubo veces en que se sintió cansado y se acomodara en el banco de piedra gris y dejase sí de oír o escuchar necencias. Pero fuérsate a suponer que él se sorprendió al notarla acercarse y depositar en la bandeja una moneda siempre de cinco duros en sincronizada segunda, tercera, cuarta vez, diez a quince minutos de ausencia y vuelta a pararse y volver a dejar remolona caer la moneda siempre de cinco duros tintinear sobre la bandeja y mirar en decencia a las señoronas de dulce hablar, con su prioridad sin freno. No barruntes, que las señoras de mando tienen sí sus espinas clavadas, que aunque de plata la espuela pica. Pero no grangrena, argüirás con fundamento, dejémoslo. Pues papá se encontró mirando, curioseando de súbito en su cavilación, y aguardando en ausencia a la muchachona que va, viene y dejaba caridad. Por

lo cual deduces que papá dejaba de esperar lo que esperaba y pasó a esperar lo inesperado, sin equivocarte. No asientas manso, juzga rabia o me arrepentiré del cuento. Yo no soy que tú. Porque yo pienso nacido de la soledad hundida en una vagina sin calor. Y tú no has demostrado con cualquier así tu pensamiento, si tienes. Pero no hagamos del evento matriz de reproches, que somos hijos diferentes de una misma angustia. Y viene al caso volverme a preguntar si trincaste aquella su sentencia tras una de las cenas de melancolía, la radio ronroneando al fondo las noticias para abuelo, mamá y el tintineo dulce de unas lozas que se friegan y el olor de una bencina que había recién limpiado manchas, el susurro tierno de la cocinilla de petróleo calentando la yerbaluisa del descanso: hacer hombres es empedrarles toda esperanza, sin apelaciones. Por eso nos pareció sin valor, de visos cobardes. Por eso su mirada, su mirada sin asidero, sin fondo, una mirada condenada a la verdad de la verdad. De ahí su apariencia difusa, de ahí su postura impuesta, esa sensación de no estar, de no valer la pena. Y mi necesidad de amor por él se fermentaba con el odio de lo percibido, de lo precoz sin culpa. Porque nadie puede en ley arrogarse el privilegio de ser culpable venerado. Y porque sin mi pesar yo debía no caer en ser juez suyo luego de que él mismo ya se hubiera condenado, sentenciado y liberado al desamor. Y porque en mi afán de luz yo osaba juzgarle con el silencio implacable de los hijos que miran a papá, ven y callan para su sí. Y callan para su

sí, ¡qué tristeza! Y porque yo labraba mi condena terrena al sentirme capaz de condenarle con mi mirada que huye, con mi gesto que repugna. De aquí mi aparente respeto, de aquí mi aparente hombría de bien: me había atrevido a juzgar al padre con el sin fundamento de todo juez. Y yo acabé siendo causa; pues si tuvo odio dejó de alimentarlo, porque si tuvo odio yo le forzaba con mis asperezas corteses a amar. Y recordé sin tino su sonrisa más triste aún: y el llanto de la justificación tardía e irremediable lo aguanté hasta el sin posibilidad. Dios, ¿por qué lloras?, me preguntó Malena, dolorida tras el sacrificio de su himen. Por amor, le respondí escueto, sollozante, papá en el recuerdo sin ostentaciones, como siempre y ya ido sin retorno. Por amor, sí. Y Malena calló respetando y consoladora. Porque en su momento debí, sin deber, gritar: no, papá, no. No, no, papá, eso no. Pero en su momento yo también callaba ante lo inevitable. Y seguí mirando agravantes. Como llorar ablanda y domeña, como la noche era de sacrificio, de olvido, papá volvería, con Malena entre mis brazos, a ser olvidable. Si te canso, aguanta. Se precisa la divagación, comprenderás. Volviendo: admitiremos que alguna de las señoras de mando perdería alguna de sus sonrisas perdidas en aquella muchachona que acaba de poner una monedita en la bandeja repleta de caridades. Admitamos asimismo que papá pugnaba desde hacía rato en recordar por encima de su curiosidad ante la que acontecía; tantas alumnas había tenido, tan-

tas. Pero aquélla no era común, sino especial, de recordable cierto. Pero aquélla era de ojos ansiosos de ansias, de boca apremiante, de trasero irrespetuoso, pero aquella era de andar inequívoco y de vestimenta sin aliño. Tantas eran las alumnas que había tenido, tantas. Hasta que un atisbo de recuerdo iluminara su rostro apagado; y esperó papá a que viniera de nuevo, porque tenía que venir de nuevo ante la mesa petitoria. Y vino, puntual. Pero vio mejor y aquellos ojos no eran ansiosos sino deprimidos, aquella boca no era apremiante sino premiosa, aquel trasero no era irrespetuoso sino malhadado, y que lo inequívoco de su andar y el desaliño de su ropa eran los de la Susa, los de la pobrecita Susa. Tú tienes que recordarla, aunque nos cogiera su marcha del colegio muy niños. Pero tienes que acordarte de ella, ponte agudo. Recuerda que era la mayor de la clase cuando nosotros éramos los hijitos del maestro. Que nosotros aprendíamos las primeras letras en menos de un mes y ella después de más de seis años de escuela apenas si escribía su nombre o deletreaba el periódico. Sí, era Susa la Culona, la menguada en cerebro. Susa la Culona, quién sabrá por dónde, infeliz vieja, andará ahora o si no habrá muerto, quién. Papá la acababa de recordar también, imagínalo. Papá se olvidaba, imagínalo, de que esperaba a alguien y se arrojó, como los sin fe, a lo inesperado. Era vergonzoso para el saludo y el compadreo, pero majadero para la curiosidad. Y se decidía a seguirla, a ver dónde. Supón que la tarde se hacía

noche por momentos, que la gente no merodeaba por la escollera, que paseaba su desidia de anhelos por la calle mayor, iluminada, ruidosa. Y que a su detrás distanciado la veía recorrer callejas en laberinto, en instintiva buscada pérdida, despistable hasta dirigirse al paseo marítimo y llegar a una de las desdentadas del muro que daba al mar. Y por la que de un salto se perdía hacia la escollera, plana en su más acá tras el muro. Y que papá se acercó a ver el qué, ya con la débil sospecha de lo insospechable. Y que bajo la noche incipiente papá se encontraba, se iba a encontrar con que habría una opción de ser su destino por unos irreversibles momentos y una oportunidad a cambiar la careta, arrancarse la que nos mostraba y dejarse la suya propia, ser su sí verdadero de una vez por siempre y sin reencontro. Papá, piénsalo, no vería al repente. Pero sí oiría soledad y murmullos juveniles a través del ruido acurrucador de las olas que con dulzura salvaje cacheteaban los monolitos de más afuera. La noche no era tan oscura, me dice el mal recuerdo. Papá se habría acostubrado a la oscuridad antes de haberse acercado, me dice el mal recuerdo. De ahí: la duda, la inexorable duda. Quiso darme la decisiva lección. Su sacrificio fue estéril, quería agotar su enseñanza en mí. Es lo que me repito a veces para la mayor tortura. Que fue educador hasta lo inabordable. Que por eso no le temblaría el paso, que por eso apuró el trago de la hiel hasta el final. No, sí. Sígueme, vayamos al sin quizás, déjame con mi sí-

sifo: atiende y te ruego que era papá, que depongas tu incomodo. Bajó por donde ella lo había visto papá. Y antes de que nos lograra ver, ya nosotros lo habíamos visto: es lo que me dice el otro mal recuerdo, y la tortura no tendrá reparos, nunca las ha tenido. Hubo el reproche fugaz entre nosotros antes del intento de desbandada, ¿no te dije que te quedaras acechando por si venía alguien?; la disculpa fugaz, ¿quién iba a sospecharlo después de siete sin? Sí, que yo también estaba y además cinco: el Ruano acababa de metérsela y la sacó presto y despavorido al ver nuestro intento de huida. A mí me tocaría a su luego, y nos detuvimos ante el instinto de sinceridad insalvable que hubo en su gesto, que nos pedía calma, que no nos fuéramos, irreconocible por mí hasta ese momento. Y nos quedamos quietos. Por favor, no finjas odio moral: nunca lo habrá en ti, elegido. Necesito el desahogo inútil; por eso te llamé después de tanto tiempo: que también te concierne por atolondrado hombre de acción e hijo de la misma angustia hecha padre en él. Moriré pronto y te dejo en herencia la carga, no la deseches. Este cuento tiene fin. Un fin que era principio, el principio de un largo fin: el de papá y el mío, y desde ahora quizás también tuyo, sigamos ya sin torceduras. Que Dios tiene puesto para todos.

Y habló con su voz más pedagógica, fue cuando lo reconocí: aún no se había acercado del todo al grupo. Continúen, hijos, continúen. En su to-

no había ya la esperanza hecha piedra que nunca hasta el final lo abandonaría. Sigán, sigán con la tarea: acercándose con lentitud, temeroso del resbale. A mí se me heló, sí, la sangre, como bien supondrás, y antes de esconderme en aquel entrante que había entre dos contrafuertes bajo el muro, pude balbucir a los compañeros: me conoce, no me descubran, éste me conoce. El pecoso Ruano, tal vez lo recuerdes, era de mi curso y ese mismo año había sido protagonista de la comedia que nos tocó en el colegio: sí, tienes que recordarlo. El no me vio, papá no me vio, tengo que creerlo hasta el final, sin dudas, que él no me vio, papá. Que me escondí a tiempo y sin que se diera cuenta, que yo estaba oculto por los otros cuando él apareció. Tengo que creerlo, tengo que creerlo. Que él no veía bien de noche, aunque la noche fuese de lo más clara; tengo que creerlo, tengo. Demora; a Ruano le costaba armar de nuevo, asustado con la presencia de aquel señor allí, que lo animaba a que por él no se sintiera incómodo. Susa parecía despreocupada en su memez y paciente ante la momentánea impotencia de Ruano, que por fin, cosa de un minuto. Y mientras Susa, pobrecilla, y mientras Susa se limpiaba con aquella desmaña suya, lo volví a oír de nuevo, dulce, doctamente: niña, no vayas ahora. Vete luego, una vez termines con todos. Así te evitas viajes innecesarios. Susa parecía no oírle, terminaba de limpiarse; ya Ruano se iba, como acordamos al principio. Quien termine se va y nos espera en. Como acordamos al principio, lue-

go del sorteo para el turno. Los compañeros guardaban silencio, no se hacían al estar allí de ese hombre mayor de gafas doradas y pelo cano y habla sabida, de ese hombre que no arredraba a la desgraciada Susa más que aquellos muchachitos de quince años que tan generosamente le dábamos cinco duros por hacer cosas feas y para los niñitos subnormales. Papá repitió: vas luego, ¿entiendes?, luego, cuando acabe con todos, ¿entiendes?, con todos, y así no pierdes tiempo, ¿sí? No, iba ahora porque no se cansaba de ver a aquellas señoras de caridad allí sentadas y de oler como olían de bien y de oír lo fino como hablaban de lo lindo. Papá dijo bueno y ella no mostraba haberlo reconocido. Y pasó por su delante y desapareció por la desdentada, donde estaba un tal Almendáriz de vigilancia, por si otro acaso. Tú sigue imaginando cómo estaría yo, ahí oculto, a unos pasos tan sólo de él; papá sí. Imagina: veme. Dos de los tres que ante él quedaban dijeron de irse, que no podrían hacerlo con usted ahí mirando, señor. Pero él intentó tranquilizarles, no se apuren por mí, que no miraré: anden y no sean bobos, hombres. Yo no terminaba de creérmelo, no era posible aquello, no entendía nada. Luego sí parecería entenderlo, pero siempre con un no; la duda de si él me supo allí oculto o de si no me sabía allí oculto. Dios, Dios. Incluso preguntó en qué colegio estudiábamos; recuerdo que Robaina mintió, en el Instituto. Buscaba inútilmente la conversación que apaciguara tranquilizadora. Y calló. Callaría hasta el final. Susa, Susita

oh, Dios mío. Porque Susa volvió, acabó con Quintana, se fue a dar el óbolo, volvió de nuevo para despachar a Almendáriz, desapareció, volvió. Ya sólo quedábamos allí yo oculto y papá sentado en un canto caído, silbando el origen de mi perenne duda, silbando la nana de la abuela, el arrorró con que la abuela nos dormía a todos sus nietos, porque él me sabía allí, él me puso siempre allí, porque por fin había hallado la gran ocasión para la gran enseñanza, para la gran lección: oh. El ronroneo del mar allá, los latidos desbocados de mi corazón ahíto de angustia, la melodía melancólica del arrorró saliendo de sus labios; nunca antes lo había oído silbar, nunca lo vería más silbar, y Susa regresaba a por él. A pesar de que yo deseara con todas mis fuerzas que Susa no volviera, que se olvidara de aquel hombre casi viejo, que creyera que ya había acabado, sí, que ya nadie la esperaba para darle los cinco duros por hacer cosas feas, volvió. Papá, vete papá, vete —rezaba acaso llorando yo—, vete, no vuelvas, Susa, no. Pero Susa sí volvió y ocupó su sitio, tumbada de espaldas sobre la roca plana, grande. Yo debía cerrar los ojos, llorar a gritos, sin contenciones, salir chillando del escondrijo; no, papá, no, no lo hagas. Pero no; yo también seguí en mi sitio, yo también fui mi destino quizá por única e irrevocable vez, yo aguardaba el qué. Y vería a Susana con la falda arremangada hasta por encima de la cintura, su sexo mohíno martirizado tanto, su sonrisa de tonta alegre por primera vez en toda la tarde. No, él no me sabía allí, tengo que

creer hasta la muerte que él me ignoraba en esos momentos, una vez, dos, tres veces, sus jadeos, los de Susa, no, no. El tenía que ignorarme, él, papá. Ni en casa, ni en la playa, nunca sino allí; sin los pantalones, sus piernas velludas, descarnadas, grotescas. Era la gran lección, sí, no. Al cabo: te daré, toma estos dos billetes, ¿sí? Pero ella no quiso: al que fue mi maestro bueno no le voy a cobrar.

1975.

CADA CUAL ARRASTRA SU SOMBRA

*A la memoria
de mi padre.*

Había dos vasos en la barra y una botella, dos vasos acabados de vaciar y una botella mediada, también, una lucerna de araña en el techo, viejísima, de cinco brazos de metal y tres bombillas fundidas, una luz tenue, vidriosa, espolvoreada, de las que hacen amusgar la vista arrugando el entrecejo y la nariz. Había dos hombres apoyados contra el mostrador, dos hombres que se hubieron mirado por unos momentos a los ojos cuajados, como si hurgaran recíprocamente en las pupilas del otro, borrachos, y buscando consuelo cómplice, entibiados sus corazones, asegurándose que sí, que tú también eres un hombre, igual que yo, pues tu mirada es un pozo de interrogantes y de amarguras pardas, desvaídas ahora, un pozo sin fondo visible, donde cabe todo, y uno de ellos hubo de decir, no se sabe cuál, que Dios aprieta pero, se dice, no ahoga, que es lo malo, que no acaba de ahogar.

Fue en una tienda de barrio, en una de éstas en las que además te sirven bebidas por la parte de allá del mostrador, separada por una mampara de chapa de latón del lado de acá, donde se

venden los comestibles, y cintas para el pelo de las mujeres, hilos de todos los colores, hilos de coser y de bordar, y libretas, petróleo en un pequeño surtidor, chocolate viejo, corrompido, un chorizo extremeño cagado de moscas colgado al techo, y más. Parecía hético el que despachaba, aunque no tosía, con la mirada echada fuera, ansiosa, el bello leporino, mimoso, nariz afilada en paralelo, ganchuda, las mejillas chupantes y descoloridas, sucias de barba salteada; y echaba maldiciones en su íntimo más cercano el que despachaba, y soplaba y bazucaba un caldo de pichón en una taza de barro vidriado esmaltado de blanco con dibujitos azules, un caldo calentito que acababa de traerle su hija la mayor, la del trasero respingón. Y se repetía entre soplos que tras cornudo apaleado y que jodido por el día y jodido por la noche, y mañana, ¿qué mañana, si ya pasa de la medianoche?, y dentro de un par de horas al mercado, que yo trabajo, señores, por si acaso no lo saben. El que despachaba ponía la vista con demasiada insistencia en un reloj despertador que colgaba, algo milagrosamente, en la mampara y que tapaba la cabeza de la bañista del almanaque.

...Maluisa fue y me llamó siseando; me le acerqué. Es Maluisa la hembra de uno del sur, parece buen hombre, no se te mete con nadie, adiós por adiós, se porta caballero y es de ver cómo viste, elegantón, clavel en el ojal, perfumado, y hasta se enrolla un pañuelo rojo o verde de seda al

cuello, y del que cuentan no pudo soportar las continuas pejugueras de su legítima y acabó arriándose a Maluisita, solterona a quien se le escurría la esperanza con sus cuarentitantos inviernos bien conservados, por cierto, solita desde que murió su madre, y muy servicial, mujer de su casa. Maluisa, que ahora irradia puro contento, el párraco ya no la saluda y tan amigos que fueron, si la viese cómo canta en la acequia cuando lava. Y se me viene y susurra al oído, no fuera nadie a oírla, Blasín, te lo tengo que decir porque me levanta pena tu madre, yo sé lo que es una madre viuda desde joven, y porque me indigna esto, sabes que no soy amiga de noveleras, yo a lo mío sin olisquear lo ajeno, porque cada quien que soporte su sí y su no, a tu madre la aprecio como a la mía que Dios la tenga descansando, y se persignó, y porque me da coraje venga un abusador borrachín, madriguerado tras un cargo principal, a molestar a una pobre viuda, atosigar a una santa mujer. Dios solo sabrá qué fatiguitas habrá pasado para sacar adelante, ella sola, tres hijos, y más como estaba la vida tras la guerra, yo sí lo sé, ese barril de ron porque sí y ya está, porque no es un hombre cabal, sino un baboso putañero, dispensa la palabrota pero estoy envenenada la sangre, que ha puesto sus asquerosos ojos en, bueno, a lo que vine, tu madre no, no está vieja, no, ten cuidado con el Rimero...

...Me eché novia demasiado joven. Mal asunto éste de echarse novia muy pronto. Apenas unos

chiquillos los dos. Era de mi mismo barrio. Su casa en la esquina de arriba, la mía casi en la esquina de abajo. Siempre fue la más bonita, mal asunto. No te aconsejo que tu novia sea la más bonita. Conoces a las mujeres, viejo. La buena es el tesoro que no brilla. La otra, la que encandila, es oropel, puro sebo barnizado. Linda como el arcoiris sobre el Atlántico, y yo hacía mi faena, aquel trabajo en el Sequero. Y ella me la jugaba mientras. Dice ella que no. Y dice mi vieja que no puede ser. Que la honradez rezuma en su mirada. Anda, hijito, anda. Suda ilusiones, suda. Que tu novia te espera con impaciencia. Se la come la impaciencia, viejo. Con los ojos en blanco, ansiosa de tu calenturiento cariño. Haz guardia, arrúllale al desierto. Que ella suspire sobre su mullido lecho por tus arrumacos. Y no te acuerdes de tu vieja, viejo, ¿para qué?...

Y los vasos se habían llenado otra vez, la botella trémula, derramándose el ron, un charquito oloroso y titilando los reflejos de la lucerna en el cinc de la barra. El que despachaba libaba caldo ya entibado y miraba por encima de la taza, atravesado, mirada de sapo, a ese par de plomos, borrachos sucios, bodegas, mejor me pagaran de una vez y se fueran a soltarla donde la cogieron, eso me pasa a mí por despachar a borrachos. Y se apoyaba con la palma de la mano libre y con el canto de su cadera contra el borde de una consola con tapete de hule color cacao y

que estaba llena de botellas arriba, en el medio, debajo. Se dijo encorajinado y extremadamente lívido que los vasos están llenos y no beben los condenados, todavía queda en la botella, por si fuera poca mi desgracia ¡maldita sea mi suerte! Mientras, miraba obstinadamente el despertador.

...sí, ten cuidado con el Rimerero. ¿Cómo?, mosqueado; que abras el ojo con el Rimerero, sé lo que me digo; y mi atención, impacientada con tanto circunloquio, se encabritó sin entender aún ni tanto así, Maluisa siempre me pareció buena mujer, y me mantenía intrigado, ¿cómo que tenga cuidado con el Rimerero?; tú haz lo que digo, me da rabia ese puerco cara zanahoria, fanfarrón abusador, así nadie puede verlo, y respételo usted porque tiene que ser importante, no me explico cómo no le quitamos el cargo. Por favor, Mariluisita, calma, serénese, que me tiene embrollado y estoy ya nervioso con tanta intriga, sí que todo el barrio le tenemos cierta tirria, pero dígame de una vez de qué he de cuidarme; tú sigue mi consejo, Blasín, que no se me cuarte la lengua, tú lo sabes, y dejé el potaje al fuego, me voy, que ahorita mismo llega Adolfo el mío...

...Si conociera yo el paño, madre. Déjeme a mí y no se meta. Que no quiero disgustos con usted. Pero nada, la vieja no me haría caso. Uno, en la ruda lejanía se acuerda algo de la vieja, al principio. Si tienes que coserte un botón o lavarte la ropa, ¿verdad? Pero, y pronto te haces a todo. Entonces, el recuerdo queda repleto de la otra,

y sus miradas, aquel beso que le robaste, su mano sudorosa y tibia en la tuya y paseando. Mamarrachadas de las que no escarmientas. Y de la pobre vieja ni te ocupes, a menos que cojas una fiebre o te duela la tripa. A la novia ahí va carta diaria, y fotos. Las sobras para la vieja; ¿y a usted qué le digo, madre? Y no se te ocurre lo más mínimo que escribirle. Resulta tan pesado...

El delantal del que despachaba, a efectos de la penumbrosa luz de la lucerna, parecía un precioso cuadro impresionista con ribetes surrealistas, una pesadilla chillona de cromática mugre. Tenía el que despachaba unos ojos abotagados, quizá por la obligada vigilia, y le temblaba la taza, vacía ya y olvidada en su mano, la rabia rumiándole maldiciones en su mutismo zorruno: ¡fuerte diarrea de hombres son éstos!, cuenta el uno y cuenta el dos, ¡y qué historias!, para morir de asco, sin escucharse, a la vez, me ponen la cabeza hecha un tambor, la voz pastosa y grave uno, atropellada, flautina y nerviosa el otro, ¡y ya pasa de la una!, santo cielo, cualquiera dice que se vayan; es tan flojo este mi carácter. Y volvía a mirar el despertador y, apenas más abajo, el ombligo de la bañista del almanaque.

...y se iba Maluisa, dejándome con las preguntas colgadas entre los dientes, imagínense cómo quedaría, quedé saco vacío inflado; a mí tampoco me caía lindo el Rimero, que digamos, pero ni caso, a mí qué, él por su acera y yo por la mía, sí, jodelón del pobre, no permitía ni reparar una

pared sin el permiso del consejo, pero corderito cuando llegaba Navidad y los tenderos le hacían regalito y el de la panadería le mandaba su mazapán correspondiente; y desaparecía Maluisa por la esquina cuando recordé que alguien me dijo, me hubo dicho hacía algún tiempo, que el Rimero había pretendido los amores de mi madre, allá por jóvenes ellos, cuando la guerra, yo me lo hube tomado a lo simpático, socarrón, y que mi madre le dio caldero por peleón y putaño, guapetón él, eso había dicho quien me lo dijo; y con esto trajinando mi mente caí en el caso de que el individuo me miraba raro, seco, y me decía adiós sin embargo, cosa poco frecuente en él, que apenas saludaba así con la cabeza...

...Sí, resulta tan pesado escribir a la vieja. Y la novia engañando. Ella decía que no. Ni que yo fuese tolete. Tanto ir a misa para eso. Nada, que ésas son las peores. Pero yo la quería mucho. Y es tan bonita la condenada. Y parece modosita, la vista en el suelo, no fuese a derramársele. Si las vieses dirías: buena muchacha, sí señor. Todo el mundo lo decía. Ah, a mí no me engañaba, lo reconozco. La quería mucho, a lo ciego. Eso duele, querido. ¿Tú me entiendes? No. No me entiendes. Nadie entiende a nadie. Es la vida. ¿Y por qué?, vamos a ver. A fin de cuentas tú también tienes un alma, ¿no? Tu dolor es dolor también, y el mío. Pues ya está. Puedes entenderme. Lo malo es que uno sólo ve con sus propios ojos y ¡claro!...

El que despachaba vio como un trocito relumbrón de cielo cuando oyó que el de labia pastosa lo había mirado y dijo dirigiéndose a él, interrumpiendo con patente esfuerzo sus confianzas: Creo que debemos irnos ya, que aquí, el señor tendero, tiene sueño y necesita descansar; y: ¿se le debe algo, Cristobalito?, afile bien el lápiz, y no se tire a los mortales, eh. Y al que despachaba le temblaba el pulso cuando apretuñó un tronquito de lápiz roñoso entre los dedos de su mano zurda y garabateó sobre el cinc del mostrador, moviendo los labios como si musitara. Y siete son veinticuatro, me llevo dos. El esfuerzo mental era respetable, fatigoso. Y yo no me llamo Cristobalito, gracioso el muchacho, y que tengas que cobrar una porquería después de todo, cuando esto no hay dinero en el mundo con que pagarme, encima chanzas, Cristobalito dice el simpático. Se perdió en la suma y tuvo que comenzar de nuevo. Ocho y nueve son diez yyyy siete, y seis son.

...por eso me había dejado mosqueado la Maluisa con tanto misterio y me fui rápido a casa para preguntarle a mi madre; no quise interrogarla así de sopetón, aguardé a que me pusiese el almuerzo, mis hermanas llegarían más tarde, sobre las dos; ¿ma?, ¿qué quieres, hijo?, que qué dice Maluisa qué pasa por aquí con ése, con el Rimerero ese; yo la observaba atentamente, ella pareció cortada de remplón, encogida sobre la cocinilla que había apagado, haciéndose la que

no hubo oído, pero le repetí más fuerte ¿qué ha pasado aquí con el Rimero?; ella entonces hincó su mirada en lo que había cocinado y susurró «nada», que no pasaba nada, que qué habría de pasar, violentada, sin osar volver sus ojos hacia los míos clavados en su nuca nívea, en los tres mechones que se le escapaban del moño; ¿a qué viene esa pregunta, Blas?; es que Maluisa..., no hagas caso de nadie, habladorías. Maluisa es una buena muchacha pero, habladorías, que si algo pasare yo sería la primera en ponértelo en conocimiento; y me miró por fin con una sonrisa consoladora, a tranquilizarme, y por primera vez en siempre vi que mi madre no era vieja, sí, Maluisa tenía razón, y debía ser bonita en su juventud, de facciones pequeñas y correctas, algunas arrugas, pero embellecedoras, ennoblecedoras, mi madre es de piel fina, satinada, y no está envejecida a pesar de tanto trabajo y fatiga que habrá pasado, pensaba yo olvidándome del Rimero, hasta que me acordé de éste y fue una rabia ruborosa, caliente, la que cacheteó mis mejillas y la que revolvía mi estómago; no como más, no tengo apetito, y me levanté; ma, si ese hurón osa algo, no esperes a que me entere por otra persona que no sea tú, no tengas miedo y dímelo ¿eh?, bueno, me voy a acostar un rato, avísame a las dos; ya salía de la cocina, pero madre no atajaba sus nervios, haciéndose la trajinando con los calderos, pálida, cambiándolos de sitio sin motivo, recambiándolos, que algo pasa, ma, y debes decírmelo, no esperes a mayores consecuencias, que

soy el único hombre de la casa y tienes dos hijas solteras y con novio, no vayan a decir, fíjate bien...

...Y la vieja ponía cara de circunstancias. Llevas siete años con ella. Decía la vieja regañándome. Eso no se hace, dejarla por nada. Y yo le digo a usted que no, madre. Esa no me conviene. Usted me quiere, ¿no? Pues déjeme con lo mío, madre. Sé lo que me traigo. Que las mujeres de hoy no son como cuando usted. Son mulas las mujeres. Y la vieja se ponía mohína conmigo. Ahora la culpa es suya. No, es mía, por zoquete. La vieja tenía razón. Por eso fastidian los noviazgos largos. Te amarran. Pero yo la quería, cada vez más. Claro: conmigo era muy decente: no toques, está mal. Y yo, bobo, no tocaba. Me consumía pero creciendo el fuego. Si un día te pones de novio, procura que tu vieja no se encariñe con la novia. Es una jodienda de las grandes. Es un robo grave lo que haces. Le has hecho perder contigo sus mejores años de vida para ahora dejarla por boberías tuyas. Por celos sin fundamento, me decía. Y Dios te castigará, me repetía. Que Dios no tiene por qué castigarme, madre. Yo lo vi con mis propios ojos, madre. Y no me deje caer, por favor. Es perro enamorarse para total leche. Y lo tristemente gracioso es que te casas y se acabó. Lo que tanto ardía se apaga, fuuuus, con un soplo...

El que despachaba calzaba sandalias de tiritas; y sus dedos, amarillentos, peludos, uñas ar-

queadas de negra suciedad, asomaban feos, gusanos, nauseabundos, sin que lo advirtiese nunca; el que despachaba no acostumbra mirarse los pies. Y ahora miraba el despertador y el ombligo de la bañista del almanaque, la entreingles no, que le daba escalofríos. Ya había sacado la cuenta, no sin esmerado trabajo, una verdadera birria, y sólo le faltaba esto para remachar el clavo, que si pago yo, no que invité yo, déjalo, que no, que yo, pero ni el uno pagaba ni el otro hacía amagos de sacar el dinero. Y suplicó con la mirada que, por favor, acaben ya, que dentro de unas horas he de ir al mercado, que casi son las dos; ¿yo qué habré hecho para merecer esta cruz, Dios?, y de tea. Su cabello jaldado y finísimo, lacio, sudaba aplastado contra su huidiza frente pálida, iluminada, reverberando la lucecita que bajaba, débil, del techo. El que despachaba, cuando habla, ganguea; por eso apenas habla, pero piensa mucho que habla, y él solito, en su mente, entabla sustanciosas conversaciones, interpelándose, animándose, se insulta, se disculpa, acabará chiflado. Pero por fin cobró, una verdadera birria; y dice el puerco ese que si se ha roto algo, ¿por qué no van a dar la lata al Cacatúa Dorado y así verán que no hace falta romper nada para que les levanten el sueldo de un mes, borrachos? El que despachaba no había ido nunca al Cacatúa Dorado ni a ningún cabaret. Pero yo no escarmiento, y me lo tengo merecido, por ju-dío, por tolete; luego, viva la madrina, me llama Cristobalito, el muy sojodido. Ahora que se van

a ir, el que despachaba había perdido el sueño, mala suerte.

...que no ha pasado nada, Blas, no seas bobo, habladurías, bah, y acuéstate, anda, ¿qué va a pasar?, tú sabías, ma; y me fui al cuartito de la azotea, me boté en el colchón, aturdido, la barriga vacía, y no logré dormir un poco siquiera; cuando sentí llegar a mis hermanas: ya falta poco para las dos, y tuve que levantarme más cansado que cuando me acosté; es que tengo, yo, dos hermanas, sí, más pequeñas, a una le llevo once meses y a la otra algo más de dos años, son dos joyas, bonitas como atardeceres por el Peñal, y tienen novio, parecen muchachos de bien, no los trato apenas, serios, pero yo los amarro firme, que si no, ya sabes, el más cojo baila, pues no vayan a creer que porque no tengan padre van a volar como palomas sin palomar, no señor, eso sí que no, que yo les corto las alas, a las ocho en casa a más tardar, qué se han creído, hoy la juventud, sa sabes, que si tienen que decirse algo en casa es el mejor sitio, ya tendrán tiempo de querenciarse cuando se casen, y les sobraré, además: tú sabes cómo somos los hombres, donde nos pongan echadero nos acurruamos, para que luego vengan las lamentaciones, fue en un momento de locura, que si la engañó el muy sinvergüenza, que no, que hay que prevenir, ¿o no?, que luego ¡Dios qué he hecho!, y los palos a la madriguera el conejo ido, disculpas y demás jairadas. Trabajan en Calzados Segundo,

la más pequeña es la cajera, a lo mejor la has visto, ¿qué?, ¿no es preciosa?, se parece a mi madre ahora que lo pienso, además les dije a mis cuñados que si iban a salir con mis hermanas que abriesen el ojo, que para pasarratos sobran planes, que yo era a lo efectivo el padre y tenía que mirar por la honra de mi casa, pero parecen buenos muchachos, que traen buenas intenciones, uno de ellos es maestro de escuela, con gafas, tranquilito, bien vestido, serio, buenas tardes y se sienta tieso, ¿habrá besado a Cionita?, me daría risa, tan serio y tieso, je, a Cionita se ve que le gusta él, allá ella, no lo he visto riendo aún...

...Con un soplo se apaga. Sin embargo no escarmentamos en testa ajena. Y acabas casándote, aún esperando lo que te aguarda. Parece una maldición eso; parece no. Lo es. Trabajé en el Sequero, lejos, te dije. Las pasé perras tragando arena, rumiando sed que tienes que engatusar con agua salobre. Fuerte frío de noche en la carpa. La carne era piedra elástica. Y el sol que te ciega y te cuarteja los labios. Tú habrás oído hablar de aquello. Pero hay que pasarlo, que se nada bien fuera del agua. Si lo supe yo. Y te sabía a suela de zapato con aceite y vinagre. Linares decía: a mi suegra parece esta carne, por más que muerdas ni la mellas. Linares era mariaca; y tenía suegra decía. Uno, sin embargo, se acostumbra a todo, suerte...

El que despachaba tal vez dormiría ya. Mientras cerraba a espaldas de los borrachos la puerta canela con paneles verdes, se había dicho en su para sí que por fin se fueron, y una alegría pequeña, descansadora, le subió de los pies a acariciar sus enormes párpados ranosos. Dios: qué cruz. Y el bobo es uno, por vender la bebida por botellas y a tales horas, cuanto más a dos que vienen cargados, para luego faltarme valor, clavarlos de mala manera. Nada, el que despachaba nunca escarmienta.

Fuera, en el conticinio de la noche mansa, primaveral, de celajes claros, diluidos, sin luna, las estrellas como lagrimitas frías y distantes, borrosas, había una brisa besucona entrando por los humedecidos ojos de dos hombres borrachos que se hubieron sentado en el murillo del arriate que estaba enfrente, con flores amarillas, rojas, lilas de borde amarilloso, azulonas, dos borrachos que ahora empinaban la botella: primero tú, te toca a ti, déjamela a mí, por riguroso turno. Y el silencio, de pronto, se agudizaba por el contraste del croar unas ranas allá abajo, en el estanque de limo verde, al otro lado del barranco, justo en medio de aquella finca de plataneras, y del estridente y continuo, majadero, lamento chirrioso de ese grillo por ahí cerca, quizá entre estas mismas flores. Eran dos hombres borrachos, callados a momentos pensativos, tristes, sorbiendo ruidosamente uno por la boca del gollote un ron con color de orines viejos y contem-

plando absorto el otro hasta su vez. Eran dos borrachos oreándose.

... es muy serio, mi hermana, en cambio, es algo cascabeles con sus bromitas y bullangueras risotadas, pero si a ella le gusta el muchacho que le aproveche. Esta mañana me había ido al trabajo como de costumbre, puede que un poco antes por ser sábado y darle un buen avance al asunto este de la cocina que estoy reparando aquí por la capital, a ver si lo acabo la próxima semana ya, me dije, y antes del mediodía me sentí más que satisfecho por lo adelantado y decidí dejarlo por hoy; serían las once y ya estaba harto de tanto desriñonarme, toda la semana apencando como si fuese un esclavo, hasta las tantas de la noche, agobiándose uno para nada, les dije a mis peones, tengo tres: muchachos, esto murió por ahora, aquí tienen la manteca; y les pagué, desistiendo, luego, de invitarme, ¿qué: una copita, Blas?, no, no, me vuelvo a casa, compré un casar de palomas y quiero empezar a enseñarlas, gracias de todas formas, otra vez será. La guagua se llenaba pronto de mujeres con las cestas y los bolsos, los cartuchos, repletos de víveres; venían de la plaza, y yo, como fui de los primeros en subir, logré sentarme junto al cobrador, Genaro, también del barrio, gordo, buey, pero tuve que levantarme, no fueran a decir, y ceder el asiento a Rosita la de Perico; mojando con la punta de la lengua la yema de su pulgar, daba los tickets y cobraba, sin mirar-



me, devolviendo en calderilla que se le escurría entre sus dedos rollizos, hablando como quien mastica carne dura: el árbitro estaba vendido, no dirás que no, ¿aquello se pita?, vamos hombre, y entiende del fútbol, claro, el técnico; y a mí me divierte verlo tan interesado, tratando asunto tan importante. Al fin llegaba yo a casa, la calle era polvillo blanco, silencioso, espolvoreado por una brisita callada, imperceptible, era el perro tuerto husmeando una piedra, era un pajarillo chirringo abandonando el ligero temblequeo del alambre telefónico, era una mujer vestida de negro, allá arriba, al final de la calleja, con una lata de agua en la cabeza, era el desalmado Rimerero saliendo de mi casa, tambaleante, destellando sudoroso de repente su cogote. La calle fue una sensación de heladez que me pinchó las pantorrillas, una idea brumosa y mala, desgarradora, ingrata, perra, que se me trincó dolorosa en la mente, fue unas ganas de morirme allí mismo o de tener las suficientes pelotas para cortarle el gaznate a aquel descasado, que no me había visto llegar porque había enrumbado hacia arriba, dándome las espaldas a mí que venía de abajo, estaba él de servicio, siempre estaba de servicio, borracho...

... Es gracioso Linares. Menudos golpes se rascaba el Sodoma, como le puso Miranda. Y me acostumbré a la soledad. Porque todos se acostumbran a todo, hasta a lo último. Ahora recuerdo que hubo Confirmaciones allá. Me tocó

apadrinar al hijo de un amigado. Pero no fue el Obispo. Un delegado, que mandó cerrar los portones de la iglesia. Nunca he podido explicarme por qué mandó cerrar los portones de la iglesia. El calor era sólido, no lo tragabas. Y dale que te habla, el cura, qué sermón. Y que no te enteras de lo que dice, todos en silencio. Y nos aflojábamos la corbata, el cuello de la camisa. Resoplábamos. Eso sí, en silencio. Respetuosos. Y nos movíamos de un pie a otro, sin movernos. Los calzoncillos se pegaban a las ingles, en las entrepiernas. No quiero ni acordarme, qué fatigas. Se me metió tal picazón en todo el cuerpo que ya. Al mi ahijado, para colmarla, le entraron ganas de mear. Pues te aguantas. Y no pudo aguantarse. Je, buenos recuerdos, je. Por fin acabamos el trabajo, volveríamos a casa...

Por el talud de tierra blanda y llena de guijarros y basura, la botella había rodado vacía, un poquito ruidosa, asustando a tres ratas que merodeaban cautelosas entres cacharros vacíos. Uno de los borrachos vomitó, aliviando así su estómago; fue el de habla pastosa, el de la novia cuica. El otro interrumpió asimismo el monólogo y lo contempló con el gesto perdido, la mirada almidonada, dando cabezadas hacia adelante, pesándole un sueño molestón, zarandeada su mente por una vorágine de sensaciones indescifrables, vertiginosas, huracanadas. Su silencio le dañaba:

... El Rimero salió de mi casa, no me enga-

ñaban los ojos, no creo que haya estado aquí con el consentimiento de mi madre, no lo creo, pensé, ¿y si entró a la fuerza?, no se atrevería, no me cabe que se atreva, siempre está borracho, a lo peor mi madre, no puede ser, Dios; yo lo mato, me chillé sin mover la lengua y sin osar seguirlo, estaba allí su mano rascando en la cintura, caminaba como alelado él, y yo, después de lo que me había insinuado Maluisa, no puedo creer, no, que ma haya, no. Entré en casa con la sensación de que corría arrasando por la puerta, por cuanto se opusiera a mi paso, pero mi andar real fue cansino, perro apaleado, rabo entrepatas, de buey arando, y ma estaba en la cocina, sentada con abandono en el taburete viejo, con la vista recogida hacia su regazo donde entrelazaba sus manos secas y blancas, redondas, dando hipidos suspirones que la zarandeaban a intervalos, las mejillas enrojecidas, habría llorado, el cabello deshilachado sobre la frente y sobre las sienes. Verla así fue relampaguearme por el cuerpo una especie de frío eléctrico que me dejaba sin poso alguno de coraje, y ¿qué pasó, ma; qué hacía aquí ese hijo de?; se asustó momentáneamente, sobresaltándose, intentando secar con desmaña las lágrimas ya secas, y acabó abandonándose de nuevo, en silencio primero y en un delirio tranquilo, como en confesión, después. Le hube seguido insistiendo en qué pasó aquí, en que yo a ese perro lo destripo aunque me pudra en la cárcel, dándome valor, horneando mi sangre, pero ma seguía silenciosa hasta que

comenzó a vaciarse monótonamente, sin alteraciones, como en un drenaje bien hecho: ese bandido me tiene aburrida...

... Sí. Por fin regresaríamos. No lo esperaba tan pronto. No te puedes imaginar mi contento. Imagínate; la novia: se me engrifaba el pelo nada más pensar en ella. Y me embelesaba viendo sus fotos casi sin descansar. Tanta prisa por casarte me lastima, bromeaba el Linares, atento, zorrillo. Y en la vieja nada, maldita sea. Para que luego tengas hijos y te deslomes por ellos. Le escribí con mayor dulzura, vainadas, que nunca. Incluso copié, cosa que nunca me hizo gracia, trozos poéticos, más jairadas, de un libro del capataz. A la vieja tampoco quise decirle de mi regreso. Les daré la sorpresa. Es más emocionante. Mi espíritu parecía padecer el temblor desde que supe lo de la vuelta. Mal asunto que se te clave una hembra entre ceja y ceja, mala cosa. No halles remedio, peor que una enfermedad...

El que hablaba pausado hizo una parada para aconsejar al de verborrea fluida, que por cierto cortó su soliloquio con verdadero malestar. Aquél, en ese ronroneo que lo caracterizaba, sentencioso, con matices de dogma, endormecedor, le susurró que procurase vomitar: a mí me hizo bien, de seguro. No le dolía ya la cabeza, afirmó petulante. Sólo me bandean un poquito los oídos. Anda, inténtalo. Métete los dedos en la boca, hasta la campanilla. Blasín obedeció. Introdujo

el índice y anular de su mano derecha, rozó con las puntas de éstos la campanilla y dio un respingo que lo resortó del murito donde se hallaba sentado. Entre arcadas que lo asfixiaban, risas lloriconas, moquito náuseo con sabor de ron podrido saliendo por sus narices, vomitó durante largos momentos. El otro parecía concentrado con seriedad en el espectáculo de verlo arrojar. Cuando concluyó, vaciado, de pie, las piernas abiertas, inspiró aire en bocanadas con fuerza, inflando y desinflando el tórax con teatral intermitencia, los brazos aspeando, cerrados los ojos, resoplona la nariz. Me siento mejor, sí. Era que ya no le trincaba las sienas esa pinza de fuego, ni le hundía con saña el estómago esa sensación de saco con escombros.

... Mi madre había empezado a desahogarse, me puse a su espalda, donde le vi un roto en el vestido a la altura del hombro casi, y una piel lechosa y brillante que olería agria y que empezaría a sublimar mi coraje sordo, prudente. Decía que ese bandido me tiene aburrida, qué se habrá creído, estoy azorada, por lo visto se piensa que soy una cualquiera; allí tengo el cuchillo para cuando vuelva a ocurrírsele, lo rajo como a una sama, el sinvergüenza ese, asesino, querer abusar de una pobre viuda, borracho hediondo, y dice que me adora, que no hace más que pensar en mí, que se va a volver loco, ni que ya no lo estuviese, más sanos y menos dañinos llenan el manicomio, vente conmigo, que no so-

porta a su mujer ni al ganso de su hijo, que por favor, que me respetaría más que a su madre, mucho la respetaría un verdugo de esos, que me respeta y casi casi me atropella echándoseme encima, perro rabioso, qué peste de aliento, como un macho cabrío, loco, Dios de mi alma, ¿me merezco esto?, toda la vida sacrificada, sin nadie que me echara una mano para sacar adelante esas tres bocas, ni familia, más pobre que las ratas, y ahora ese diablo de los infiernos acosándome como una fiera hambrienta, el daño que me había hecho le habrá parecido poco, qué dirá la gente de mí, y va y entra aquí en mi casa, él, sin permiso, mi casa, tan sagrada como un templo, desenganchando el ganchillo de la puerta, ni que mandara también en mi casa, estando yo sola, qué vergüenza Vigen Santa, ¿qué habré hecho para merecerme esto?, porque él es un respetado, y yo que no quiero ni recordar cuánto me había hecho sufrir ese hombre. Mi madre, a pesar de no alterar el tono y de parecer tranquila, hablaba como a borbotones, el tino extraviado, seguía sin notar mi presencia, con su tan blanca piel más allá del roto en su espalda, envenenada su santa sangre, y yo me hallaría más pálido que la cera, la lengua como engarrotada, temblando ligeramente no sé si de miedo preventivo o de rabia concentrándose. Y que no respete nada ese mismísimo diablo en persona, yo, una pobre viuda con dos hijas señoritas y con novios, qué pensarán éstos, y él, que no piense que es un hombre casado, más limpiadita mujer que

tiene, ésa sí que es un alma de Dios, un cargo importante, él, debería ser la señal del respeto, él, Dios mío, ¿para eso viene una al mundo?, ¿para eso tanta fatiga?, que ni asomo a la puerta de la calle se puede decir y que venga el mismo demonio y entre en mi casa, ¿ustedes lo entienden?, y luego decía que me respetaría más que a su madre, que se vaya, por favor, váyase por lo que más quiera, yo se lo decía con educación, le suplicaba, con cuánta vergüenza, no se le ocurra entrar nunca aquí o cometo un disparate, parecía un Judas colorado, sonriente...

... Y a mí se me había clavado hondo, mal asunto. Pero lo más que me jeringaba era que la vieja cogiese el partido de enfrente. Si hubieses visto con qué afán la defendía. A una hija propia no le tendría tanta ley. Yo reventaba. Y me aguantaba porque era la vieja de uno, y soy lo único que le queda en el mundo. Si no, me las hubiese pirado. ¡Qué pena no haberme pirado! Pero deja. Deja que te siga contando. Cuando llegué a la isla, era de tardecita. Y oscureció en un santiamén. En apenas dos horas salté del desierto al paraíso, me decía. En mi pecho se desbocaba la alegría. Pesaban los maletones y cogí un taxi. Casa, a oscuras, con su albeado mate, me pareció un cielo chiquito cuando me paré a contemplar la puerta canela, cerrada, las dos ventanas con macetas de helechos y ñameras. La sangre se apelotonaba en mi cuello; casi me ahoga la emoción., Era mucho el tiempo fuera.

Toqué con los nudillos y no con la palma de la mano según era mi costumbre. No me esperaba, la pobre. La vieja, apenas faltó para caer desmayada cuando me vio ante ella, inesperado. Se me quedó sin resuello, sin poder reaccionar. Luego habría las lágrimas. Y hubo unas risas nerviosas, torpes. Suénate, que pareces un chiquillo mocososo; sécate los ojos. En un momento te preparo un café. Siéntate, hijo. Madre, me doy un salto a casa de mi novia. Por cierto, ¿estuvo hoy por aquí? Todos los días viene, es muy buena, y trabajadora. Si vieras cuánto me ha ayudado. Pero estáte, que yo mandaré un niño a buscarla. No, madre. Yo voy. Quiero darle una sorpresa. En persona. Luego, y me la traigo. Prepara tú, mientras, el café...

Blasín, el que narraba de carretilla, cortó su retahíla, olfateó ruidosamente. Esto huele a perro podrido. Había señalado los vómitos y se levantaba trabajosamente, pugnando por no perder el equilibrio con tanto balanceo. Sin embargo la brisa se había portado bienhechora, despejándoles bastante las cabezas. El otro, algo ajeno, también se levantó y ambos se fueron a sentar unos metros más abajo. No se conocían ni tal vez se hubiesen visto nunca antes, seguramente mañana se olvidarían uno del otro, volverían a ser dos extraños que flotan a ras del suelo. Se habían encontrado al acabar la tarde en un bar de la plaza, se miraron con cierto recelo que busca ánimos, uno pidió fuego, el otro dijo que

no fumaba, lo siento, gracias de todas formas, y tiene suerte después de todo, menudo vicio es éste. Necesitaban hablar con alguien, engatusar a sus respectivas soledades. ¿Qué?, ¿le ganamos el domingo al Real? Y charlaron de todo lo que supieron, de cuanto pudieron, pero con el socaire del que se baña y supo guardar la ropa, no tiene éste que enterarse de nada, yo con lo mío, el con lo suyo. De aquel bar salieron hacia la cervecería. Se caían bien. De la cervecería se dejaron arrastrar a esa tasca donde te ponen una carnita de conejos que yayá. Y al final acabaron en esta tienda de barrio en que te venden queso tierno que no encuentras por ahí ni de milagro, además no se tiran alto cobrando. Pero a estas honduras ya el espíritu se había convertido en un delicioso laberinto de sensaciones flácidas; puedes, podemos hablar, que hace falta soterrar algo las penas. Y los dos al simultáneo comenzaron a deshilar sus respectivos fardos, el uno despacito, con un parloteo como de gelatina bronca, la mano derecha arqueando el vacío delante de sí, a lo sermón, y el otro nervioso, como apresurado, empujando las imágenes, no fuese a reventar, revoloteando los brazos.

... Y continuaba confidenciando, a salpicones, la voz aceitosa, pero a escupitajos, entrecortada, en lenta erupción. Decía que el Rimero, y si en la guerra, que cementándose mi alma con la resignación, tener que venir ese diablo, una sonrisa lobuna con diente de oro y un cartucho lleno

de comidas agarrado contra el pecho por las dos manos, vaya qué obra de caridad, yo estaba calentando el agua de nogal que sobró por la mañana, mis niñitos juegan ahí con la tierra, niños, que eso no se come, es caca, no sé cómo no cogieron una infección, el poder de Dios es muy grande, y vino el desalmado aquel y me tiende el cartucho: toma, para ti y los críos, no sabes cuánto me ha costado hacerme con esto, lo que se te ofrezca pídemelo, que haré lo posible por complacerte, siento mucho lo de Blas; y como un rayo que devolviera la claridad a mi oscurecida por el dolor mente, el nombre de mi marido entre el oro de sus colmillos, pude ver, comprender, y: asesino, no podía creer que un hombre bajase tanto, se enfangase de esa forma, levantar una calumnia a un hombre bueno para que se lo lleven a matar como a un burrito que no sirve, riscándolo por la puntapicuda; pero no me atreví a decírselo, la evidencia se revolvía en mi ánimo, pero era preciso, necesario, guardar silencio, ya se les inflaban los vientres a mis hijitos, se me iban de pura hambre, y tomé el cartucho que aquel perro me alargaba, cuando vi el brillo de satisfacción en su mirada de lobo, ¡fuera de mi casa, traidor!, no quiero nada suyo, aunque reventemos, tirándole a las botas el cartucho con la leche en polvo que se derramaba, latas de atún y de sardinas, panes tiernos, queso de plato, del reparto, pero él ni se inmutó, sonrió ladino y dio media vuelta, adiós, dijo, sin recogerlo, tú sabrás lo que haces, la comida despa-

rramada por el suelo, había tanta hambre, y mis pobres hijitos, Dios lo sabe, y aquel malvado pagaba en algo, aunque fuese mínimo, lo hecho a mi pobre marido, y no volvió a pisar mi casa durante la guerra, ni lo vi gracias a Dios, seguramente lo destinarían lejos para alivio mío; se acabó la maldita guerra, yo nunca aprendí a odiar, trabajé en los tomateros y lavé y planché para la gente rica, mis niñitos comían ya, iban saliendo cuando volví a oír hablar de él, que se estaba poniendo rico con el estraperlo decían, y casi me muero del susto cuando una sombra con los brazos en ángulo, las manos en las caderas, se deslizó junto a mí, encucillada y picando para plantar tomates, levantándome rápido, como una amenazada, y lo miro con el corazón dislocado en mi pecho, más dientes de oro, más gordo: qué tal, y yo sin el ánimo para clavarle el piquete que agarraba mi mano embarrada, tus hijos necesitan un padre y yo pensé que; váyase de aquí, ladrón, criminal, váyase o lo mato, blandiendo el piquete, pero él era muy fanfarrón, su mirada socarrona en mis pantorrillas...

... No, madre. No hagas café, mejor chocolate. Hace tanto tiempo que no me tomo un buen chocolatito. Y me encaminé a casa de mi novia. No había alumbrado público por aquel entonces. La oscuridad era casi negra, sin luna ni estrellas, y cálida. Y el camino, todo empedrado. Cuidado, no tropieces, agárrate a la pared; hasta que me acostumbré a la oscuridad. Ya veía algo. La puer-

ta de su casa ya no parecía estar pintada de marrón. Era de un verde negroso, entornada ligeramente. No quise entrar sin permiso. Golpeándome las palmas de las manos, a modo de llamada, hice ladrar al perro, que salió de su rincón en el patio como un volador. Pero me olió bien a pesar de la larga ausencia. Casi me muerde. Rorry, quieto, sal para adentro. Era Luisín, llevaba una vela. ¿Diga? Le costó reconocerme, tan peludo estaba yo. Hola, y me reconoció, ¿cómo te va? Ya ves, ¿y a ti? Pasa, que mi hermana está en la sala. No la avises, iré solo, quiero sorprenderla y darle una alegría. Y yo era puro temblique. Ya la verás, me dije. Y cástate cuanto antes. Cómetela si quieres, luego. Tranquilízate, hombre, me repetí. Yo, allí, era como de la familia. Me fui derecho a la sala; la vela detrás en la mano de Luisín, mi sombra oscilando delante. La puerta de la sala está a la derecha, atravesado el patio. Es una habitación viuda, sin comunicación al interior, sólo con la puerta y una ventana que dan afuera, al patio. Había una luz por la rendija del suelo. Estará cosiendo, bordando. A lo mejor lee una carta mía, sí. Y abrí la puerta sin avisar, de ramplón. La sorpresa sería completa, pensaba, mi corazón una talla pronta a estallar. En mala hora vienes y te pones novia. La silla en que ella se sentaba cuando yo la visitaba, tallada con tanto esmero, si vieras el tallado y el tiempo que empleé en él, se la hice yo. Pero la ella no estaba sentada en mi sillita. Ella se sentaba en el sillón grande, el de mimbre

pajizo. Y conmigo nunca, nunca, se había sentado en el sillón grande, el de mimbre. Su padre no quería, me decía. Separaditos, decía su padre; la tentación que se separe. Mi padre se enfada, decía. Tú sabes cómo es él para estas cosas. Y yo, emborregado, me sentaba en otra silla, separado, alongando el cuello para robarle algún beso. Sin embargo ella estaba ahora sentada en el sillón grande. Nadie podría negármelo porque yo no estaba ciego ni borracho. Yo los vi. Vi a su primito sentado junto a ella, pegadito. No estarían haciendo nada malo, no sé. Pero estaban los dos sentados juntitos, pegados, hombre con hombre, cadera contra cadera. Que no, que yo no estaba ciego. Y a un hombre le escama esto, digo yo. Un primo es eso, un particular. A mí que no me vinieran luego con zarandajas. Y ese primito me traía caliente con su guapura y con su peinadito sobre la frente, y con sus gracias tan graciosas. Su padre, si era con su primito, no se enfadaba. Era de palo el primito, por lo visto...

Los dos borrachos vieron surgir por la esquina de abajo dos hombres todo vestidos de blanco en la noche y con sendas taleguitas al hombro uno y a su peso en la mano el otro. Eran panaderos que comenzarían ahora, a las tres y media, su trabajo en la panadería del barrio. Los dos borrachos pararon su guineo. Miraron, a lo vacuno, a quienes ascendían en la soledad, por la cuesta, con el andar dormitado, silenciosos, con

quizás el resabio de un café tomado a la prisa entre la carie de sus muelas. Uno de los borrachos sintió el escalofrío de la compasión hacia aquellos dos pobres diablos, seguro que agriados en sus corderas almas por la monótona libertad yugada a vaya quién a saber qué maldición de ganarás el pan tuyo y el del que te pisa con el sudor de tu frente y con la sonrisa embaucadora, paternal, o la reprimenda severa y justiciera del que te pisa. El borracho compasivo les dijo adiós alzando la mano; vayan con Dios, también les dijo. Y los dos panaderos oirían soñolientos y no contestaron en su mutismo, tal vez pensando qué le pasa al bodega ese. Buena gente, esos, aseguró con cierta petulancia compasiva el borracho disculpando el desprecio a su salud, al tiempo que limpiaba con el dorso de su mano izquierda un moquillo cosquilloso que le asomaba por la nariz. Sí, contestó el otro, con el tono grave, sí: guárdame una cría de ellos.

... Mi madre continuaba eructando aquella pena que tenía atragantada cualquiera sabe desde cuánto tiempo, ignorando mi presencia, abandonada en su asiento, el roto allí, en sus espaldas, casi en el hombro, vaciándose en como un rezo confidencial. Decía: el chacal aquel se quedaría bajo el sol, altanero, el mundo era suyo a fin de cuentas, y yo corre que corre, tenía que huir de aquí, pobre aquí pobre allí donde vaya, nada puedo perder si nada tengo, y agarré a mis tres hijos y me los traje caminando, desde tan

lejos, cuánto calor y qué sudores y polvo, por esos caminos para bestias, aprovechemos cualquier sombra, pidiendo algún vasito de agua por caridad, hasta llegar a este barrio que no era más que el nacimiento de una ladera llena de cardos y tuneras, ahulagas, tabaibas, y lagartos que dormían al sol sobre las piedras, guirres posados ahí mismo, sobre aquel saliente, contemplándome con estupidez hambrienta, asombrando a una, sólo había dos casas de piedras enmuradas sin mezcla ni nada que las sujetara, a lo vivo, con el techo de tierra sobre chapas de lata, vacía la otra, ésta en que ahora vivimos, porque en una vivía aquel matrimonio de viejitos que aguardaba a sus cinco hijos que se los llevó la guerra y que le devolvió, pero a mi Blas no, y en la que estaba vacía nos metimos, parecía una pocilga, conseguí comprarla, aquí me quedo, trabajo había y ya no faltaría la comida, no sobraría, no, viendo luego nacer y crecer poco a poco este enorme barrio que hoy se alza orgulloso a hombros de la ciudad y mirando de frente el Atlántico por donde sale el sol; ya parecía que acababan las fatigas, mis hijos criados y ganando sus perritas, cuando quiere mi desdicha que nombren a ese maldito destinado con un cargo nada menos que aquí, al pie de mi casa, para acabar de crucificarme...

... Y no me atrevo a asegurar que hiciesen nada malo. Pero tú ¿qué pensarías? Y lo malo está en lo sobejón que soy. Ella parecía contenta.

El primito simpático allí a su lado hace mucha gracia. Su padre no se le enfadaba. Claro, el primito es de cartón piedra, ni se mueve. A lo mejor es un santito. Lo que fue a mí se me cuajó la sonrisa nerviosa que llevaba cuando los vi. Y ella por poco se muere, se quedaría hielo. No sé aún cómo aguanté. Creo que debí partirle los ojos al bonito ése. No dije una palabra. Los miré serio durante unos momentos. Me di la vuelta antes que nadie hablara. Lleno de orgullo, no sé de dónde sacaría la fuerza, me volví a mi casa. Y me juraba no volver a relacionarme más con ésa, necio que es uno. Ella se asomó en la puerta, gritaba mi nombre. La oscuridad era su voz llamándome y los guijarros que me hacían tropezar. Esto se acabó. Murió, me decía envalentonado por sus llamadas de súplica, ¡qué bobo! Para luego, en mi cama, casi morirme. Me asfixiaba. Los temblores eran a matarme. Me entraría hasta fiebre. Inflas mucho el globo, eso, para que lo estalles. La quería a lo bruto, a lo camello, estúpido, sin cerebro. Y eso no puede ser, no es bueno. Debes ser comedido en lo del querer. Hay quienes pierden fortunones y honra por una cualquiera. Como si se fuese de hielo que la pasión derrita. Eso. Los chulos, ésos sí que se la saben oler. Pero no soy así. La querías y tenías que apechugar, joderte. Y me jeringaba, golpeándome su recuerdo, y el del primito, en las sienes, en el pecho. Di más de mil vueltas en la cama. Gracias a que la vieja había comprado una botella de coñac. Me hinché a

beber hasta que el sueño me acarició... ¡Qué alivio!...

Se iban serenando las mentes, aunque sólo apenas. Desde que comenzó cada quien a desleír el cogollo de su más reciente preocupación, se entregaban ambos, sin escuchar al otro, como en un drenaje ansioso pero lento de vaciarse a destilar esa amargura que estaba clavada allí, en su sentirse algo, persona, ingenuos en aminorarla con la expresión borracha, pero sabiendo en su más intimidad, la que permanece cuerda, la verdaderamente instintiva, que esa amargura se diluirá en otra amargura que requiera mayor atención, que se imponga con mayor inminencia, que absorba a la anterior con su mayor negrura. Sin embargo alivia creer que escupiendo se expulsa algo de la enfermedad. No importa que se infeste a otros. Ese gallo de más bien ronco, destemplado, respondía a aquel otro que hacía segundos iniciaba impaciente, a asfixiarse, con cierta vehemencia aguda, esta hilera de kikiri-queos que concluirían por despertar a todo el barrio. El de parloteo despacioso calló y escuchó con estúpido regocijo. Qué cojonudo es ser gallo único en un gallinero de variadas gallinas, pensó. Y recordó la película de árabes en la que el rey, o califa, sí, califa, tenía más de veinte fulanas, a cuál más hermosa.

El otro día...

... para acabar de matarme, cuando mi alma más bien parece una tira de cuero cuarteado, ni siente de dolorida, de machacada que ha sido,

ese hombre tiene que estar loco, enfermo, alcoholizado, y que no le quiten el puesto, venir con esas intenciones que ni recuerdo, a mi edad, ese perro hueleculos, castigado por Dios a padecer hambre de mujeres, afrentando a mis hijas, qué dirán sus novios, quiera Dios que Blasín no se entere. Sin embargo Blasín se estaba enterando, y salí de la cocina sin que ella, pobrecilla, se diera cuenta, no fuera a impresionarse sabiéndome enterado, ella seguía con su desahogo, yo no podía soportar ya seguirla escuchando, las lágrimas me quemaban los ojos y tenía que salir de allí, ya se le pasaría la depresión, me dije, pero a ese cochino le arreglo las cuentas, no importa me lamiese las pantorrillas esa cobardía que me avergüenza, él llevaba un nombre respetado, me costaría cárcel, hacerle eso a la madre mía, cerdo, y era yo el único hombre de la familia, bastante ha sufrido la pobre para que ahora venga ése a, yo lo mato, me decía, ingrato que soy, sólo cuando te falte la pobre la echarás de menos, siempre es igual, pero esto no queda así, soy miedoso, lo sé, no me lo perdonaría nunca, tanta cobardía, el empecinado miedo engarrotando mis nervios, aunque una débil lucecita de venganza osada titilando en mi ánimo, sacudiéndome las agallas, llevándome con el paso de la incertidumbre atosigante hacia el fondo del pasillo a beber agua destilada con sabor de culantrillo, en la talla, y que enfrió hasta los empujones de venganza. Dios, dame fuerzas, y salí a la calle solitaria, el calor escondía a la gente, escudriñé los

ojos, el sol se columpiaba hecho destellos en mis pestañas y encendía las venas de mi frente, ese hombre me mata si le hago algo, y mi padre, ese hombre delgadísimo de bigote caído en la foto amarillenta, asesinado por su culpa, parece mentira, jovencito, poco más o menos de mi edad, yo no podía consentir esto. Y subí hacia el empedrado; la calle, polvillo finísimo aquietado, era como esperando a que yo pisara y dejase la huella de mis alpargatas; en el empedrado tiene Virginio Mendoza su tenducho...

... Dormí hasta tarde. Al despertarme, la garganta parecíame coñac estancado pudriéndose. La vieja anoche había hecho chocolate que no tomé, ella extrañada y con una discreción respetuosa. Una ducha fría, el chocolate recalentado, aromático, me hizo revivir, incomodándome. Aquello, cortar con la novia, era un paso difícil, como saltar sobre un precipicio. Y cuando fui a su casa a pedirle lo que tenía guardado, mío, para la dote, me dijo su madre: no está. Que trabajaba en una tienda de modas. Nunca me lo había dicho ella en sus cartas. Y sabía que yo no quería que trabajase. Nunca me entiendo. En lugar de envenenarme los nervios y acabar de odiarla, me entró una tristeza enorme. Bajé a la playa, luminosa, sola, sin un alma, suave la mar. Me puse a correr por la arena como un loco. Agotado, me tumbé hasta que me llegó de nuevo la pena de su recuerdo. Decidí nadar. Y nadé, nadé, y nadé, siempre hacía afuera, sin sentido fijo. El

cansancio embotaba mis sentimientos. Y un relumbrón de sentido común me obligó a dar vuelta a tierra. Apenas veía la orilla. ¿Qué vaina hago yo por esa pindonga? ¡Que se pudra, hombre! Llegué a la orilla más muerto que vivo. Y con el sol hecho una piedra sobre mis espaldas me dormí hasta más de las dos. No cogí una insolación de chiripa. Volví a mi casa, entré. Ella estaba allí. Supón mi estupor. Sentada bajo la parra, junto al gallinero, hablaba con la vieja, tan tranquila. Y se sonreía muy segura al verme. La firmeza y el orgullo que me hube imbuido se desmoronaron al encarármela tan bonita, congestionados sus carrillos, sacudiéndose sus pechos sofocados. La silla en que se sentaba renguea, siempre ha rengueado. Era la silla vieja, la silla de siempre. Desde que tengo juicio, desde chiquitito, he visto esa silla en el corral, en un rincón, bajo el parral. Dice la vieja que era una silla de su abuela. Creí desmayarme y me sobrepuse, a lo ciego. Usted qué hace aquí, le grité poniéndome los brazos en jarra, provocón. Que le digo que no vuelva a poner los pies en esta casa. Que se vaya. O la agarro por el brazo y la boto a la calle, basura. La vieja se asombraría. No decía ni pío. Mi novia se enserió y osó decirme. Me dijo que seguía siendo el bruto de siempre, todo me lo tomaba a la tremenda. Pareces bobo, me decía. No sé cómo puedes pensar mal de mi primo y de mí. Sabiendo tú que somos como hermanos, criados puerta con puerta. Mejor te diera vergüenza, decía. Y que si fuera

otra me dejaba con mis celos tontos. Que me perdonaba, decía. Me perdonaba. Te perdono porque te quiero, que si no. Era ella la que tenía que perdonar, ¡imagina! Qué baifo somos los hombres. Me convencí, era demasiado lo que la quería. Pero que no te vea más con tu primo, ¡eh! Ni que sigas trabajando, le recomendé. Dijo que trabajaba para ahorrar y así casarnos pronto. Está bien, le dije, nos casaremos pronto. Y nos casamos, al fin, ayer. Viviríamos en mi casa. La vieja no estaría sola...

En nuestro verano amanece pronto y sobre el océano ya el cielo se fogueaba coloreado de rojo y amarillo jaldado; el sol aproximaba su aparición y las estrellas parecían irse desliendo con la claridad lechosa que se levantaba desde el oriente. Cuantos bajaban a sus trabajos, el obrero madruga, miraban a aquellos dos pobres echados a perder tan pronto con el vicio de la bebida: ¿qué se estarían diciendo uno a otro, a la vez? Allá ellos con sus problemas, que cada cual arrastra su sombra, a veces ésta precediéndote a modo de guía, a veces siguiéndote cual perdiguero que te husmea cazador. Haya luz, haya penumbra, siempre habrá una sombra que se arrastre, delante o detrás, a un lado o a otro. Y en la tiniebla todo será sombra, y tu sombra ya no es tuya, eres tú mismo: había dicho un alguien al otro alguien que lo acompañaba, comentando ambos tanta negrura que es el hombre al ver a los dos borrachos.

... en la tienda de Virginio Mendoza sólo compraba una niña: es Virginito uno que se fue a Cuba dejando aquí a su mujer y a seis hijos y tres hijas y que volvió al cabo de quince años con otra mujer y diez casi mulatos hijos suyos, fuerte escándalo se armó a su vuelta; con decirte que sus legítimos no fueron al muelle a recibirle, pero, sin embargo, su esposa sí le; bueno, a lo que iba, entré en la tenducha del cubano, como le decimos, y ponga un ron, Virginito, luego otro, otro, iban siete por lo menos, la cabeza engomándoseme y los ojos vidriándose, el corazón que me acelera sus pálpitos, cuando el diablo me trajo a mi presencia al Rimero mismo, la cara una maceta roja del alcohólico que se ríe oro apestando alcohol y tabaco, la mirada pantanosa de buey que rumia confiado, no me había visto, iría a seguir cargándose, y yo me interpelaba ¡ahora! ¡ahora!, cuando veo ese cuchillo largo y siempre afilado con el que el cubano corta de todo, tirando en seguida yo la mano hacia él, pero mis dedos tropezaron con la pesa de dos kilos, negra, herrumbrosa, que no hube percibido, y que agarré y levanté enrabia-do; zumbando mis sienes a grillo ronco, la cobardía acobardada y silenciosa, ya mi cuerpo tirándose hacia adelante, el brazo en asta abandonando el hierro negro de dos kilos contra la cara del Rimero que se asusta y se ladea y que recibe un solo golpe en el hombro, ¡qué alarido!, y me envalentono y tiro al suelo la pesa y ce-

rrando los dos puños cruzo con el derecho un trompazo antes que se caiga al suelo, y cruzo con el izquierdo, y otro y otro, verdugándole el rostro, hasta que cayó sin sentido, Virginito mudo de asombro, la niña había salido llorando, corriendo; mi satisfacción fue momentánea, puro espíritu fugaz satisfecho, ahora que me mate si quiere, me dije, allí él tendido, soltando sangre por los besos, sin sentido, y una tristeza que comenzaba a embargarme poco a poco, tanta pena me daba por todo, por mi padre, por mi madre, por el Rimerero aquel, por mí, y me vine para acá, para esta parte, caminando, sin correr, el alma pesándome, tenía que seguir bebiendo y hablar con alguien; y fue cuando te encontré con tu cara de hombre manso detrás de un vaso de vino, ansioso de compañía como yo, ¿cómo estará ma, la pobre?, iré ahorita a la comisaría y me entrego: he golpeado esta tardecita a un señor. Por cierto, ¿cómo dices que te llamas?

...Seríamos felices. Todo está olvidado. Es que uno viene de muy lejos. Hace casi un año que no ves a la novia. Y cuando la ves por fin resulta que está sentada con otro, aunque sea su primo, en el sillón grande y pegaditos. Te calientas. No pienses mal, te dicen. La vieja está también de su parte y te mira atravesada. Luego te perdona, claro, porque te quiere. Y se hacen las paces porque la quieres, no lo niegues. Y porque la vieja eres lo único que tiene y le ha cogido ley a la

otra, a la novia. Piensas: a lo mejor estoy equivocado, como soy tan bruto. Todos contentos: aquí no ha pasado nada. Que siga la cosa como iba. Transcurre otro año y te casas al fin. Sí, fue ayer, yo era pura ilusión. Me derretía durante la ceremonia. Yo tuve novia y la mantuve, mala suerte. Ahora me siento nada: ni viudo, ni casado, ni soltero, nada. Uno es, ha sido, honrado, mala suerte. Voy, y te casan ayer por la tarde. Eres pobre y ahorraste. La luna de miel que sea en un bungalow que alquilas a precio de oro. El ansia de poseerla te desquicia. Y te quedas, ¡al fin!, a solas con ella. El mundo es tuyo, hambriento. Ha llegado el momento de la verdad, la golosina que te engatusa durante años. Eres honrado, mala cosa. Felicidad mortal, instantánea, pero ves que no soltó sangre. Y un latigazo estremece tu decencia.. Estás desvirgada, le grito llorando de pronto. Estás loco, ¿qué dices, por Dios? ¿Con quién lo has hecho?, di, ¿con él? Por Dios, no me ofendas, no digas eso, no me ofendas. Y lloraba como una magdalena, mucho más que yo, se tiraba por el suelo frío, desnuda, ahogando el llanto como loca. No me ofendas, no me ofendas, por Dios, lloraba. Yo me vestía silencioso, destrozado, el llanto seco. Y me fui. Decía que sólo me quiere a mí. Que es honrada, lo jura por Dios, por su madre. Lloraba mucho. Que ella nunca ha sabido qué era eso. No me ofendas. Pero yo me fui, la dejé tirada en el suelo, mucho lloraba, desnuda. Me fui, me vine para abajo. Ahora

me apena el haberla dejado así. Oye: ¿tú crees que soy bruto? ¿y si vuelvo y le pido perdón? A lo peor, seguro que no, ya no está en el bungalow. Sí, yo soy un camello de bruto. Por cierto, ¿cómo dijiste que te llamabas?

EL POETA SE ALIMENTA DE CARROÑA Y DEFECA FLORES

A CARLOS EDMUNDO D'ORY

Ese afán, conscientemente subconsciente las más veces, de delimitarnos, de estancar esa indómita energía que, lo admitamos o no, nos rezuma y desborda, llega a encontrar un algo de sucedáneo en la palabra encarcelada, engrillada y amordazada, es decir: en la poesía. Ahora se rasca la coronilla, levanta una caspa grasienta que se le adhiere a las uñas. Camilo Torres decía que la agresividad social se encuentra en aquellos países donde hay frustración de aspiraciones. Se mira las uñas con caspa; con la uña del índice de la otra mano las limpia: Tengo que lavarme la cabeza. ¿Dónde no hay frustraciones? Nada, que esa comezón que nos invade consigue frecuentemente en los cobardes, en los poetas, una ensoñada escaramuza erótica, propia de los débiles, claro, y, con melindres barnizados de hambre justiciera, surge el balbuceo de la impotencia, del medio decir, del vacuo y gangrenado hilvane al ropaje de cuanto llamamos sentimientos, ideas, ¡pobres vivencias metafisicadas! Qué razón tiene Virginio Mendoza cuando canta aquello de dime lo que comes y te diré lo que, ¡carajo, cómo me pica la dichosa cabeza! Vuelve a rascarse, cada vez más

sañudo. Creo que se acabó el caspiselenio, malha-ya sea. En fin, que queda la vanidad, el afán de escucharnos en los otros, de que, como creo que escribió Jung, los de nuestra tipología se retraten unidimensionalmente en ese, diabólico por lindo, juego de las palabras tan bonitamente agresivas, guauguau, y nada, que esto no sale y esa jaira siempre olvidándose de comprar el bendito jara-be de manzana, que la frase nebulosamente esclarecedora saldrá, saldrá, pero esto no, por lo visto. ¿Y por qué ha de salir? Porque si no, uno revienta. Todo llanto es una transacción, algo se espera a cambio, y a todo, pobre lombriz que te arrastras sobre porqués, hay que buscar motivos, o etiquetas, que no es, pero resulta, lo mismo. En esto ve un agujero en el rincón: ya sé de dónde son los cantantes; por eso el poeta se queja incomprendido. Pero, ande, déle lo mejor que imaginarse pueda, el más perfecto de los mundos, y seguirá quejica, judío errante. Resulta como aquella canción de Escalona, que dice, ¿por dónde está la Volona? no sé ni quiero saberlo, (pues, si no quieres saberlo, no preguntes), maldita sea su persona, ingrata a más no poderlo; ¿de Escalona o de Virginio? Virginio canta mucho a Escalona, y uno se confunde. Pero debí traerme un libro, o un tebeo, el Mortadelo último. Judío errante que espera, ¿espera?, el eterno retorno. Por cierto, ¿para qué pedir tan hermosamente auxilio, grito lucrativo del siglo veinte, si todo se hace paraíso? Ahora hace restallar las articulaciones de los dedos, se remueve inquieto: no

hay jarabe de manzana, yo ya no como más tunos. Hermosa falsía, poesía, y te respeto por eso, por tu veraz falacia, ¡tan limpia, caray! embuste suave o áspero, según el caso, mampara de terciopelo traslúcido. Vuelve a hacer fuerzas: cuidado, y cualquiera se levanta. Por eso chilla con tanta rabia a los gritos apremiantes de su esposa más allá de la puerta, ¡mira a ver, que llevas más de media hora!: ¿¡qué quieres, si estoy estreñado!?

(1972)

AL OTRO LADO DEL OTRO LADO

A JORGE Y PIZKA

El primer par de toques coincidió con el segundo par de toques del sueño. Luego se dijo que coincidieron en todo, eran idénticos, y que incluso las vocecitas cascadas que atravesaban la madera parecían la misma. Por eso ni me moví, temiendo perder el trocito de calor sobre la sábana. Sin embargo se encontró, se sorprendió, con los ojos enteramente abiertos y mirando la pared del fondo, y caí en la cuenta de que por el intersticio superior de la ventana, a mi espalda, se colaba una rayita de alba que agrisaba por momentos, y a pesar de mi miopía, este dormitorio que, cuando entro en él, huele a cigarro viejo y a pies sudados; sobre la cómoda, desvencijada y ruidosa desde que la tocas, preví los pantalones hechos ovillo. El sueño, recordando después, era la reposición de algo sucedido en el pasado, creo que con pocas variantes, y enseguida oí otros golpecitos tímidos de nudillos infantiles que me obligaron a gritar bajito, temeroso a despertarme estando despierto, incongruencias, ya voy, un momentito. La puerta habló un telegrama para don Miguel Remedios, un telegrama, y en el sueño había hablado con el mismo tono

entre ansioso y hostigante, con idéntico timbre enronquecido y algo vibrante, como si rencoroso o amable, Miche, Miche, a mamá se lo digo, te vas a condenar, te veo, te veo por el agujero de la cerradura, pero era otra puerta, más linda y con toallas colgándole en un perchero que abuelo, un domingo de visitas, colocó refunfuñante, tu padre no sirve para nada, Miguelillo, para nada, mi niño, todo lo deja a tu abuelo, y él a jugar barajas, y se quejaba de la gente de hoy, que antes se trabajaba de sol a sol. Esta puerta, despintada y llena de grietas, sonaba igual en cambio, telegrama para usted, dijo de nuevo, ya abro, ya, y fui a por los pantalones, se me mojaron los calcetines, el piso estaba humedecido, y el sueño, o rememoración, había empezado en el aula cerrada a pesar del calor, aire engomado, ahogante, los que estábamos penados matando el tiempo en soñarreras e imaginaciones, mirando sin ver los libros abiertos por cualquier página, el Bánega allí en su mesa, atrincherado tras aquellas enormes gafas verdes que no dejaban ver sus ojos y que te ofrecían tu rostro monstruosamente desfigurado y que ahora reflejaban, paralelos gusanos blanquecinos, los fluorescentes, encendidos en pleno día, todas las ventanas ciérrrenlas para que no os molesten el ruido del mar y la escandalera que se armaba en el patio de recreo, y ya a estudiar, gansos. ¿Un telegrama? Y con los índices untados en saliva amargosa restregué las posibles legañas de mis abotargados párpados antes de abrir, abroché el

último botón de la bragueta, vamos, vamos, al tamborileo nervioso de los deditos contra la madera, ya va, sonreí al imaginarme que me viera en calzoncillos, ¿y si te ve en calzoncillos?, me dije, y sonreí, yo también tamborileaba con el lápiz, pensando Dios sabría en qué, la otra mano en visera sobre la frente, que crea, claro que no creía, que crea que estudio mientras dejo vagar la imaginación tras el capitán Trueno o el Cachorro, cuando de repente un balonazo abre el postigo de la puerta a mi derecha, el balón no entró, y un escupitajo de polvo nadando en luz surge entre mis ojos deslumbrados y las deslumbrantes hojas del mapa político de Asia, el libro estaba abierto por la Geografía, Remedios, cierra esa ventana, dijo el Bánega con su vocecita de plañidera, y me levanté, agarré, empinado el cabo del hilo colgante y a la primera vez no cerré, ni a la segunda ni tercera, ve tú, Miranda, y Miranda, más alto, la cerró a la primera ruidosamente, y de vuelta a la penumbra sofocona, el calor, decía una novela de Estefanía, mi padre leía novelas del oeste y revistas de fútbol, el calor se masticaba y hacía pelota en la reseca garganta de Jimmy o algo así. Abrí y la sombra me tendía un, amusgué la vista para entrever algo, debí ponerme los espejuelos, tía Lupe decía espejuelos, un papel azulino, es un telegrama dijo, ¿tan temprano? dije ¿un telegrama?, antes nunca había recibido alguno, pensé, ¿y seguro que es para mí?, que sí, lo dejó entre mis dedos, dio la vuelta y dejé de malverla al perderse en la tiniebla del

pasillo arrastrando las cholas de la madre, supongo, y dejando a mis narices el efluvio tibio de un madrugón lavado con jaboncillo Lux y recién comprados la leche y el pan, en cambio el olor del Bánega, me había llamado a la mesa con un siseo que obligó a levantar todas las soñolientas cabezas, señaló con la mano, tú, ¿yo? se levantó Reina delante de mí, no, Remedios, y Reina dijo ah y se sentó al tiempo que miraba hacia atrás, hacia mí y sonriente, creo que me guiñó un ojo y no comprendí, luego sí pero en aquel momento no y me sonrojé, ¿a mí? susurré y me levantaba para ir a qué me quería, extraño, siempre me costó enormemente hablar con mayores, sintiendo clavadas las miradas de los demás penados y seguro que sus sonrisas maliciosas que no comprendería si las hubiese visto pero que luego sí comprenderé aunque no las vea, el Bánega seguía fingiendo leer aquel librote de hojas gruesas y amarillosas, un marca-páginas de seda verde como el cristal de sus gafotas, sólo me miré en ellas una vez y me vi horriblemente pálido y deformado, frentudo y con los belfos de camello, horrible, horrible, además el aliento, nunca hubo olor más desagradable, a húmeda podredumbre, a pelos de bruja, pensé, pero me acostumbré, o mejor, pero el inexplicable temor lo borraba, digo yo. ¿Qué hora será?, el despertador señaló, luego de ponerme las gafas y mirar, las ocho menos veinte, tan temprano y ya en pie, ni los festivos puede uno aguantar en la cama, siempre pasa algo que

te jeringa, deseas que llegue fiesta y luego para nada, que si el chirrido de unos frenos, que si el berrido de la portera de enfrente, que si pan pan del panadero, algo tiene que abrirte los ojos y tenerte como un sopaboba, ahora un telegrama, ¿un telegrama?, y de quién sería, sentándome al filo del colchón, me apoyé contra el borde de la mesa con fingida confianza y respondiendo con una mueca temblorosa a su sonrisa tranquilizadora, qué por aquí, Miguel, tú tan buen chico, estudioso y de buen comportamiento, en la sala de los penados entre tanta maleza, hombre, y agarrándome el codo desnudo, que sudó frío al contacto lodoso de sus dedos huesudos y palidísimos, parecía moco, dejé copiar a Reina, expliqué, lo dejé copiar y me penó Renato, pero hombre de Dios, si eso está feo, es falta de compañerismo, ser cómplice de un engaño para tu propio compañero, no vuelvas a hacerlo más, casi echándome las salivitas al hablar, su frente tocó mi hombro al agacharse a recoger el bolígrafo que, escapado de sus dedos juguetones, cayó al suelo, y me erguí.

Si el poeta encontrase, quiera Dios que no, encontrase de veras la palabra justa, sin eufemismos ni retóricas vacuas, la palabra virgen, inmaculada, antes nunca usada, con la que dar el nombre exacto a lo que siento por ti, si de veras la lograrse hallar, Raquel, cielino (Raquel le dejó llamarla cielino sin pestañear ni hacer ningún gesto), te asegura que yo mismo, ¡oh palabra má-

gica! (Tampoco se alteró al oír oh palabra mágica, limitándose a suspirar gatuna y a colocar mejor la cabeza en el joven, en el regazo del joven), sería el primer sorprendido al verme morir fulminado por tan divino (luciferino, tal vez pensó Raquel, eso al menos pareció indicar el fruncimiento chupón de sus labios recién pintados) haz de sonidos, porque yo (y ahí túvose que parar, sorprendido de ver a Raquel levantarse con inusitada rapidez). Calla, dijiste, calla, Dami. Y Dami calló, los ojos como platos, preguntando qué, que qué pasa, Raquel. Siiis, con el índice en los labios y la oreja derecha alerta hacia la entrada. Sí, Raquel, alguien, sólo podría ser él, sólo él tenía llavín, ni siquiera Dami, ni Rubi, ni Rafi, ni ni, nadie sino el él tenía llavín, alguien intentaba abrir la puerta, pero habías puesto el fechillo (Raquel, previsora por costumbre, y hoy se creía segura, pero mira por dónde se equivocó, había corrido el pestillo interior nada más entrar el joven de esta tarde, de esta siesta). Escondete, tienes que esconderte rápido, agarrándole por los hombros para que se levantara con presteza, venga, ahí mismo, bajo el sofá. Y el joven sin atreverse a preguntar, comenzando a sudar tan de súbito, se metió donde dijiste y sonó el timbre a tus espaldas. (Raquel estaba tranquila y se dijo que gracias a que no había comenzado todavía, que aún les duraba la digestión, miró su reloj de pulsera, cuatro menos veinte, que, si llega a venir dentro de una hora, arreglada estaría, sin tiempo a vestirse ni orde-

nar nada, además de las manchas y olores, Dios qué paquete, pensó y, mientras, recorría con la mirada todas partes). Mirabas por si había vestigios de hombre, fuiste al tocador a coger el pebetero y con él perfumaste todo, oíste de nuevo el timbre, más fuerte, te sentaste sobre el sofá, no se nota nada, es grande y muy ahuecado por debajo, escondite ideal (a Raquel nunca le había pasado esto, pero una vez será la primera, se decía de cuando en cuando), te levantaste y fuiste al baño a tirar de la cadena, el agua que bajó de la cisterna hará ruido que se oirá a través de la puerta, él se tranquilizará, Raquel. Calmosamente te dirigiste a la puerta, aspiraste con fuerza aire aromatizado y sonreías al correr el pestillo y al ofrecerle tu mejilla para que te la besara. (El él sí la besó, pero como si no, frío, los labios duros y prietos, la mejilla). Hola, te dijo, seco. Hola, y le ayudaste a quitarse el abrigo, me voy pronto, le oíste, vine sólo por un documento. Será importante, supongo, si te ha hecho venir de tan lejos sólo a. Sí, muy importante, y se metió en el dormitorio. Te fuiste al sofá, y te recostaste en él. Tardaste en abrir, dijo y lo imaginaste husmeando todo, lo sentiste abrir el ropero, la ventana que da a la terracita.

Miguel leyó el telegrama tres veces, no podía creérselo y dijo en voz alta que esto hay que celebrarlo, me meto una duchita antes que nada, con agua fría, que esto hay que celebrarlo, cogí la bata, el jaboncillo, toqué la barba, tengo que

afeitarme, la brocha-maquinilla y pasta de afeitarse, la toalla, tuve que hacer equilibrios para llegar al cuarto de baño, gracias a que hoy era domingo y no había que hacer cola, los penados salimos en cola desordenada, ya los que jugaban en el patio se habrían ido y nadie tenía muchas ganas de hablar, pero yo sí y me dejé ir junto a Reina, que pateaba un cartucho vacío y pringoso a modo de pelota, los dos libros agarrados por ambas manos y contra los riñones, pásala, dije, y me lo pasó, lo pateé hacia él, que sin dejarlo caer al suelo remató al portón abierto que da a la calle, niños, chilló el portero, levantando la vista del periódico, niños, gol de Kubala, gritó Reina, gol de Kubala, señores, gran gol, dando un brinco de tres escalones, los tres escalones que había que bajar, y que yo bajé uno a uno, que había que bajar para llegar a la calle. Duchado y totalmente despierto, Miguel bajó canturreante los setenta y tres cochambrosos escalones que lo llevarían a la acera, donde lo esperaría, como siempre, el vapor de café caliente saliendo de la cafetería, hoy, seguro, poco concurrida, que está en la planta baja, no pudo aguantarse más y se lo soltó, Reina, ¿sabes qué me preguntó el Bánega?, y Reina sonrió, me miró entornando sus ojillos de diablo y dijo que supongo que sí, sonrojándome, y callé, para qué decirle nada, de pronto queriendo estar solo, me voy por aquí, dije, a un recado, Reina no es curioso y soltó un bueno, y me metí por la callejuela tras el Museo. Me pone una botella de cham-

pán, y Carmelina puso gesto de extrañeza, de usted está loco, Miguel, no estoy loco, Carmelinita, no, estoy celebrando un nacimiento, un resurgir a la vida más que nacimiento, eso, un renacimiento, por el camino mi cerebro infantil daba vueltas a las palabras que brotaron de los labios de oveja del Bánega, que luego de preguntas triviales sobre estudios y cine y fútbol fue a donde quería ir de veras, me miró oculto en el inextricable verdor de sus gafas y espetó sin reparos que si te masturbas, ¿qué si me?, que si me masturbaba, ¿y eso qué es? no comprendo, entonces noté que se azoró un poco y por segundos, pues enseguida recobró su color natural, seguro que aduciendo mi ignorancia a cuestión léxica, y siguió impertérrito que si me tocaba la, en fin, si me manoseaba la, eso por donde orinaba, yo casi me asombro al oír aquello, los colores subieron a mi cara, me ardían las sienes, no, no, casi gritándole, asustado, y él cayó en la cuenta de que tenía que reparar en algo lo mancillado, es que muchos de tus compañeros, en fin, han caído en tan denigrante vicio, y yo quiero prevenirte, su voz ceceante, ahuecada, como impregnada de moho, prevenirte contra tal pecado, pecado con el que se profana el templo vivo de Dios que somos cada uno, pecado que debilita voluntades y que arrastra por la pendiente de la más desenfundada sensualidad, tente puro, hijo, agarrándome por el cuello mientras se levantaba haciendo arrastrar la mesa hacia adelante, la silla hacia atrás y a mí a la derecha para

dejarse paso y decir a los otros que vayan recogiendo y a mí, a guisa de despedida, que frecuentara, ya los frecuentaba, los sacramentos, que orara mucho y que, si lo necesitaba, allí estaba él para ayudarme en lo que se ofreciera, que sí, sí, decía yo, la cabeza gacha, la palma viscosa de su mano en mi nuca. Y acabó con la primera botella de champán sin decir, concretamente, a Carmelina por qué brindaba en hora tan impertinente, y un hombre como usted, tan serio y tan metódico, Miguel, Carmelina, hoy me doy cuenta, de veras, de que es usted, de que eres la chica más linda que nunca vi, otra botella, Carmelina, que hoy es fiesta por partida doble, y no pude resistir la tentación de probarlo aquella misma noche, los demás lo hacen, los demás lo hacen, por primera vez cerré el baño por dentro y no fue en la primera noche cuando mi hermana golpeó en la puerta y gritaba bajito, para que nadie la oyera, Miche, Miche, a mamá se lo digo, te vas a condenar, te veo, te veo por el ojo de la cerradura. Hoy recuerdo que la cerradura no tenía ojo y caigo en la cuenta de quién y para qué abrió aquel agujerito en la puerta del baño casi a ras del suelo. Luego desperté y fueron otros los golpes y otra la puerta, y quizá fueran idénticos, aunque fríamente creo que son jugarretas de la mente, sí, lo más seguro, y, a lo mejor, ni lo soñé, y soñé otra cosa distinta que me hizo recordar esto, otra botella, Carmelinita linda, y no se apure, Carmelinita, no se apure, que estoy muy contento, mucho, mucho.

También lo viste entrar en el baño, fisgonear en él, olisquear buscando vestigios delatores. Buen perfume, dijo, el de siempre, dijiste en medio de un simulacro de bostezo, y se sentó en el sillón junto al bar. La respiración de Dani era débil y desde donde estaba él no podía verlo ni oírle, así que Raquel se tranquilizaba. ¿No era urgente lo del documento?, preguntaste. ¿El documento?, ah sí, ya lo tengo aquí, y se tocó la chaqueta a la altura del corazón. Siempre fue un hombre tranquilo, de los que no exteriorizan sus emociones, regulado en todo, más aún en el placer, y si fueras agradecida reconocerías que todas las artimañas que empleas las aprendiste de él. (Raquel lo conocía desde que era estudiante, lo sabía hombre de los más ricos y extraños de la isla, ya bastante maduro, que solía tener una amante solamente, a la que pagaba, según rumores que resultaron realidad, unas cien mil pesetas mensuales, con dos únicas condiciones, que estuviera recluida en el apartamento y a su disposición y, además, que tuviese carrera universitaria, no sabía para qué esta condición, pero tuvo que presentarle el título de Licenciada al proponerle llanamente si quería trabajar, eso, trabajar para él con él. La otra había cesado poco antes. ¿Condiciones?, preguntó Raquel. Y aquí está ella frente a él, silenciosos ambos, respirando con dificultad la densidad del aire cerrado). ¿Por qué no abres la ventana que da al jardín?, le dijiste. Y cumplió tu voluntad, cosa que debió extrañarte. Abrió la ventana. Antes, nunca la había cumplido. Gracias,

dijiste. Y no volvió a sentarse, me voy, y se colocó el abrigo. Haciéndote la ofendida con su sequedad, no te moviste y con voz cortante dijiste adiós, ni giraste la cabeza para verlo marchar. (Ya estaba viejo el él, por eso lagrimeó al dejar la estancia. No se encaminó al coche, aparcado tres calles más allá, sino que fue al parque vecino y se sentó en un banco desde el que se veía la terracita que daba a la alcoba. Media hora después, aproximadamente, oyó la explosión. Esta no fue grande, sin exagerar, pero sí suficiente. Quien hizo la bomba, aquí no pasará nada, le había dicho que usted la colaba bajo el colchón, sobre la tabla y justo a la altura de donde descansan las caderas. Que una presión normal de persona que duerme no la hará explotar, que se necesitaba una presión especial, usted ya sabe cuál, sonriendo sin respetar el adusto dolor del viejo, una presión especial para hacerla explotar. Luego dejaría todo como si fuera una explosión de gas normal y corriente, que aquí no pasa nada. Y lo que no se explicaba, señor, es ese querer ir usted personalmente, pudiendo mandar a otro, a cualquiera de los nuestros. Pero el viejo nada dijo, cogió el paquetito, lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y salió sin cerrar la puerta. El humo, en gran cantidad y densísimo, salía por el ventanal que daba a la terraza y poco a poco se llenaba de curiosos la calle. Llegarán los bomberos, supongo. Y el viejo no quiso esperar más. Confiemos en que todo siga su curso, aquí no pasa nada, y se colocó bien las solapas

del abrigo y partió avenida abajo. Las lágrimas se habían secado con el aire de levante).

El telegrama decía, simplemente, que Raquel ha muerto ayer cinco tarde accidente, y lo firmaba Ruperto S. R., no sé quién es ni cómo supo de mi enfermedad por esa penca, ni de mi dirección y brindo porque se acabó la enfermedad, cojo hoy mismo el avión y me voy a su entierro, otra botella, Carmelinita bonita, no tendrás novio ¿verdad?

(1972)



PERO COMO SI NO

A FAUSTINO GARCÍA MÁRQUEZ

y

ALBERTO OMAR

pero como si no, así de lela, sonsi-
ta, un dedo, la punta del dedito, entre sus dientes,
a modo de mordisqueándolo, y la otra mano a
la cadera, altiva, mediocerrando los ojos, fingir-
se ausentada que cavila en vaya a saber qué, de
vez en vez un suspirito de fastidio y vuelta a pa-
sar el descanso del cuerpo de una pierna a la
otra, impacientada, realza su grupa, aquellos
pantaloncitos tan ceñidos, tan arribita, tan sólo,
apenas, hasta unos centímetros por debajo de
las ingles, hermanito, tu opio, sus muslos jóve-
nes, temblándoles el reflejo del claror turbio que
entraba por la ventana, y cómo la miras, cómo la
contemplabas, si hubieras visto cómo, y qué ra-
bia me entraba, qué coraje me iba entrando, San-
tiaguillo, no vieses, ver tus ojos cuajados, tembli-
queándote las quijadas, tus manos suplicasas, y
pienso cuál diablo me llevó al apartamento, cuál,
a escuchar, a ver, a decirme, repetirme mudo y
trincados los dientes para qué tanto sacrificio,
cuántas privaciones por sacarte adelante, hacerte
un hombre de estudios, y al final saberte así, tan
nada, tan poquita cosa, podrida tu juventud ante
esa loba, no hacerme caso, hermanito, ésta no,

Santiaguillo, ten cuidado, estás a tiempo, corta, anda, hazle caso a tu hermano, pero nada, tú obstinado y sonríes buena voluntad, disculpas, que no me preocupara, que ella es así no tiene instrucción, que me fijara, fíjate en qué ambiente se ha criado, que todavía es casi una niña, aún a tiempo de hacerla a tu mano, la harías recta, ya verás, que yo ya vería, confía en mí, que confiase en ti, y sonriéndome a tranquilizarme, a convenirme.

Es una trampa. La casualidad es una trampa. ¿Sabe?: uno se prepara las casualidades. Primeramente el copeteo sordo, rumiante: ahí a mano las herramientas de mi primo Toño, como distraídas, ajenas. Pero aguardan, pacienzudas, casi diríamos que dormidas en la cajita, contra el rincón. Y, en el bar, nosotros solos: Macario, Toño, yo. A cada rato vuelves a mirar el reloj: ¿ya?, todavía no. Hasta que llega el ya, pagas, sales y te escondes tras la tapia a esperar. Tenía que pasar por allí. Y pasó. Luego diremos que lo de los brazos fue un casual, cosa de las copas. Y que llevar el serrucho fue un casual. Lo diremos y estoy por creer que no hemos mentido: fue casual. Señor, embriaga la sangre y cuesta esquivar los premios de la venganza. No se podría decir con justeza qué. Únicamente estábamos allí, aguardando que pasara. Y pasó. Luego de la bruma admitirás el repente de encontrarte serruchando no atinas qué, sólo un chirrido húmedo, caliente, rojo. Un veneno, señor: la sangre viva salpi-

cando los labios azotados de alcohol. El buen juicio, soy un hombre honrado, es la pesadilla del despertar. Y desperté a los gritos de mi hermano, de Macario: «ahora el bilingo, ahora aserrúchale el bilingo», y brincando de alegría el pobre infeliz. Como si me quemara, solté el serrucho: vi. Trastabilleando conseguí ponerme en pie, todo da vueltas, no me atrevía a volver a abrir los ojos. Pero los abrí, había que saber: supe. Busqué a mi primo en la oscuridad, Toño, Toño. Lo hecho: el asco, señor.

que yo ya vería, ¿qué, hermanito?, ¿cómo te hundías?, ¿esa angustia hecha saliva seca que se te apella en la garganta y ni te deja hablar?, ¿eso?, ¿apretuñar el deseo de llorar que te llena de temblores?, tanto estudio para esto, Santiaguillo, para verte convertido en un puro dolor sordo a cuanto te decía, vamos, Santi, anda, vente, pero tú ni caso, hecho piedra, sin apartarle la vista, yo como si no estuviera y sin moverme de la puerta, temeroso a encharcarla, pero debí, debí y no me atrevía, ¿y ella?, ella gozosa con su triunfo, seguro, y sin atender mi ruego, la llamé por su nombre, me humillé a llamarla por su nombre, pero nada, ni una mirada de respeto siquiera y sabiendo qué he sido para ti, muda y aumentando el mohín de fastidio, haciéndose la ya cansada de aguantarte demasiado, hermanito, y ahora se pone a resoplar alto para que la oyéramos, cruza y descruza los brazos, levanta la mirada hacia el techo, todo en silencio, apenas

sus suspiros, tus jadeos, el restallar de mis dedos nerviosos, vuelvo a pensar cuál diablo me llevó a tu piso, por qué no me metí en el cine como pensaba, por qué, pero ya ves, Santiago, uno ni siquiera marca sus caminos y ella irguió de sopetón el busto, dijo me voy agarrando violenta el bolsito que aquella tarde te vi comprar ¿para ella?, sí, para ella, me contestaste sin poder atajar el rubor, ajá, y notaste mi pena, se iba, me aparté para dejarle paso, gritaste que no, que no, no te vayas, espera, pero no hacía ademán de detenerse y tuve ¿por qué? que cerrarle el paso, me miró a los ojos y ¿sabes? me sonrió, sí, me sonrió, Santiaguillo, a dos pasos de mí, y tuve miedo, sí, un escalofrío, ya iba a dejarla pasar, no debí interrumpírselo, no, cuando vas, hermanito, cuando vas y te veo de repente a sus pies, arrodillado, arrastrarte sin pizca de orgullo y delante de tu hermano, de mí, sin importarte tu flamante título, mi regocijo, colgado en la pared de enfrente, y verte así, ella seguía sonriéndome como si nada, así, a sus pies abrazado a uno de sus tobillos, ya sin poder aguantar el llanto, tu corpachón, hermanito, en el suelo, convulso, gemidos y ella sin dignarse a mirarte, sonriéndome, acostumbra a sorrobballarte y tú llenándole de lágrimas su pie sucio de tierra, sí, Santi, sucio.

Macario, gracias que lo percaté a tiempo, tenía el serrucho en la mano. «El bilingo, el bilingo, ahora el bilingo»: gritaba, totalmente borracho,

acucillado sobre el pobre Ravelo. Tuve que darle un empujón, arrojarlo a un lado, quitarle el serrucho: ¡basta! Y se puso a llorar. Toño apenas si se distinguía. No sabía yo cuánto tiempo llevaría allí, dándome la espalda, apoyando su frente y sus antebrazos en alto contra el empiconado de la tapia. Había vomitado, sollozaba. «Toño», lo llamé dulcemente varias veces, sin atreverme a tocarlo con mis manos llenas de sangre. El seguía igual, como sin oírme, respirando con fatigas. ¡Toño!, acabé por aullarle y poniéndole las manos en sus hombros. Quise hacerlo girar, que me mirara. Pero se dejó caer al suelo y quedó botado: «criminales, puerca ésa, criminales, puta, perra», era lo que decía entre dientes, con rabia y sin dejar de hipar. Le dije manso: pero tú la quieres, Toño. Y siguió con «puerca ésa, asesinos». Me dejé estar un rato con los ojos trincados, aún no podía pensar claro, y reulé hasta apoyarme en la tapia. Cuando volví a abrir los ojos, Macario hacía acrobacias con los brazos arrancados: la náusea, señor. Y apenas si podía moverme, mirar, viendo y no viendo. Entonces oí el ruido del motor. La conciencia, señor: movediza sustancia.

Pensé que no lo salvarían. Que era demasiada la sangre que había perdido el pobre hombre. Y lo que más me extraña ahora es cómo tuve el valor suficiente para, yo solo, hacerme cargo y llevarlo. Ni acordarme quisiera. Sí: de noche. Sería la una más o menos. Yo volvía a casa. Tal

vez había luna, no recuerdo. Pero supón mi asombro cuando de sopetón va y aparece de lo oscuro, en la esquina, empapado de sangre, Venancio, el Rufino, las manos levantadas, haciendo señas. Imagina cómo quedé. Detuve el coche y bajé a toda prisa. Le dije si le pasó algo. No, no me di cuenta de si estaba borracho. Bajó la mirada y con la cabeza señaló a su detrás: ve, anda —me dijo bajito, ronco. Fui rápido hacia donde decía. Al principio no lograba distinguir nada, tanta era al oscuridad. La luz del coche no llegaba, interrumpida por el muro. Lo primero que acerté a ver fue a Macario pateando algo en forma de rama, cercado adentro y riéndose fuerte y gritando gol, gol. No, a Toño no lo vi. Quizá lo llegué a sentir. No recuerdo. Yo iba a seguir tras Macario cuando casi tropiezo con. Dios mío, no quiero ni acordarme. En fin, que, haciendo fuerzas para no mirarlo, levanté al pobre Ravelo y...

sucio, yo se lo había visto antes, y me hice a un lado, que pasara, que se fuera, que se vaya de una vez, apartándole la mirada, pero la vi, hermanito, mala suerte, la vi altanera, la barbilla alzada, los labios morrudos, ofendidos, y la nariz palpitándole, un aire de importunada con tantas impertinencias, ¿por qué la vi si no miraba? ¿por qué vi cómo te pateó en la cabeza con el pie libre, para que la soltaras?, ¿por qué, si no miraba, si yo no miraba?, sí, Santiago, habían sido muchos los años de sacrificio, de privaciones, de apenas-descanso, en hacerte un hom-

bre con carrera, para que ahora venga una pen-
dejo y, no, era demasiado, verte patear así, bota-
dito en el suelo, a los pies de una, no, y ya no pu-
de atajarme, hermanito, no vieras cómo me voy
y empiezo a darle de puñetazos, sin dejarla caer,
muñequita borracha entre mis puños, qué pena
no miraras, nunca la vi mejor, lo que era, mon-
struo, hasta que me ahité de darle y vacié mi ra-
bia, seguías ovillado en el suelo y no viste cómo
la agarré y la arrastré para afuera, ¿sabes?, ca-
si me da por echarla escaleras abajo, y todo esto
para que, ¿para qué?, para tú pudriendo la tierra
y yo hecho un, hecho un, oh Santiaguillo.

¿Oyó, pariente? ¿es cierto lo de los Ravelos?
¿que se botó el chico de un noveno y que manca-
ron los Rufinos al más viejo?... Sí, señor; así
mismito... ¿Pero los dos brazos?... Junjun: ¿Y
cómo demontres le dio al Santiago liarse con
la Rufino, lo penca que siempre ha sido?... Pues
ya usted ve, compañero: las guerras de la paz...
¿Eh?... Nada, nada...

(1972)

LA VEZ ENTRE DESPUÉS Y AHORA

A MI HERMANO PACO

No sería el acento de su habla en sí, sino su coyuntura de posible víspera y la nefanda casualidad de que la mayoría de los liberadores paladearan las palabras como él, lo que nos confundió y cegó: la cobardía impuesta es fuerza violenta ante todo indefenso débil y Sasa nos iba a resultar eso, el chivito negro sobre el que expiásemos nuestra embrutecedora represión. Normalmente se escupe hacia abajo, Sasa era lo más bajo y no se marchaba de aquí, se ocultaba, apenas si se le veía últimamente y nos olvidábamos incluso de él hasta que alguien nos lo recordara diciéndonos, desganado, que lo había visto merodeando por allá y terminábamos diciendo lo de siempre cada vez con menos convicción: soplón de la mierda y cosas así. Dicen que llegó sin presagios, escuálido y con la sonrisa que jamás le abandonaría, la sonrisa de la añoranza imposible, arriando un camello cargado de chufas bolivianas, altramuces norteños y cocos de la Indochina, con una concha de caracol marino que aullaba desde su boca y una ramita de perejil gigante colgándole del hombro. El camello lo había vendido ya al segundo mes de estancia entre

nosotros y nadie lo desamaba y lo forzábamos a hablar porque nos entretenía su cómo, y a veces lo llegamos a ver llorando de felicidad marchita y sentado en lo más rincón de donde estuviera, así de encorvadito y aceptando sólo hasta cuatro vasos mediados de vino triste, ése de las viñas del sordo Melián, siete aceitunas negras y el pimientito verde frito de todas las noches: dos días antes le había dicho poniéndose de pie, que sí, sí señor, porque éste es el mejor sitio del mundo y aunque no se debe jurar en vano, he jurado morir aquí pásame lo que me pase. Su tal vez condición de sospechado precursor de la Liberación fue luego, tras el tiempo, y retrospectiva, de culpable fácil, de para nosotros desahogo inútil: y usted sin enterarse, don Apriorístico, y usted dando de comer con el dinero de nuestros diezmos y primicias a ese cerdo judas.

Lorenzo, hermano mío, he constatado que no te queremos mal aquí en la aldea y eres hombre no de trabajo rudo y sí de espíritu volátil, puedes apreciar mi vejez, cómo me encuentro de desventajado por mi parte, piénsalo: sin apremio y sin obligaciones, hermano Lorenzo, pero darías un gran gozo a este pobre viejo si compartieras mi hogar a cambio de que ayudes en las cosas de la iglesia: sí señor, porque éste es el mejor sitio del mundo, y aunque no se debe jurar en vano, he jurado que. Y se dejó hacer de bastón del anciano sacerdote que, apoyándose en su brazo de-

recho, de puro contento canturreó unas coplas a la muerte de su difunto padre adoptivo.

En cualquier más adelante, Sasa se habrá decidido, por algún equívoco pormenor, a pensar que debió haberse, ¿por qué no?, quedado sin porvenir. Y si la gente se insta a vivir para probarse que muere, surgirá en lo inevidente el inapelable sutil hilo de la cerril certeza: a ella se atenderá forzado, y sin un consolador repente para cazar sosiego, lo inoportuno: tu sola presencia, hijo mío Lorenzo, dondequiera estorba: sí, padre; y te permitiré besar mi mano para que vayas con Dios y para que quede constancia de que, aun corriéndote de la casa paterna, jamás llegó el tanto odio a arrebatarme, hijo mío: adiós, padre. Detrás de un devenido nunca, aguarda con casquivana ligereza el presuntuoso quizás; y Sasa marchó sin girar la mira del desconsuelo futuro y sin enterrar las persistentes nostalgias del más acá. El vigésimonono año después, Sasa espoleaba momentáneos furtivos cariños al perrito y éste se tornaría de lo más mimoso y malcriado sin ser de suyo propio y sin consideración a ser el perrito único blanco de nombre Canelo, propiedad que hubo sido del en paz descanse Lucio «El Ciego», perrito exclusivo en raza y prestancia y en de probada paternidad sin escrúpulo. A pesar de lo que se creyó y del circunstante vacío vecinal hacia su casietérea figura, Sasa mantenía un habla firme, sonora y en tenaz lucha con el deje extraño que nos trajo imperdonable desde su tierra

y una cierta mirada huidiza y humedecida: sin cesar de sonreír, por supuesto. Mas no será, ésa, historia para contarse después de la cena, y el perrito fue, tras deliberación, atado hasta morir de amor maldicho y empero los elogiados desvelos de la curandera Melisa. Sin embargo, y en un por-descontado difícilmente verificable, Sasa, estático azar melindrero durante aquellos huecos de su existencia, sólo logró autoengañarse a voluntad prieta en escasos irrecuperados momentos de una miserable pacífica por decreto época intermedia: a título de observación, se supone que debido a un típico error de la santidad senil de don Apriorístico, ese legendario párroco de la aldea en sus finales protohistóricos. También ha llegado a mi conocimiento la creencia de que su venerada persona sólo quedó plasmada con inimaginable precisión en el poema sin versos que canta el indiscriminado común amor pasional blanco que sintieron las tres generaciones y esa porción precoz de la cuarta hacia la vehemente hija muerta de la Munda. Pero, y con todo el dolor de mi corazón, me veo en el ineludible deber de comunicarles, estimados e ilustres colegas, que por orden gubernamental dicho poema no ha existido o, como santificó Melchor López, mejor se perdió en las brumas violáceas de nuestra injustamente poco ensalzada desidia. Privilegio intransferible: a fin de consolarnos en su postumidad, Sasa llegó a llamarle don Apri. Nadie me va a discutir que el olor de santidad es más lento y que no fue el desasosiego de su maternidad frus-

trada lo que desbocaría a don Apriorístico a tomar las riendas del despiste: lo sugestionable rehúye cálculos. Lorenzo, hermano, ya va siendo hora de que puedas llamarme don Apri. A Sasa le dolió una muela al oírlo, husmeó el vuelo de la cercanía de una santidad mansa y sin pedir la venia se arrodilló a besarle la raída orla de la cuestionable sotana. A solas y calmado tras la justificada desazón, Sasa se preguntó si podría vencer la tentación de darse el único gusto que llenó aquella etapa de su vida: silabear con placer el nombre de don Apriorístico. No había que temer por Sasa, acostumbrarse fue su pertinaz sino. Además de que escasas serían las ocasiones en que tuviera que dirigirse al párroco. Quizá pensara Sasa alguna vez: lo que no pensó es que el silencio pudiera llegar a ser germen de hecatombe. Y, para nosotros, la duda tras su reivindicación póstuma: lo a no saber de cierto, mejor ni cavilar sobre ello, si sería por malsano regusto, si sería por venganza zorra o por simple humana esencia, usted. Porque, al final, un resultado esclarecedor: aldea sitiada, rumores de que ya son cinco los muertos, doce los heridos y más de cien los desertores, el señor maestro entre éstos, paladín sin par en la hora prima. Porque, a la ceguera de santidad por las cosas terrenas de don Apriorístico, había una hebra atada a la soledad sin remedio de Sasa. Y porque la repentina ocasión fuerza, cincuenta años atrás, en su desesperada masonería clueca, a Viviano el ebanista, de reciente Liberación. Cuánto nos pregun-

tamos sobre tu persistente estancia entre nosotros, desquerido, majadero en tu silenciosa sonrisa, en tu ligero caminar de fugitivo hacia su guarida, Sasa, olvidado tantas veces por tus enclaustramientos interminables: ni en la Misa te veíamos, sólo la hija muerta de la Munda parecía saber de tu presencia oculta en los resquicios de una tiniebla de incienso y poleo. La luz de la desdicha mansa continuaría envolviendo al pueblo aquella mañana sin amanecer cuando: don Viviano, de usted el señor cura aguarda un favor, dijo el inesperado Sasa, atrevido en la sonrisa e inocentado por el tono de voz, y el ebanista tragó diablos antes de mirar a Sasa mientras lo escuchaba en lo imprevisto, de espaldas y agachado sobre el bebedero de las palomas: a la muy puta de tu madre, mascó el viejo y tragó una saliva entabacada, maricón godo. Que en paz descanse, oró Sasa, y se santiguó tres veces. Las palomas ya se habían urgido a desentumecer el aire mañanero, y la cabra se puso a balar en un no se sabía qué espasmo ansioso cuando el viejo giraba sobre sí y con el brazo extendido hacia el detrás de Sasa: Sacristán del coño, me dejas tranquilo y te largas, que hiedes y volvió a darme la espalda y solicitar con un tono melindroso paciencia a la cabra, don Apri, que parecía entender, pues el animalito dejó de balar. Dice don Apriorístico que usted pida por su trabajo, que se le pagará: las palomas, un bochudo patinegro primero, comenzaron a aterrizar desmodorradas hacia el millo esparcido por toda la azotea y buscando las zo-

nas más alejadas de Sasa, que se había encucillado y mordisqueaba un pajullo de alfalfa seca: y que Dios se lo tendrá en cuenta, don Viviano, también le dije, don Apri. Ni don Viviano ni don Leche, carajo y otras palabrotas, y con un gesto casi dulce de rabia volvió a señalarme, ¡fuera! Aún era Sasa, época en que ignorante de todo cuanto te achacaban, te atrevías a salir e intentar el diálogo con los aldeanos, pugnando con tu forma de hablar para que se pareciera más a la nuestra, lo que te hacía más despreciable, Sasa: el acento de tu voz, como el de los Liberadores, tu condición de víspera, mejor ni recordarlo. Pero Sasa se cansaba de estar en cuclilla y, sin prestar atención al exhorto de Viviano para que se largara y lo dejase tranquilo de una puñetera vez, se sentó en el suelo y escupió con educación la hebrita de alfalfa remasticada. Incluso le dije que le interesa quedar a bien con la Iglesia, don Viviano, don Apri, y se lo había dicho con el remilgado tono rabioso del que mendiga como si nos hiciera un favor. El ebanista pareció no escuchar porque se sentaba en la piedra a ordeñar la cabra: murmuraba algo como de seriedad para su sí, don Apri. Viviano, Sasa, don Apriorístico, el azar desganado, aburrido, siempre lo mismo. No: lo vimos con nuestros propios ojos defender la entrada por los Alejo al frente de Benigno y los suyos, una honda en la mano derecha, la bandera en la mano izquierda, a su edad, un pie y la mitad del otro en una tumba de tranquilidad, venir a morir así, hombre, principiar otra tragedia para la aldea,

como si en ajuste de cuenta por lo que le endosamos, sí. Era no mala persona el Viviano a su pesar y fama: vamos a ver, ¿y qué es lo que quiere el cura de mí? El pretexto se va sustanciando, entorna asfixiante; don Apriorístico hubo un tiempo en que leía incluso el tailandés selvático y ahora ciega de santidad un algo más que algo y terminó haciendo pizcos al Niñitojesús de lozachina caído de la temblera de sus mire usted qué finas manos de místico dormido. Usted no se preocupe, don Apri, que hay quien pueda confeccionar un Niñitojesús más lindo aún que ése: una lágrima muerta brotó del ojillo más abierto del sacerdote y le tembló el quejo, gracias, Lorenzo. El hijo más chico de Vivianito cumplió anteayer catorce años y no puede acceder a la azotea porque Sasa se lo impide al estar sentado el maricón chivato éste en la misma entrada: ¿me permite?, con un puntapié en los riñones, lo que hizo volver la cabeza y recibir un salivazo en la oreja izquierda a Sasa el sonriente a pesar de todo, dondequiera, hijo mío, estorbas, que con buena crianza rodó el trasero para que el chico pasara: papá, abajo está Trejo el de los espejuelos, ¿qué le digo, dice mamá? Al hijo más chico de Vivianito el ebanista le llamábamos Rubio, no sabemos por qué, si no lo era ni se apellidaba así, y fue de los que morirían en la insurrección justamente diecisiete minutos y quince segundos antes que Sasa, por el Fonduco, al estallar la única granada que se empleó, sin permiso oficial suficiente.

Dile que al mediodía me doy un salto por el almacén, esta vez sin falta: así que quiere el cura de esta maldita aldea que le talle un Niñitojesús de este tamaño más o menos porque se le hizo migas el que tenía; mire usted qué bién: y ¿sabes tú, cobarde soplón de los infiernos, quién soy yo? Sasa bajó la mirada y se levantaba sin sacudirse el polvo; ¿no sabes que me escapé del risco porque le salió plan a tu valiente sargento?, pero Sasa no se iba y comprendió; ¿y no sabes, perro sarnoso, quién era el plan? Sasa sí lo sabía y dijo: usted está equivocado conmigo, don Viviano. ¡Fuera!, y no era mi sargento, don Viviano; ¡que te largues, o! Y me vine, don Apri. Pero Viviano lo pensó mejor, se carcajeó en solitario hasta que su mujer se hartó y le llamó loco setenta veces siete, y aceptó el encargo y gratis, don Apriorístico: Dios te lo premiará, hijo, y si hubiéramos sido un poquito menos desconsiderados y algo más conscientes habríamos advertido que Sasa pudo hacer uso y abuso de su envidiable, no me digan que no, condición paisana cuando la aldea se nos llenó de Liberadores en los cargos altos; sin embargo vieron que no, seguía en su puesto de sacristán maldito, malvisto, inlaudicable y para colmo ya enfermo de celos crónicos desde que se sorprendió aquella aurora sofocada de amor repentino ante la Malenita de amarillo y verde acercándose virginada a la comunión. Dios mío. ¿Malenita? ¿Se refiere usted a la madre de los Ciempiés, que en paz descansa la pobrecilla? Ella nunca lo supo porque así es la

vida, viejo, y ya ves, Viviano me llamó y fingía seriedad cuando me dijo que me iba a enseñar esto alargándomelo; casi me descojono de la risa y tuvo que quitármelo de las manos; trae, no lo vayas a romper, ¡pero Vivianillo del diablo! Sasa siguió impasible cuando lo vio, pues su sonrisa ni menguó ni se acentuó, lo que a la larga nos llevó a conjeturas de una posible miopía, cuya cuestión se desechó en vista de su impecable puntería cuando la insurrección. ¿Que por qué su indiferencia ante la estatuilla al verla ya en brazos de la Virgen?, nadie ha dado alguna explicación convincente y las teorías que alcanzaron predilección sobre las otras fueron barridas sin excepción cuando el desbarajuste patriótico. Sólo dejó de sonreír oficialmente por vez primera y última, ya a punto de desangre total, cuando murmuró, para asombro nuestro sin el menor vestigio de su acento primitivo, que no me dirán ustedes que no manda cojones morir en los brazos de la Maleni, olvidado el pobrecillo del infierno solitario de sus amores enmuñonados durante tan largo tiempo, Dios te tenga en los reinos de su Gloria, valiente Sasa, aunque luego se prohibiera su inhumación en sagrado: que lo entierren en tierra bruta, donde se cría el ganado. Pero, o lo quemaron o lo descuartizaron los perros de pelea de la Señora Duquesa, que el señor notario no sueltas prendas, secreto de profesión, y vuelve a dar una plácida mamada al cigarro puro angoleño. Son verdades, mentiroso: Malena murió por lo menos quince años antes que Sasa. ¿Así

que tú no eres Maleni?, y volvió a su boca la perenne sonrisa del destierro, ¿sino que te llamas Rosalbita? Puedo atestiguar bajo juramento que no tuvo tiempo a la dulce decepción porque se pergaminó su sonrisa y lanzó el último de sus espíritus: por ésta.

Mire, en nuestro específico dónde, tropezará usted, hombre sin tino ni fundamento, con su, no me delinca por favor, y ponga un poco más de respeto, ¡caracho!, con su cualquier indiferente reparo; y allá se alzó Sasa encorcovado y tembloroso blandiendo apóstrofes y diacríticos acentos muy nuestros, emocionantes y lacrimógenos, en defensa de la patria chiquita que tan mal lo adoptamos, ¡esta vida!, el tiro se lo pegaron en la ingle y se acurrucó la balita al socaire del fémur tibio, y la poquita sangre que le quedaba se le desangró flojito, gotita a gotita; dispuso de dos armas insobornables: sus cojones, según publicó en su impublicable libro prohibido don, ¿cómo coño se llamaba ese profesor que tuvimos que capar en plebiscito porque no dejaba virgen a chiquita virgen que pasara por su aula? Y aireaba a la noche esa sonrisa de héroe sin recompensa y una como bandera que, según subterráneos rumores, se prevé será la adoptada con unanimidad tácita por el paciente movimiento independentista en el exilio, cosa que no creo, un trozo de sábana amarillorroñosa con una inveterada meada seca dorada en el mismito casicentro e imitando, según cuentan los pocos que lograron

verla bien, a una pisada triste de camello ahíto. A partir de una insinuación del pastor de cabras pintas (así que Sasa se meaba en la cama), se tuvo por pertinente acto de penitencia reivindicadora el mearse en la cama una vez al año en memoria de Sasa, y hubo su discusión al señalar la fecha, pues unos, los menos, indicaban que mejor era el cinco de mayo y otros que si el veintidós de marzo coincidiendo así con el final del furor invernal de nuestras mujeres, que, por cierto, no vieran ustedes cómo se pusieron en su sitio, calientes como machos, al enterarse de nuestras intenciones, y se reunieron en la tienda de Encarnacionita la del pescado y derogaron nuestros propósitos sustituyéndolos por mejor atendieran más a sus esposas y se dejaran de cochinadas y nos llevaran al cine en los días de féminas y a tomar luego chocolatito con churros en lo de Néstor, en vez de meterse toda la tarde a chupar ron en la maldita sociedad esa de los infiernos; y alguien de nosotros, ante el insalvable imprevisto, planteó con voz de monja desmayada pero aguda de ingenio, la posibilidad de que si Sasa se hubiera casado, seguramente se habría comportado como un marido modelo, pues su sonrisa no me dirán que no era la de un desperdiciado marido modelo; tomen ejemplo, y que si meó en la cama fue por viejito y porque haría frío para levantarse y cruzar el patio hasta el corral, y más si es de noche, con lo calentito que se está en la cama; además, la duda cierta, pues ¿quién se atreve a asegurar que la bandera fue sábana

de Sasa o un simple azar de estercolero? Y los hombres tuvimos la vergüenza de mirarnos unos a otros en el silencio de culpabilidad que provoca la evidencia del fuera de juego, ¿y quién sabe si no fue sábana del cura Expedito, por ejemplo, traidor en la hora de la hora que hay que respetar hoy y obedecer hoy porque nos ganaron ellos? No se olviden de quemar la proclama. Los clandestinos honrados tuvimos que callar con rubor, tienen razón las parientas y, ¿verdad que joderá eso de dormir sobre húmedo?, pero aquella noche la partida de envite resultó un rotundo fracaso sin retorno y hasta el ron con pejines nos supo a demontre puro. Cuando dejé de reír le pregunté: ¿y este orito?, Viviano me dijo que era de una cadena de oro con medallita de cobre que heredó de su abuela la de Cuba, mentiroso de porra. Es un regalo mío a la parroquia, un regalo de Viviano el ateo a la parroquia, para que luego digan; y que conste en el sermón del próximo domingo. No se comentó en ninguna suposición la evidente actitud de don Apriorístico, no veía ni torta porque alcanzaba los linderos de la santidad precoz y aceptó con muestras de gratitud el esmerado regalo de nuestro hermano Viviano, que asistía a Misa por primera vez y que lo juro por mi madre, ya no dejaría de asistir, lo que resulta claro que provocó al principio mucho comentario pero a todo se acostumbra uno, hasta a ver a Vivianito con su traje de domingo oloroso a naftalina llevando al brazo a su señora Leonorita que no cabía

en sí de regocijo llorón. De la virginidad de Sasa nadie dudó y hay que admitir por encima de todo; aunque con las reservas del caso y a pesar de la propaganda que en su contra nos imbuye la oficialidad de estos momentos, que fue casto y que sus amores por Malenita, en paz descansen, y por los animalitos en general fueron petrarquianos de ombligo para arriba y no bocaccianos de ombligo para abajo como han querido con pérfidos artilugios sus enemigos demostrar, hombre, por Dios.

Y no es por restarnos culpabilidad, pero sólo se nos revolvían las tripas cuando lo veíamos y de esto, gracias a Dios, eran menos las veces, casi ninguna en los últimos tiempos: anda y cierra el postigo, hijo, que luego no pego los ojos con el dichoso reuma este que no me deja vivir, y avisa a tu abuela, que a ver cuándo me va a traer el agua con sal para los pies, ¡estas mujeres!: sí, abuelo. En algún dónde que se te escapa de la memoria si te descuidas seducido por la sirena oficial y en cierta menguada eventualidad, que de todo hay en un mundo y más en el extranjero que publique provocaciones desinfestantes que nos infestan, se mantuvo hasta que se cansaron de olvido esa teoría de que lo que se presiona tanto, demasiado, acaba por reventar; cuestión que se acerca a la realidad en determinadas ocasiones, pocas, por mor de sinceridad acatada. Y abusan de nuestra escasa fe para hacernos creer que no fue un pretèxto bien aprovechado por las

oscuras fuerzas contubérnicas del desorden materialista esa defensa que hicimos del Niñito Jesús de oro cuando vinieron inesperadas las autoridades en pleno eclesiales y civiles de tercer orden, su Ilustrísima en cabeza y arremangándose la sotana, las militares no venían porque estaban en paro por cuestiones de sueldo además de que habían muerto de peste muchos caballos y no iban a hacer el viaje a pie, pues, el alquiler de camellos y palanquines estaba por las nubes; eso es lo que se comentaba antes del Oficio y nadie esperaba el desenlace, sé lo que me digo porque yo estaba al tanto de todo y si quieres enterarte de cuanto pasa en la aldea de puertas afuera y de puertas adentro monta una barbería y verás ya. En barranco seco no se pescan salmones, al grito inaudito de Sasa con voz como la nuestra ya sin deje extraño, lo que nos cogió de sopetón porque si preguntabas a alguien, ¿cuándo fue la última vez que oíste hablar a Sasa? te hubiera respondido que no se acordaba, que le preguntaras a Melado, de lo más viejo y para colmo sordo santurrón y no sabía leer ni escribir pero sí hacer noventa y tres tipos de nudo diferentes. No nos dejemos arrebatar nuestro Niñito, enarbolando un cacho de sábana ranciosa amarrado a un pírmano de escoba, luchemos contra el invasor colonialista, contra la iglesia anticristiana, seamos libres y cosas malas de ese tipo, que nos arrastrarían otra vez al desastre, en la portal abierta, su silueta a contraluz pues era por el mediodía y el sol picaba contra el derrame de

loma aquel, ¿lo ves?, y reverberaba hacia acá encegándonos.

Luego diría inocente que se debió a la curiosidad porque siempre había creído que los curas no tenían eso y lo juraría por lo que más quería en el mundo, pero de nada le valió la disculpa y nos lo pusieron colgado al sol después de fusilado durante los prescritos diez días y no nos vieras el trabajo que pasábamos espantando los guirres que venían de todas partes de noche y de día sin descanso los pocos que quedamos después de la limpia que nos hicieron; y si Méndez, el de la Loma, no echa manos a la entrepiernas de su Eminencia que había recién brindado una cariñosa severa plática a sus queridos fieles con palabras que apenas entendíamos, y si su Ilustrísima no suelta aquel alarido tan de nosotros, tan nuestro en pelea callejera, aquel alarido en un estorbado salto desde el cajón de plátanos en que nos había hablado y que adornamos con esa colcha verde tan bonita que trajera el pasado verano Serafín de su viaje a Dahomey en visita a su novia, y si no se hubiera entercado Méndez en ver si tenía eso, pues, no había quedado seguro en su primera intentona trincándole la nariz para que se esté quieto hombre de Dios, y si el señor alcalde no se hubiera despertado ante tales ruidos gritando que muera, que muera, no se sabía quién ni a qué, aunque luego diría sin servirle para nada que eran cosas de un mal sueño, y si no hubiese sido tan enervante la peste

que echaban las autoridades que se cagaban de miedo y que hacía vomitar a muchas de nuestras mujeres y desmayar de fastidio a la hija muerta de la Munda; aquí no pasa nada por más que gritara aquellas cosas Sasa y enarbolara aquel cochino trapo de nuestra perdición. Hijo, la desgracia se adorna bien para no venir sola. Y aquello no lo paraba nadie por el momento. Pero al Niñitojesús no nos lo roban mientras esté vivo yo, y yo, y yo, todos, hasta don Expedito el párroco nuevo, Sasa al frente líder en su vejez y generoso en dejando ir con respeto a las infelices autoridades ignorantes de su misión de sicarios morales al servicio del opresor; dejándonos boquiabierto y sin distinguírsele del nuestro su olvidado para nosotros ya modo de hablar, papá. Dignidad o muerte, gritó con el permiso de don Expedito, que hizo así con la cabeza en señal de maquiavélica silenciosa no comprometedora afirmación, Sasa, quien sería vitoreado por todos nosotros y ladrado por los perros sueltos que habían ido llegando a la iglesia a ver qué con tanto alboroto; yo me senté a descansar las piernas un rato. Hay alguien muy conocido por todos que anda escribiendo un libro sobre las andanzas impublicables de la hija muerta de la Munda, ¿que aún no ha tenido el placer de conocerla? claro, está usted en razón, usted no lleva más que mes y pico entre nosotros y no sacan a la hija muerta de la Munda desde finales del septiembre aquejada de su asma de otoño, pero mañana sin falta le llevo a que la conozca y vea qué colores conserva, qué

piel más hermosa a sus ciento doce años, qué caída de ojos al menor síntoma de deseada indeseable, y es la familia Ravelo quien mantiene el honor de su cuidado por mandato expreso del padre de la hija muerta de la Munda, antiguo difunto duque mayor de nuestra querida perra isla; el cual, según los romances más atrevidos, tuvo amores bocaccianos febriles con la Munda de los mejores tiempos, amores que darían un fruto prohibido por el que. A Sasa había que atribuir las pertinentes responsabilidades y más estando muerto, y lo erigieron en cabecilla de la rebelión a instancia del, una vez pacificado el suelo patrio, restituido párroco don Expedito, que había retornado sin sotana y calzando unas horribas botas de montar jabalíes a reocupar su puesto parroquial y a cumplir como vicegobernador de aldea por encima del alcalde y del barbero; que, por cierto, había demostrado en la guerrita de la Dependencia su gran amor a la patria seleccionando a los culpables que irían siendo desaparecidos, dicen que unos rumbo al más allá y otros a ser vendidos como esclavos a las valquirias succionadoras de hombres. El señor vicegobernador párroco no vino solo. Se traía una bonita cantidad de mangantes desde su tierra y a los que hizo representantes del orden para que aquí no se mueva ni una mosca, voluntad divina; y la iglesia de nuevo llena por orden gubernamental, la Virgen sin su Niñitojesús de oro, como resignada a la pérdida de su hijito al igual que tantas madres que ves aquí postradas

a tus plantas, Madre mía, ora pro nobis. Y Sasa fue fusilado tres veces en la plazoletilla del níspero, al caer una tarde sin nubes y a la vista de todos para que sirva de escarmiento, no importa estuviese ya muerto de cuerpo, para que quede claro que tiene que morir también su memoria y su nombre suene a pura maldición hasta que llegue el venturoso tiempo en que ya ni se mencione y vivamos todos felices en nuestra ignorancia y en la más fructuosa de las perezas.

Cuando un escritor con la enfermedad del ansia de verdad tiene que recurrir a la prostituibilidad de la palabra, mal andan las cosas, porque el verbo se ha convertido en propiedad oficial de los que pueden, pistola en mano, escribir la historia sahumeriada y toda fábula, para que te empapes, requería moraleja al agarrar el cadáver desangrado de lo que fue Sasa y será hasta el polvo recuerdo de Sasa y lo arrastraron puro pellejo y la sonrisa de la decepción con un toque irritantemente angelical hasta el pie sombreado del níspero hawaiano, regalo de aquel pretendiente afamado que le salió a la hija muerta de la Munda, cuyo retrato jamás volveremos a ver a pesar de las esperanzas del tuerto, que aunque reconozca que no le vio, mantiene un sin embargo lo sintió, para que pudiera ser fusilado por tres veces y con la desdicha de que todos fallaran sus disparos hasta la orden de aburrimento de don Expedito que estola en mano dijo: basta, con el tono del amén y entramos en la iglesia al

viacrucis de la desesperanza; a lo mejor nuestro hijo se fue al Cielo, porque la bombita de mano que lo mató dicen que había sido bendecida por el señor obispo, ojalá y cantamos pecadores somos, Señor. Porque los que nos sitiaron no fueron soldados, sino que resultaban ser unos mercenarios por hambre y pagados lo justo por el señor actual duque menor al no poder contar con la milicia ocupada en emolumentos y monumentos ni con la fuerza del orden, que bastante tenía con lo de la elección de misses y la escasez de caballería. Yo, el que aquí ven, me libré por polludo, aparte jactancia y sí el insulto; un tío con tal dátile no tiene sentimiento de insurrección, que le den trece vergazos, once pescozones y un beso en la boca y que se vaya y porte bien, que ya es un hombrecito. Sin honor a verdad ni a leche machanga, cabe decir que los mercenarios se portaron con indigna corrección, pues no se registraron atropello ni vejación; alguno hubo que sólo sonrió a las muchachas y repartió chicle siberiano a las abuelitas desconsoladas. Por eso surge con el aire de la rebeldía sin esperanza la palabra gratuita, la que aparece donde no debe por mor de la necesidad de una clave, esa palabra que parece decirnos Tómame y Desvíggame, pero no pases de largo. Dedícame unos segundos únicamente para que la historia brote incoherente y con la inocente maldad de un niño sin juguete que romper para luego querer: ¿recuerdan, hermanos, cuando, haciendo omiso caso al expreso en testamento, deseo mandato del antiguo di-

funto gran duque y a riesgo desesperante de que por fin cayese fuego del cielo, se decidió por unanimidad y sin consentimiento previo de la infrascrita que, con el deber de urgencia y a causa de la pertinaz plaga de langostas que nos arrebató a Porfirio Díaz y Julio César Santoro además de todos los cerdos y cosecha completa; no queda otra solución que bajar a la capital y prostituir a la hija muerta de la Munda que, por supuesto, aceptaba encantada y así nos lo hizo saber por su medium preferida, Saturnina Ravelo. Pero desaparecimos alrededor de doscientos. Y quedamos hábiles para aparear tan sólo trescientos y poco más frente a casi quinientas mujeres en edad de deseos, el invierno de la fiebre ahí mismito se podía decir: por lo que se elevó instancia al cura párroco señor vicegobernador luego de la novena por las ánimas benditas del purgatorio, en la que se exponía en advertencia respetuosa y suplicante que mire usted que la situación se haría caótica, que vuestra viceexcelencia no conoce a nuestras hembras en actividad invernal, Dios las perdone en su infinita misericordia. Don Expedito se retiró a deliberar, rezó lo pertinente al caso, de los cortos en número mercenarios vamos a ver había que descontar cuatro impotentes, dos inapetentes, un equivocado y Romualdo Giralda Powell que prefiere la muerte a ser infiel a su esposa tan lejos y que cualquiera trae a estas tierras del diablo pintado. Que ya vería cómo solucionamos esto, que no nos preocupásemos, que él y Dios velarían por nosotros;

gracias, padre. El asunto está en que la noticia clandestina afirma sin titubeo que la hija muerta de la Munda lloró lágrima blanca cuando la imprevista derrota, sin lucha en la Liberación, lloró lágrima verde cuando no hubo necesidad de prostituirla al caer maná que nos alimentara, todo antes que tal aberración, y lloraría lágrima negra diez minutos después de acabada la guerra de la Dependencia, de la cual, si nos atenemos a la prensa de aquellas fechas, nadie se enteraría, salvo nosotros y los quince sabihondillos de siempre, que mejor se dedicaran a vivir en paz y dejen tranquilos a los demás, malquistadores que son, concio. Habría desfile solitario, cada uno en su casa, todo veintiocho de febrero, el deshonesto desfile de la humillación y después del café de las seis, el gorro en la mano y el morral con la tirilla del luto; mis hijos se rieron de mí; sí, sí; todos fuimos testigos, incluyendo a Vespaciano, el ciego, y a mi abuela la otra, que estaba aquí de visita.

Se iba a cumplir la olvidada profecía, olvidada no por falta de fe sino por aburrimiento ante tanto desastre seguido y por desidia ante tanto aburrimiento por tanto desastre seguido. Porque se debía tener la obligación de no olvidar la fecha, heredada de nuestros ascendientes bajo palabra de honor y aunque muchos tanto repetíamos que qué iba a olvidarme yo, tú estás loco, nos olvidamos totalmente y para mayor repugno

nos trincó conejando a la casi totalidad, ya que era la época de celo e incluso recuerdo que mi hijito Tobías hacía esa precisa noche sus primeras armas obligado por la orden a que se vio forzado proclamar de viva voz y en contra de su voluntad don Expedito Expósito Nuez, roguemos al Señor para que nos dé luz; no vieras cómo llegó llorando el niño asustado ante aquel resplandor tan frío, tiritando la criaturita, desnudo y a varios se nos cortó la leche por unos días y salimos entre despavoridos y festivos a ver qué; allí se había posado silencioso y resplandeciente sin cegar y helando los frutos el carro sin caballos ni guía alguno que venía a llevarse por fin a la hija muerta de la Munda, la cual, si nos saludó al pasar por nuestro lado, nos pareció tan engreída como jamás sospecharíamos, ¿verdad? puede que ofendida por nuestro fatal olvido, pues debimos dedicarle el día en despedirla con llantos y quebrantos y duelos dulces, con lo modosita que siempre había sido y ver aquella postura altiva y desdeñosa, nos dolería después porque el estupor nos cegaba el entendimiento, ¿verdad? más que el resplandor del fuego, del carro de fuego que nadie vio llegar ni nadie vería marchar y por más que la versión oficial sentenciara que había sido un sueño colectivo, enfermedad de nuestros críticos tiempos de confusión y satanismo, allí quedó como prueba la mudez de usted ya sabe quién, que se atrevió a decir que el carro de fuego no era de fuego sino que parecía de fuego. Al final tenía

que haber aplausos y canciones tristes y Ricardito el de la tienda debía hincharse a vender voladores y tracas florentinas, pero el inimaginado orgullo de la niña muerta de la Munda nos castigó, y no. No haga usted mucho caso a las mujeres, pero la mía asevera, con todo respeto, claro que sí, sin vehemencia pero con total convicción que la Virgen de Oro se había asomado a la puerta de la ermita a ver qué era aquella tanta luz; pero, no me haga usted mucho caso, que ya conocemos a las mujeres; quienes, por cierto, siendo su estación febril y completamente desmadradas pretendían aprovechar el magno acontecimiento para celebrar una bacanal contubernica legítima, por lo que comisionaron con urgencia a cuatro de ellas para que pidieran autorización legal al señor vicegobernador que salió pronto de su estupor y ni dijo sí ni dijo no, sino que se presentara una instancia por escrito y rubricada por la presidenta y sellada con el sello parroquial que estaba perdido y que se encontraría en la primavera cuando ya para qué, frigidéz que aprovechó la máxima autoridad para dictarnos al final de una sabatina una nueva orden por la cual quedaba terminantemente prohibido bajo pena de excomuni3n civil que se hablase de la existencia de una tal hija muerta, ¡qué cosas había que oír en esta isla de locos! de una tal Munda. Más tarde tuvo que admitir tras un primer viernes que la hija de la tal Munda sí tuvo que haber existido porque constaba en las memorias del antiguo difunto gran duque, de lo

que dedujimos que el rapapolvo que se llevó de las altas esferas había sido de pelotas y aquella noche se prohibieron los partidos de envite, para que se jodan. Al haber visto que sólo cabía una solución doble para la cuestión del empareamiento, mejor era llevarla a la práctica cuanto antes y ordenó que teníamos que marcharnos noventa y nueve mujeres de la aldea a recorrer mundo, que es cosa buena e instructiva, ya que sobrábamos; sólo vuelvan si es con marido y certificación de matrimonio canónico, que Dios vaya con ustedes, de las que sólo volvió Aurora la del Llano no, la otra, y casada con un negro sueco de pelo rubio y nombre que nunca aprendimos y al que acabamos llamando ¡eh tú! para que nos contara en su idioma cosas de su tierra ante el regocijo de Aurora, la otra, y las envidias cargantes de todas nosotras, ¡qué majón de almiraz se gastaría el endino! con sólo ver cómo se le iban afilando los dientes a la Aurora de puro regusto. Antes nos había colocado a los niños sospechosos de precoz virilidad en fila contra la tapia de los desvelos, éramos poco más de cien y luego de aleccionarnos con cariñosa pero severa tartamudez nos ordenó que juráramos por escrito si eyaculábamos o no, que si nos corríamos o no; catorce juraron que no, treinta y dos perjuramos que sí y a resultas de orgullo les diré que mi mujer no tiene la menor queja sobre mi forma de faenar, y ya va siendo hora de que coja la maleta y me vaya al colegio, que el maestro pone de rodillas a quien llega tarde; Rosal-

bita, sirve café a los señores si les apetece o si no una copita de ron majorero, que yo ya me voy, adiós.

Al fin se subsanaba la crisis de los furiosos invernales por el camino de la decencia y apremiaba sin más dilaciones injustificadas un Te deum en acción de: gracias te damos, Señor, por tu infinita bondad al habernos concedido la misericordia de tan recto e iluminado vicegobernador para que nos guíe, pobre que somos rebaño de ignorantes pecadores, por la senda de tu justicia y voluntad, a don Expedito se le caía la baba ante tantas muestras de gratitud y nos dio permiso para faltar a tres rosarios seguidos, permiso que nos denegamos; pues no faltaría más. En el último libro que leí se asegura que Viviano sí cobró algún dinero del antiguo, pero que lo devolvería luego de su repentina conversión y esas tallas de santos desconocidos y que cada cual pone el nombre que más le guste; las confeccionó él como estipendios por su inconfesable vida anterior que acabó confesando a don Apriorístico en menos de dos minutos, pues el anciano de santidad párroco tenía prisa y debió ser cosa de mediodía; pues la línea de la sombra, se alongó para verla por encima de mi cabeza, llegaba al umbral de la ermita. Lo que no consta con claridad en este libro ni en los ráidos por la polilla incunables hallados en uno de los trasteros, nadie sabe cómo llegaron aquí, de uno de los retretes de una de las casas de Angel Sánchez es

qué clase de oro utilizó para la pitusita erecta del Niñitojesús de oro, pitusita que fue hecha un poquitín mayor de lo normal para que resaltase y la venganza masónica de Viviano no surtió el efecto apetecido sino precisamente el contrario; pues nos creció la devoción hacia el Niñitojesús al verlo tan humano como cualquiera de nuestros hijitos, con ganas de hacer pis, y la iglesia se hizo pequeña de tanta gente que la frecuentábamos por primera vez con auténtica fe; e, incluso, se permitió en breve lapso de tiempo aleargar el odio hacia el dónde recontra estará el cabro de Sasa, que se escondía en la buhardilla a recrearse infernalmente con los sonrojos de Maleni que ya se había enterado de que yo, ¡tiempos felices aquellos cuando la paz nos bañaba con su niebla de resignación patriótica! le estaba echando el ojillo y había plantado a la puerta de mi casa un ciruelo conejero en su honor, circunstancias que Sasa claro que conocía pero qué le vamos a hacer si así es la vida y quien trabaja madruga. Y la Liberación había venido y se había ido nadie supo ni intentó saberlo cómo había sido; nos enteraríamos por la hojita parroquial que nos peroró don Apriorístico el de los mejores tiempos y por la presencia de aquel batallón que llegaba sediento a la aldea un amanecer de luz verde y con los porrones vacíos por tan larga caminata.

No sospechábamos los contertulios que tenía la aldea necesidad de limpieza. Ni que, por ejem-

plo, los hermanos Reymundo, medio tarugos en su feliz inocencia de analfabetos, eran enemigos de la patria porque habían, dicen, dicho una vez bajo el signo de la ignorancia que por qué, mira tú qué cosa, unos pocos con mucho y unos muchos con tan poco, ¿verdad que son un misterio las cosas de Dios? Hasta el mismo Leoncio se llevó un pescozón por tolete; a quién se le ocurre preguntar que quién era la patria, si no éramos nosotros del gran duque de aquel tiempo; la suerte que tuvo el Leoncio no sabrá jamás apreciarla al ser yo solo quien lo oyera de entre todos los liberadores porque si lo oye uno de los adictos al sargento Artehulaga no lo salva del risco ni Santa Patrocinio que bajara del cielo a eso solamente. Si le digo la verdad, don Lázaro, hasta aquel momento no sabríamos mi marido y yo que hubiera tanto enemigo de la noble tradición en nuestra aldea; al principio, señor Santana, no nos molestó mucho ni a mi señora ni a mí que se cargaran a aquellos diez del miércoles, porque eran digamos gente sin peso en la aldea, pero cuando empezó a tocarnos de cerca la enemistad de la patria y se llevaron a nuestra Lucecita al risco, se nos llenó el gorro y decidimos con todas nuestras fuerzas jodernos y odiar a lo únicamente odiable: Sasa, que no se fue y hablaba como ellos, y a respetar a lo únicamente respetable; los liberadores, que sabían lo que hacían porque Dios estaba con ellos, como dijo don Apriorístico en un discurso de paz. Y demos hoy retrovisoramente gracias al Cielo de que li-

quidaran a parecido número de enemigos que de enemigas y no nos desequilibraron para el inminente invierno como sucedería cuarenta y nueve años más tarde con la guerrita de la Dependencia. Nota bene: en un libro de texto que se usó en el instituto de enseñanza media Andrés S. Robaina pone con letra bastardilla: «se le llamó de la Dependencia porque ya hay muchas guerras de Independencia y porque, dejémonos de boberías, todos sabéis, queridos lectores, que de Independencia no ha habido ninguna guerra y mucho menos de Liberación». El autor del nefando manual, un tal Pariente Artilles, se dedica actualmente a la construcción y, además de que tiene un perro negro en la azotea, le gusta la comida camboyana para más encono de su señora esposa que no sabe cómo arreglárselas con hombres como éste, Dios santo. Reconocía el señor Artilles que no se atrevía a vislumbrar las verdaderas causas que condujeron inevitablemente a la guerrita de la Dependencia, pero que se aventura con todas las reservas morales de Occidente de que es capaz, a apuntar dos: una próxima y otra próxima menos próxima, que no remota, como esos falsos historiadores aseveran sin respeto alguno al rigor historicista con sus fantasías y audacias propias sí de ensayistas pero improcedentes en científicos de la historia que se deben a la verdad evidente y no a la conjetural, que de conjeturas está el infierno lleno, ensayistas que osan engañar a los incautos con sus descabelladas teorías sustentadas en mentes aluci-

nadas por el brillo efímero de la *gloria más efímera aún* mundana; la próxima estaría en el escándalo que se originó en el templo cuando un tal Lorenzo Ehecopar Arencibia, enarbolando la bandera del gobierno independentista en el exilio, pedía insurrección inmediata guiado por un fanatismo masónico bien adobado por el oro de los maléficos enemigos de siempre, fanatismo que había ido incubando desde el momento en que destituyeran a su benefactor de próxima beatificación don Apriorístico de la Luz Miranda y se quedó sin sopa boba, destitución proveniente por la cargante edad del venerado párroco y no por la enfermedad revolucionaria que aqueja a todo candidato a santo como continúan manteniendo pertinazmente y ante toda evidencia los enemigos de nuestra prosperidad. Y la próxima —hago hincapié, estimados lectores, en que citaré textualmente lo aprovechable para el tema hallado en los incunables susodichos— menos próxima, porque estaban hasta los cojones de los que mandan de lejos y se chupan la patria para ellos y los suyos solitos. Prefacio final: nunca habíamos visto un obispo de cerca y nos llenaba sobremanera de cristiana alegría su inminente visita. Además nos confió a nuestra discreción el señor basurero de los martes que también venían unas autoridades civiles, por ésta. Por lo que mejor será hacer fiestas unos cuantos días y dejar las camas sin hacer y la loza sin fregar. El señor Obispo apareció el primero en la loma del risco sobre un borriquillo pequinés y las de-

más autoridades y séquito llegaban detrás y en unos palanquines transportados por indios saharianos. Téngase en cuenta que no era época aquella de flores que arrojar a los ilustres visitantes y tuvimos que brindarles nuestra más completa adhesión y nuestro más humilde respeto con tiritas de hoja seca de platanera confeccionadas y pintadas con el apremio que el caso requiso y que arrojamos a su paso entre vítores de adhesión y cantos gregorianos oportunos que provocaban su sonrisa de paternal agradecimiento cansados y doloridos por cuan larga caminata, montados y distraendo el temor a la insolación con la extracción por aburrimiento de logaritmos en base cuatro a las raíces cúbicas de números con tres cifras decimales.

Y lo primero que preguntaron nada más bajar de sus transportes fue al señor párroco don Exedito que por favor dónde se puede hacer pis, que venimos reventados y el párroco no se ruborizó porque ya estaba acostumbrado y señaló hacia el huerto de nogales congoleños, allí contra los árboles, y nadie que no lo haya vivido jamás podrá decir jamás que hay espectáculo de más digno encariñamiento que ver a sus autoridades haciendo pipí contra troncos de árboles y los amamos tiernamente, arrobados por el espectáculo, su ilustrísima de cuclillas para no orinarse la sotana. Hasta que llegó el verdadero cuándo: tenemos que llevárnoslo, estimados hijos, que, en vuestra inocente ignorancia, no acertáis a vislumbrar la irre-

verencia a que estáis sometidos venerando a una imagen impúdica construida bajo inspiración satánica, que otro apelativo no es posible dar a tamaña monstruosidad, y había entre nosotros lágrimas y suspiros y ayes incontenibles y el famoso a pesar del desmentido oficial desmayo de la hija muerta de la Munda, esa Munda a la que cantó tanto nuestro sufrido poeta con versos como ése de puerta sos de infierno que nos conduce hacia el cielo y cosas por el estilo y que hoy se pregonan en corridos. No os preocupéis, que en cuanto nos sea posible os enviaremos otro Niñito-jesús, claro de no de oro, pero más hermoso y por supuesto reverente que éste que nos llevamos. Mentiría veraz si no les confesase que estábamos resignados, todos nuestros ojos vidriados puestos en su Ilustrísima venera. Pero entonces surgió radiante y justiciero en el desnudo umbral azul iluminado con sol de otoño el olvidado vilipendiado Sasa, del que muchos creíamos que se había marchado de una bendita puñetera vez, enarbolando un.

(1975)

EL ARRANQUE

Creo que en otra ocasión le dije que abandoné pronto la casa paterna, muy joven, cierto: desde que pude. No fuese usted a pensar que era yo un desarraigado, un afanoso por aventuras. Todo lo contrario, y usted me conoce lo suficiente para saberlo. Y si algo fui yo en los últimos tiempos en la casa de mi padre, y si algo fui, sería un, ¿cómo diré?, un, un incomodado, eso, en efecto: un incomodado, y debido a la situación a que había llegado el matrimonio de mi padre con Lina, la tía Lina. Reconozco que retardé más de la cuenta mi independencia, que me acobardaba cada vez que pensaba en terminar ya y marcharme de allí, adonde fuera. Siempre he sido apocado, siempre aguardo a que los acontecimientos me impulsen, me marquen la pauta a vivir.

Papá, me voy; tienes bastante con tus otros hijos y... Es mejor que yo me vaya, papá. Mi dinero no te hace falta y... La situación me obliga a... En fin, papá, tú sabes a qué me refiero, tú.

Se limitó a mirarme serio, afectadamente serio, comediando solemnidad: hijo, no es que seas un hombre ya, pero, a tu edad, se te debe respe-

tar las decisiones, dejarte hacer, los consejos sobran, rebotan. Por primera vez en la vida me puso su manaza peluda en el hombro: me appena que no hayas sido todo lo dichoso que yo hubiese, Dios lo sabe, que yo hubiese deseado. El sólo nombraba a Dios, hasta aquel entonces, para blasfemar; y continuó: faltar una madre resulta, en fin, comprendo tu decisión, tu deseo de buscarte la vida independientemente, y te mentiría si te dijese que lo siento; al revés: estoy orgulloso de ti. Carraspeó, miró el reloj y, apresurado, apretándome afectuosamente el hombro para apartar de una vez la mano y salir a algún asunto, dijo: no olvides nunca que aquí está tu casa, tu padre. Y me deseó suerte antes de perderse por la puerta.

Desde que, acabado el Peritaje Mercantil, conseguí el empleo en la Agencia de Transportes y notaba que ganaba lo suficiente para manejármelas solo, no sabía cómo abordar el asunto con mi padre y despedirme de él. Nunca pensé que iba a resultar tan sencillo, tan intrascendente. Le confieso que me decepcioné. Pero, por fin, ya podía dejar el infierno para entrar en el cielo; es lo que piensa uno al salir de cualquier incomodidad, ingenuo, conscientemente ingenuo. Hasta que me convocaron a quintas, me hospedé en una pensión cerca de la playa vieja. No resultó cara, y era limpia; me atendía bien, con educación, aquella buena gente. Refiriéndonos al cuartel, lo pasé bien en lo que cabía; no debo quejarme. Gracias a las dis-

posiciones oficiales, y creo que también al aprecio que me tenían, en la Agencia me guardaban el puesto de trabajo. Luego de licenciarme, y nada más verme nuevamente en éste, me enserí en cimentar sólidamente mi porvenir. De mi padre ni me acordaba, suerte que tuve; y, según supe más tarde, no le habían ido bien las cosas con Lina, con la tía Lina; claro: mucho más joven que él, tenía que llegar cuanto llegó. En lo que a mí respecta, volvía a mecirme en el ensoñador y monótono vaivén de una labor que no me disgustaba. Era mucho el tiempo que sobraba por las tardes y opté por aprovecharlo. Al poco tiempo ya llevaba la contabilidad en un supermercado de barrio nuevo. De veras, con la mano en el corazón, creo hoy que, por aquella época, era dichoso, o al menos no era infeliz. Admito con usted que yo no sería ni más ni menos que uno más del inmensurable montón de los que agachan la cabeza y ofrecen la cerviz a la rutina. Sin embargo, mi sumisión era inocente, ignorante, pura si se pudiera decir. Y donde hay ignorancia querida, no puede haber rebeldía, descontento. ¡Ah!, no olvido aquel especialísimo problema concerniente a mi postura frente al sexo bonito. Ni le pase por la cabeza que esta situación haría de mi persona un apagado, un espectro de hombre que arrastra su existencia sin visos de vitalidad; no piense eso, que se equivocaría. Hombre, es claro que no recibí con regocijo mi extraña disposición ante las mujeres. Pero el embotamiento consecuente a tanto trabajo me distraía; y si alguna vez tomaba con-

ciencia de ello, me hacía repetir, como de soslayo, que hay cosas muchísimo peores, además de que nunca perdí las esperanzas. Fui, incluso, más optimista que los propios médicos que me atendieron. Y como uno siempre acaba acostumbándose, usted dirá.

Todo, repito, marchaba bien, apaciblemente. Ya no vivía en la pensión. Fuera del servicio militar, preferí alquilar un apartamento; así, la independencia sería completa, total, y la comida, en un restaurante, según mi gusto y apetito. Y para colmar mi distracción, jugué a ingresar mis ahorros en un banco con la finalidad de hacerme con un pisito en algún sitio de postín, ¿por qué no? Iba sobre ruedas mi existencia, pianito, hasta que Lorenzo, casi el único, que en realidad no lo era, casi el único amigo que tenía, me insinuó que, en la oficina, se sospechaba que yo, bueno, que si yo sería marica, como nunca hablaba de conquistas amorosas, o de algo de eso, en fin. Esta maliciosa sospecha me enardecíó sobremanera. Y fue la primera ola de la marejada que empezaba a zanzanear mi vida. Esto tiene que acabarse: me espartaba, inapetente, ante el aperitivo, durante el almuerzo.

Esto no puede continuar así: no cesaba de martillearme en toda la tarde, delante del escritorio, a la salida, en la oficina del supermercado, mientras cenaba. Por otra parte, y soterradamente, me agujoneaba una especie de resquemor, de punzante duda contra mí mismo. ¿Y si en verdad fuera

yo marica, sólo que en teoría porque en la práctica no había surgido ocasión? Esta inquisición me turbaba hasta el más completo abandono. No puede ser, imposible; los médicos dictaminaron, todos, lo mismo, que lo mío era cuestión olfativa y el mal radicaba en el cerebro, no operable, que tal vez con el tiempo y la pérdida de facultades podría normalizarse mi olfato, olería normal y no tan agudísimamente el nausebundo olor femenino. Pero, no, no lo creo, no creo que todos fueran a mentirme por caridad, y dictaminando idénticamente. Sin embargo: ¿y si el rechazo experimentado ante las mujeres me impeliera a buscar cobijo y placer en los hombres? Me horrorizaba, sí: me horrorizaba, nada más pensar en esto. Por tanto, hay que intentarlo de nuevo, probar otra vez. Esta noche mismo voy y, no: mejor dejarlo para el sábado y, de paso, celebro la inauguración del piso. Es que, al sábado siguiente, me mudaba definitivamente al piso que, después de año y medio ahorrando, por fin había comprado.

Lo compré en una urbanización bastante airo-sa, frente al mar y yendo hacia el sur, ya algo fuera del casco capitalino, junto a las pintorescas chabolas de pescadores. No quise pasarme a él desde que me diesen la llave, no. Preferí esperar a cambiarme para cuando lo tuviera completo, totalmente amueblado y a mi gusto. Llenarlo de lo necesario llegó a ser un nuevo y entretenido pasatiempo que me distraía y entusiasmaba.

Poco a poco había ido llevando a él cuanto comprase. ¡Qué contento iba de compras!, ¡con cuánto esmero elegía y desechaba, husmeaba, sopesaba! Comencé por la alcoba, de matrimonio, que nadie sabe qué va a ocurrir. Luego creo que fue un comedor de madera fina y de mesa ovalada. Después sería el recibidor, coquetón él, con su biblioteca llena de libros ornamentales y su aparato para la televisión, cuadros de paisajes y mares furiosos y calmos y de un caballo pinto corriendo por una llanura rojiza y contra el cielo negro e hilachado de amarillo al fondo, también tres columnitas como de mármol transparente que coloqué en los rincones y que tienen encubierta en su interior una luz que si enciendes te alumbra penumbroso, azulado, rosáceo y anaranjado, y además unos ídolos africanos negros y feos, decía el que los vendió que de caoba, y que se cuelgan donde mejor peguen. La cocina era de lo más lujosa. Y todo lo había ido llevando poco a poquito, cuando me pareciera, como un ave solitaria que hace su nidito, primero una brizna, luego una espiguita, que si un despojo de tela; eso, igual que un ave solitaria, ruborosamente ilusionada. En mis horas libres, y por supuesto que la mayor parte de ellas, lo visitaba, solito, como quien visita a un familiar querido, el cigarrillo atravesado en un extremo de la boca, una mano en el bolsillo, el pecho palpitante de emoción. Y la mirada altiva, ingenuamente altiva. Abría la puerta con esmerada fruición, con apasionado mimo, tal vez igual como se desnuda-

ría a la novia amada en la noche de bodas. Y si me encontraba con algún panel sucio o empañado, me dolía en el alma, de veras, aunque se sonría y le parezca mentira, tanto es lo que se encariña uno con las cosas a falta de calor humano o animal: si lo sé yo. Y con la blanca bocamanga de mi camisa lo limpiaba afectuoso, acariciante.

Con el pretexto de celebrar la primera noche en mi flamante piso y porque, la verdadera causa, la insinuación de Lorenzo me acicateaba el orgullo de masculino que yo sabía, aunque con cierto involuntario escrúpulo, tener, me propuse perder de una dichosa vez la virginidad. Es cuestión de principios, de honor, hay que luchar, procurarlo, sea como sea, me decía una vez y otra, majadero, procurando convencer a mi repulsión. Y más razón aún: que ya tengo veintiséis años, mejor te diera vergüenza. Me puse el que creí mejor de mis trajes y salí imbuido de optimismo, de seguridad, ¡tanto hacía que no lo intentaba!, y confiado plenamente, a base de sugestionarme, en que hoy iba a conocer mujer. Iluso que fui, pues, igual que las otras veces, estas narices mías volverían a jugármela con su implacabilidad extraordinaria, inmisericorde. De aquella sala de fiesta de aprobado prestigio tuve que huir, poco menos que empujado, con unas inenarrables náuseas de luces verdes y oscurecidas, de atmósfera que se masticaba en pestilencia a sobacos perfumados y sudorosos. Casi me muero, vomitando en la calle, la confianza perdida, las ilusiones rotas,

el orgullo en entredicho. ¿Y qué decir del temor a caer en el extremo opuesto? Me volví a la recién estrenada casa, desechando la idea de seguir probando por esa noche, que con un clavo de muestra ya bastaba y sobraba.

Arrastré uno de los sillones hasta el balconcito, me senté y dejé vagar la vista hacia la lejanía, hacia el océano negro y brillante que me soplaba su brisa salobre y tibia, y que yo agradecía, arrellanado en el cojín de damasco, los codos en las braceras del sillón, las manos entrecogidas frente a la boca, los índices unidos contra los labios. Parecería pensando, y mi mente se ahuecaba limpia, mi desventura olvidándose en la soñarrera que me filtraba. Antes había tenido la desfachatez de inquirirme: ¿y si fuera y le dijera a una que se bañase bien, lo que se diga bien bien, y se viniera conmigo aquí?, claro que sin echarse luego de bañarse ninguna porquería de esas que se echan. Yo le pagaría muy bien, lo que quisiese. Pero, me convencí, seguramente me tomaría por loco o guasón: mala cosa. Bah, paciencia, y a esperar, porque, a lo mejor, ¿quién sabe si...?, nada: total, que aquí no se acaba el mundo. No.

Sin embargo no fue tan soterránea, imperceptible, la melancolía que, a partir de esta frustración, se iba apoderando de mi ánimo. Además, la carencia de afectos, la soledad, consciente ya, la falta de verdaderos roces personales, paulatinamente me sumían en una continua depresión. Me costaba horrores sonreír, me despistaba con

harta frecuencia, lo que era rarísimo en mí. El ataque de rebeldía, pequeño, surgió una tarde de nuestro cálido otoño, a la vuelta del supermercado, andando por la Avenida Marítima, las manos en los bolsillos y viendo romper las olas contra los enormes peñascos de la escollera. Ya no me siento dichoso, contento: qué diablos pinto yo aquí con estos calzones tan bien planchados, estos zapatos tan lustrosos y relumbrones, con esta camisa pura nieve de limpia, esta chaqueta impecable, corbata de última moda, pero, hipócrita cochino, los calzoncillos sucios, individuo aburrido, anulado, el hocico en la pura porquería que es la vida, con su pisito de leche, por no decir una palabrota, y ahora sus ahorritos para el coche y más baifadas de éstas, con sus todas las pocilgadas que nos agarran por el pescuezo y nos bajan el alma hasta el suelo diciéndole seriamente: toma, come de esto, es lo que alimenta; y vamos y comes, ¿qué?, pura nada, sebo, para que te mueras sin vivirte y te pudras hediondo barnizado.

El segundo ataque ya fue más agudo. Me ocurrió en la barbería, días después y mientras leía una revista hasta mi turno, una revista de esas en que aparecen sonrientes mujeres de dientes pulidos y voluptuosas miradas, mujeres que para anunciar lo que sea te enseñan un mucho de pechos y todos los muslos, algunas incluyendo el ombligo, una de esas revistas que te cuentan memeces de reyes y reinas y príncipes y prince-

sas y aristócratas y de shares y estrellas y estrellitos de cine o de lo que fuere con sus sonrisas de borregos que tienen que exhibir personalidad, y que si éste se casó y el otro se descasó por enésima vez, por fin encontró el amor, lo mismo de siempre para variar, ahí tienen a éste con su nuevo romance, apenas una cría que te enseña sus rodillas huesudas, de caballo casi, y que te mira asustada pero sonriendo a lo mujer ya obligada, muy bronceada y la expresión como de pergamino, la rabia sorda me coloreaba el rostro al ojear aquello, una de esas revistas que si la lees en serio te impulsa a pensar que el diluvio universal sería una bendición del cielo, y que haya quienes no quieran morir, no sé a qué esperamos, pero sin que quedara ningún Noé ni nadie, todos fuera, yo el primero, entonces sí que la tierra sería un paraíso, ella solita y sin oír una voz que diga esta gaita es mía y tengo derecho y tú obligación, dónde está la justicia que no me permite seguir mortificando al próximo y al más lejano, luego esos chistes contrapuntos que parecen ladriditos cariñosos y de coba pero que parezcan fieros y para inteligentes y que los que pisan los lean y sonrían y luego sigan pisando un poquito más fuerte, que es su ineludible deber por lo visto y cállese y no me rechiste. Arrojé la revista en la mesita al tiempo que me levantaba bruscamente de la silla; y, ante el estupor de los que allí hubiese, salí a la calle mascullando pespes. Pensaría quien me viese si estaba loco o si. Aquella noche me emborraché antes de acostar-

me, siempre solo. Lo que más extraño ahora es que ese tipo de revistas no me había disgustado antes; al contrario: leyéndolas crecía mi optimismo, mi esperanza de vida.

Sucedieron varios días de calma externa, como de absorto en sus ocupaciones. Al martes siguiente, o al miércoles, no preciso bien, usted comprenderá, Pedrito el del furgón mostraba a Lorenzo, en la esquina de allá, una especie de folletos coloreados, a los que mi compañero de oficina parecía comer con la atención, una sonrisa boba en la boca, de drogado, babosa, mientras el del furgón ponía un mohín de petulancia comprensiva y remirándose las uñas. Picado por la curiosidad, no había nadie más en la estancia, dejé mi puesto y me acerqué a ellos, que levantaron los ojos hacia mí, extrañados de verme interesado por algo más que mi trabajo; rehechos, adoptaron la pose de la superioridad, de los enterados. Lorenzo me tendió lo que hacía instantes mirara con esmerado interés, no sin antes haber echado un vistazo a la puerta del jefe y al pasillo del fondo, no fuese nadie a aparecer en tan crítica circunstancia. Era revivir el dolor de lo endormido, era la contemplación de lo que nunca puede imaginar ni en sueños, era el arte fotográfico volcado en toda su plenitud hacia un completo muestrario de mujeres desnudas y según las más variadas posiciones. Yo me quedaría lívido, demudado. El del furgón y Lorenzo, miré hacia ellos, avergonzado por mi flagrante éxtasis, me

observaban complacidos, como quienes vienen de vuelta. Que no es para tanto, me golpeó Lorenzo en el codo, que no es para tanto, hombre; si por poco te desmayas. Pienso si se le iría la duda acerca de mi hombría. Tosí sonriente y: ¿de dónde, de dónde sacó esto?, al del furgón y alargándole los folletos pero sin dárselos aún. Nada, unos japoneses amigos, y esto no es nada: si ustedes vieran otras, y revistas en las que se ven haciendo de lo último, y de las películas no les digo nada, porque entonces. Y sí nos dijo; se permitió la libertad de contarnos algunos de los argumentos de dichas películas, cuyos asuntos, aunque contados esquemáticamente, me ponían, nos ponían, en ascuas disimuladas con sonrisas y tomadas a la broma.

A partir de este incidente entré en una fase más inaguantable todavía, por lo que tuvo de inquietud, de sofoco. Y es que las mujeres empezaron a gustarme de modo enfermizo, atosigante, pero de lejos y en la imaginación, porque acercarme a ellas seguía siendo imposible. Por las noches, en la cama o aún en el sofá, insomne, parecía chiflado, sin domeñar el sueño, hasta que acababa hincándome dos, tres y cinco a veces, *uisquies* dobles o triples que me durmieran embotado, vencido. Había que ingeniárselas y salir de esa insoportable situación. Allí, al lado, en el departamento del jefe, estaba de mecanógrafa la señorita Rosamary para intentarlo, como fuese, y que era bonita y sencilla, aunque sonriendo

torcido y tal vez ocultando un diente feo. Un olor fuerte disipa a otro menos fuerte; y con un tubo inhalador, muy oloroso a eucalipto blanco, y poniéndomelo en la nariz como si estuviese constipado y cuando me acercaba a ella, logré arribarla y charlarle, con patente sorpresa por su parte, usted tan tímido, me llegó a decir, usted tan de su trabajo al que nada más parece importarle, y yo forzándome en darle bromitas suaves, blanditas haciéndola reír de lado, pugnando ella por no abrir la boca o tapándosela con la mano, y aconsejándole se empastara el diente antes de que se pusiese peor, mire estos dos míos, enseñándoselos y sin abandonar para nada el inhalador, no le dolerá el empaste, se lo aseguro, es más la sugestión que otra cosa. Es que me da tal pavor el taladrín, uf, hasta frío siento sólo con imaginarlo.

Yo no iba a estar siempre con catarro de nariz, tupido. Y su olor de mujer le ganaba cada vez más al del inhalador, además de que no pareciera tan bonita como al principio y de lejos, muchos hoyuelos de espinillas en las aletas de su nariz y demasiado vello teñido en el labio superior. Dejé de arribarla. Y, mala pata la mía, fue ella la que tomó la iniciativa y la que no cesaba de asediarme a lo callandito, disimulos evidentes, intencionados, miraditas dulces, invitadoras, sonrisas honestas, de buena muchachita, con un préstame el bolígrafo, o la goma, aprovechando cualquier ocasión para arrimarse a mi

mesa y obligarme a echar manos al ya impotente inhalador. No podía soportarlo más y opté por hacerme el enfermo y dejar de ir a la oficina por varios días; doy gracias a que no sabía mi dirección, que si la llega a saber, usted comprenderá. Lorenzo fue mi momentáneo salvavidas. Le gustaba la señorita Rosamary desde que yo la comencé a lidiar y ahora, a mi retorno al trabajo, ocupaba mi puesto de ataque, la cortejaba. Ella, su intención no era la de elegir, dejó de venir a mi mesa y parecía satisfecha con dedicarse a Lorenzo. Este nunca sabría cuán agradecido le estaba al evitarme el tormento insufrible de oler aquellos vapores de cabellos lavados con champú de huevo, o el irritante tufo del depilatorio de bigote o sobaco, o el.

Mi afán de mujeres se vio domeñado durante algún tiempo después, ya que en toda hembra que me cruzase por la calle creía ver el oloroso recuerdo de la señorita Rosamary. Pero estas heridas cicatrizan mal y una mañana me sorprendí dándole dinero al del furgón para que se hiciese para mí con unas revistas o folletines de éstos, de los que usted ya sabe. Hizo, él, una mueca de triunfo, así, y: vale, dijo tomando el dinero que le alargaba. Lo contó: con esto hay para un buen material, dijo sonriendo y guiñándome un ojo.

Me repetía, arrebatado y a poco de enloquecer, que éstas no pueden oler mal, tan lozanas, frescas, ese color de piel, es imposible que sus olores me provoquen náuseas, contemplando

tembloroso aquella colección de hembras desnudas y de todas las razas fotografiadas a color y en las más inimaginables posiciones. Era peor el remedio. Y a los siguientes días mi imaginativo recuerdo desnudaba impúdicamente a cualquier muchachita que viese pasar a mi lado. Como siempre en tales circunstancias, me repetía sin cesar: tengo que salir de esto, no puedo seguir así. Con la mejor de mis intenciones abordé a tres con aspecto de lo más pulcro. Y nada positivo: mi interés, roto, otra vez a rodar por los suelos, que el papel huele a papel y la mujer a mujer. Mi desesperación aumentaba al compás que la consciencia de la imposibilidad mía a conocer mujer. Decisión a lograr: apartarme de ellas, vivir como si no existieran, o pensar que su roce sería nefasto, perjudicial para mi salud o para mi libertad o para lo que fuese. Uno que se muere de hambre con su frente apoyada contra el cristal de un escaparate repleto de los más succulentos manjares: eso mismo era yo, y había que aceptarlo como sea. Se tropieza mucho en la misma piedra más bien por tozudez esperanzadora que por otra cosa. Y yo decidía volver a visitar al médico, al mejor que hubiese. Tuve que desplazarme a la capital, me gasté un dineral impresionante. Y total para lo de los otros, lo mismo; después de tanta inspección y examen, de más y más pruebas, póngase así, inspire de esta forma, y terminar diciendo con un mohín que se me antojó algo burletero a pesar del tono consolador que quiso inferirle: sí, es cuestión cerebral, tal vez.



cándole la pituitaria, pero no es aconsejable, es prematuro y contraproducente porque creo que lo suyo se arreglará con el tiempo, con el acomodo de esa desviación de su sentido, en verdad que extrañísima, y. Sí, que, me dijo al final y cuando me despedía lleno de abatimiento, a lo mejor, cuando menos lo espere, se encuentra usted con que ya las mujeres no le producen vómitos al olerlas de cerca.

En resumidas cuentas, que yo seguía poseyendo un hipersensibilísimo olfato y sólo con respecto al sexo opuesto. Tal vez la cosa tenía cura, pero yo no podía esperarla, no, y decidí luchar con las armas que pudiese. Antes que nada rompí las pornografías en un alarde de valor desesperado. Luego me hice con unas gafas deformativas a ver si con ellas engañaba al deseo. Donde se sembró una semillita de esperanza siempre brotará algo de esperanza: yo, disimulando y cuando se presentaba inesperada ocasión, olisqueaba a alguna muchacha con la ilusa ilusión de que mi exagerado defecto hubiese remitido. La primera tarde que me puse algodoncitos en la nariz no se presentó oportunidad a mi demente avidez. En la segunda tarde sí hubo ocasión de alimentar a mi atosigante hambre; pero la imaginación superó a la sensación. Sí, no ponga esa cara de no comprendo, explíquese. Me explico: todo iba bien hasta casi lo último, lo decisivo, cuando, de pronto, a pesar de los algodoncitos en la nariz, imagino la realidad separada por éstos, y la rea-

lidad huele, esta realidad es una mujer que sonríe y tiene los labios pintados, y los ojos, y las uñas de las manos, y de los pies, y usa depilatorio, y. Luché por expulsar estos pensamientos, sudoroso, y entregarme ciego a lo que tenía al alcance de la mano; por fin iba a probar lo tan codiciosamente anhelado, tenía que conseguirlo. Pero vomitaba ya, me ahogaban las arcadas y los algodoncitos. Cuando acabé de arrojar y pude ver, vi un cuerpo de mujer embadurnado de arrojaduras. También vi unos ojos llorando de rabia, que me miraban a asesinarme.

A veces soy hombre de voluntad, y mi voluntad consecuente al acontecimiento consistió en tapar el asunto, echar tierra porque aquí no ha ocurrido nada. ¿Y si no voy al restaurante y me preparo yo mismo la comida?; de esta manera habría más tiempo ocupado, menos ocio instigador. Me gustaron mis guisos; apenas si salía de casa, la llama erótica extinguiéndose a base de quitarle oxígeno, de embotellarla. Pero no se apagaba del todo, que los sueños siguen su camino y la reavivaban sin mi consentimiento. Y ahora me pregunto si aquella beldad que me hizo concebir la mayor de las esperanzas y de las ilusiones no sería u. Le contaré. Estaba yo en el despacho del jefe dispuesto a marcharme con un fleje de asuntos a resolver, cuando oí que le comenzaba a dictar a Rosamary: necesitase camión capacidad legal dos toneladas, matrícula superior a, llamar al teléfono, y que lo publiquen, señorita, en la prensa de

la tarde durante cinco días. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Tal vez aquí estuviese la solución, el milagro. Creo que con intentarlo no se perdería más que unas pocas pesetas y a lo mejor se ganaría mucho, todo.

Esa misma tarde fui a poner un anuncio en los cuatro periódicos locales: necesitase muchacha para doméstica, buen sueldo, informes en horas de siete a nueve en. Tocaba ahora esperar. Con indefinida turbación leí al día siguiente las cuatro prensas; sí, allí estaban los anuncios de mi oferta. Nada más dejar la Agencia, no había trabajado en el supermercado, salí embalado para casa. La impaciencia me enervaba, me quitó apetito. No hacía más que andar y andar, de una habitación a otra, el oído alertado hacia el sonido del timbre. Lo que nunca: me llegué a morder las uñas. Miraba por centésima vez al reloj, sonó el timbre, se me alteró el pulso. Y abrí la puerta. Recuerdo a la perfección que la primer demandante calzaba zapatos de tirillas que dejaban a la vista unos dedos gordezuelos, de uñas sucias; ya está ocupado el puesto, lo siento: y me atreví a sonreírle, puede que bonita si no hubiese visto sus pies, me dijo adiós algo cortada y bajó por las escaleras, pues no oí el ascensor. La primera tarde vinieron en busca del empleo alrededor de la docena, casi todas jovencísimas, el aire sumiso, prometedor, sonrisitas modosas pero al día, desafiantes, sí. Pero con ninguna pude quedarme. En el cuadernito, de notas que tenía junto al te-

léfono y que hasta la fecha no había utilizado, anotaba con una rayita cada vez que llegaba una nueva solicitante. Pasaron los días y ya era el último de la publicación del anuncio; rayitas anotadas había sesentaitantas, que las hube contado y recontado, ya ida la esperanza de encontrar a la inodora y con cierto regodeo masoquista. Falaban minutos, pocos, para las nueve y me distraía viendo la televisión. El timbre que sonó fue el ronco, el de la cocina. Me levanté desganado, molesto por la interrupción: el programa me estaba agradando. Llevado por la costumbre adquirida, ensayé el olisqueo, tres veces, profundos. Abrí la puerta; apenas faltó para que yo perdiera el aliento ante tal contemplación. Ni me acordé de oler. Cuando tomé respiro, me vinieron a la memoria las revistas del furgonero. En alguna película de agentes secretos yo había visto algo parecido, alta, tanto como yo, esplendorosa, de cabello como el millo rubio y brillante, la piel tostada contrastando con unos enormes ojos que ni verdes ni azules sino azules y verdes, con, cómo le diré, iridaciones doradas, algo deslumbrante, quimérico, la sonrisa blanquísima, destellona. Entre tal zarandeo emocional, caí en la cuenta de que no olía como las demás, como todas, de que no me provocaba náuseas su cercanía.

No hablaba, limitándose a sonreír abiertamente y como si diciendo aquí estoy yo, ¿qué, gusto o no gusto? El espasmo me había impedido invi-

tarla a pasar. Abochornado al notarlo: pase, pase, señorita; y me aparté a un lado para dejarla entrar. Su gracias fue extranjero, radiante, con cierta altivez mimosa. Cerré la puerta, ella, con disimulo evidenciado, ojeaba su alrededor, agarrando con los dedos estirados de ambas manos la cartera roja contra el pubis. Tuve tiempo, al darme la espalda, de contemplarla concienzudamente: mayor perfección no podría encontrarse, era un sueño hecho realidad. Con un sofoco que me hacía tartamudear le señalé el sofá: puede sentarse. Puso el visaje de no entender al principio y de entender enseguida: ¿eh?, ¡oh yes! Gracias: y, sentada, su faldita apenas si tapaba un par de centímetros más acá de las ingles, eso sí: los muslos muy bien apretados y la carterita roja sobre ellos. No cesaba de mirarme y de sonreír. Yo tenía que apartarle la mirada, no sabía cómo preguntarle, cómo decirle si venía por lo del anuncio de la prensa. Me senté en el sillón, justo enfrente de ella, separados ambos por la mesita de mármol. Forcé una sonrisa franca: ¿y bien?, aleteando los brazos a guisa de pregunta, removiéndome continuamente en el sillón, desazonado. Tranquilamente, abrió la carterita, se me caldeaba el rostro cuando veía aquellos músculos tan delicados de sus piernas lisas, titilantes, y sacó un recorte de periódico, que me alargó negligentemente, sin moverse lo más mínimo. Tuve que levantarme para cojer el papelito; me costó aquietar las letras bailoteantes: era el anuncio, venía por el trabajo de doméstica. Me extra-

ñó que una extranjera solicitase tal ocupación, habiendo otras más lucrativas y menos bajas, pero, si era la ocasión que tanto hube deseado, ¿por qué desaprovecharla con indagaciones inoportunas? Acabé de leer el trozo de prensa y ya me tendía otros papeles, seguía sin moverse y tuve que acercarme de nuevo a ella para tomarlos; no, no olía repulsivamente como las otras, yo no salía de mi contentísimo asombro. Eran el pasaporte, permiso de residencia y otros que no revisé. Invitarla a una copa lo consideré apresurado, descortesía, atrevimiento poco diplomático. Y me entregué a explicarle con el gesto y con escapados murmurios cuál iba a ser su cometido en mi casa y cuánto ganaría semanalmente. Lo de que podría quedarse a vivir allí ya habría ocasión de proponérselo, que no era de inteligente dejar escapar la ilusión agarrada. Creo que fue el estupor que no dejaba de embargarme y el nerviosismo a que me sometía su mítica belleza lo que impidió retenerla en mi presencia. Aunque ella no hiciese ademán por marcharse, me fui a la puerta y se la abrí. Le parecerá mentira mi reacción ante lo tan vehementemente deseado y casi alcanzado. A mí también me lo pareció, pero usted sabe que es como si, ¿cómo le diré?, que es como si, eso es, como si se le embotara a uno la, la, la capacidad de decisión, de decisión activa, sí, cuando nos enfrentamos a lo tan, tan fuertemente anhelado ayer y, pero inesperado, desechado, ya. No sé si me explico con claridad; ¿sí?, ¿me comprende? Bueno, sigamos. Que ella se

fue y yo me quedaba atolondrado, enfebrecido. Le hube dado un llavín del piso para que a media mañana, yo estaría aún en el trabajo, para que a media mañana ella viniera y se pusiese a arreglar la casa, preparar la comida; en fin: ya vería qué.

No recuerdo si aquella noche soñé con la sílfide durante el poco tiempo que conseguí dormir. Lo que sí puedo asegurar es que la jornada siguiente me pareció más larga que una vida toda, tanta sería mi comezón por regresar a casa y encontrarme con la viquinguita. Durante las horas de trabajo no hacía más que urdir la manera de llegar a la meta ansiada, ¿usted comprende? Y por fin llegó el momento de la salida, del regreso al hogar. Mi contento no era pleno, total, no; sin aclararlo del todo, había algo de duda, de desconfiada inquietud en aquella, llamémosle, mi alegría, eso: que no encajaba así de súbito tanta, tanta posible, tangible felicidad. No, Lorenzo, hoy no, gracias, que tengo prisa; ni el ritual aperitivo en la tasca de al lado retrasó mi vuelta a casa. Enemigo de taxis, subí a uno; charlando con el chófer distraía mi impaciencia. No fumaba y acepté el cigarrillo que éste me alargó.

Los escalones los subí de tres en tres, aparatadamente, escandalizando a la viejecita que se tropezó conmigo y a la que casi hago caer. Jadeante, colocándome la corbata en su sitio, asentando el mechón de cabello que caía sobre la sien, pulsé el timbre fino, el del recibidor. Sí tenía llavín,

pude abrir la puerta. Sólo que quería dar a mi llegada una atmósfera más intimista, más, más familiar, eso, familiar, hogareña. Y nadie se acercaba a la puerta para abrirla, yo tenía el oído pegado a ella, retumbando el corazón, respirando ruidosamente. Paciente, el sudor enfriado ya, volví a tocar el timbre, tres pulsadas cortas y una un poco larga. Nada, silencio dentro; ¿y si estuviese dormida?, pensé; la hubiera despertado ya con tanto timbrazo. De pronto una sospecha en forma de escalofrío me sacudió de arriba abajo y empujándome a buscar atropelladamente el llavín en mi bolsillo.

Tragué saliva antes de abrir precipitadamente. Mi repentina sospecha se ratificaba. Fue lo que temí: ella, la hermosa inodora, había arramblado pon lo que pudo y quiso, una vulgar rateira, y sin dejar sitio que registrar, nada cerrado bajo llave. Es la inexperiencia el mejor de los abonos para la ignorancia; y me merecí esto por ignorante, fui un zoquete, un babieca, un. Sin embargo le mentiría si le dijese que no me sentí más defraudado, casi podría decir que estafado, sí: estafado por la perdida oportunidad de alcanzar mi fruto prohibido y desquiciadamente apetecido, que por cuanto pudiera haberme robado, pues bien hubiese podido llevárselo todo, yo se lo habría regalado con gusto, si hubiera saciado mi morbosa necesidad. Imagine cómo quedé, anonadado, roto, aplanado sobre un sillón, la puerta de la entrada sin cerrar y una corriente

de aire rompiendo fría contra mi espalda. Volví en mí y giré la vista hacia atrás, hacia la puerta: habrá que cambiar de cerradura, mascullé vidrioso. En avisar a la policía ni pensé. Creí que, con razón, se habría burlado de mi estupidez.

Lo que me siguió extrañando fue la carencia de olor náuseabundo en ella, pues las mujeres continuaban oliendo pestes para mí. Una mañana, el del furgón, sin quererlo, dio posible respuesta a mi duda. Muy ufano y furtivo de gestos, nos traía una novedad a Lorenzo y a mí: mostró una revista por la que me enteré que en esos mundos existen unos individuos llamados travestistas, machos que se arreglan como mujeres y que lo parecen tanto o más que éstas: había fotos de ellos en que estaban estupendas, fascinadoras. Tal vez, tenía que serlo, aquella preciosa ladrona era de éstos. Es que, entonces, su total privación de mal olor, ¿cómo lo explicaría?

Me propuse desde la tan nefasta montada apartar de mi vida cualquier intento de acercamiento a las mujeres; sabía que siempre, cuando ni lo esperara, renacerían la lucecilla de la esperanza y el escozor de la curiosidad; ¿y si probara de nuevo?, me diría. Pues no y no, que costumbres se hacen leyes y la costumbre es cosa de voluntad práctica, positiva. Claro que ese río subterráneo que es nuestra infrapersonalidad, nuestro subconsciente, seguiría su curso, manaría a la superficie en cualquier inesperada encrucijada. Me dije: que brote si ha de brotar, pero inten-

tarlo otra vez ya no. Y ofrecí mi cuello a la vida para que lo argollase y me guiara adonde quisiese: trabajo y trabajo, algún que otro paseo largo, orillando el mar, de horas y horas hasta el cansancio. Yo bregaba por acallar esa comen-zón que sacudía mi ánimo inquieto, hosco, rebelde, como si hostigado. Y parecía que callaba, que se sometía a la rutina. Sólo apariencia; ya entrará en erupción: sentenciaba una de mis voces, y yo temblaba. No hay mayor ceguera que la obstinación, usted me lo ha dicho y le doy la razón; y yo era ciego porque estaba obstinado en taponar un escape de vitalidad. La tarde del arranque definitivo y realizado, concluido todo, me sentía harto, ahíto más bien, con la ahitera del que, desacostumbrado, apenas si pudo comer un bocado de ese alimento que creyó definitivo. Recuerdo que hube pedido un café calentito, con sólo una poquita de azúcar, y que contemplaba, desde la redonda mesita de immaculado mantelete donde me hallaba sentado, al día que, fuera, intangible, se deshilachaba como una sogá de colorines mal usada, pero vayamos al principio.

Comenzó acabado el almuerzo y hallándome en el sofá, echado e intentando la siesta. Había acabado de ojear el periódico, que se derramaba deshojado por el suelo y sobre la mesita. Los ojos se me abrían autómatas y fijaban en el techo, más allá y en oblicuo de la lucerna de ocho brazos. Mi cerebro rebullía calenturiento, y los



labios se me movían involuntariamente: ¿qué vale en esta vida?, mierda seca, ¿adónde vamos?, ¿qué se pretende con tantos agobios y preocupaciones?, más ensebamientos, tú, baifo, huele que huele papeluchos tras la máquina de escribir, sonriendo aquí o allá según te sople el viento, asiente o niega al ritmo de la orden superior, anda y pon el gesto contrariado cuando lo pone el señor Rico, y dile otra vez eso de mala suerte que usted tenga que desaprovechar esta ocasión de ganar tantísimo dinero, no hay derecho que se lo impidan unas leyes tan poco comprensivas, señor, y sigue tecleando o dando molinillo a la calculadora, te equivocaste y tuviste que repetir la suma por un numerito que te sonríe burletero, y eso: no hagas ejercicios para que se te hunda el pecho y encojan los hombros, pareces corcovado, carpetudo tan joven aún, mira a tu alrededor y ¿qué verás?, te revientan esos cochinos elegidos no se sabe por quién, aristócratas no sé por cuáles eminentes y respetables crímenes pasados o presentes, ladrones de corbata y sonrisas limpias, cansados holgazanes de la adulación y de la pose, puro exhibicionismo todo, lo que usted desee, caballero, tiene licencia para dañar y a lo mejor, por simpático, San Pedro le abre la puerta, que el mundo es suyo y los borregos estamos para decir be y asentirle con sonrisas y envidias; y marihuanados para engordar y respetabilizar a los marihuanadores, toma fútbol y vete distrayendo, mastica, muchísimas gracias, que es el alimento complementario y básico al

otro, mezquino, insuficiente, que la justicia nos ampara, bendita sea que no se ve, pero si esto tiene que ser así, ¿ah, sí?, sí, ¡qué bueno!, tiene que haber de todo, lo único que te aconsejo es que te distraigas del pensamiento de que tenemos que ir al moridero, como sea pero no pienses en ello, serás menos infeliz, y deberías agradecer esa preocupación tuya por perder la virginidad, no me nombres eso, es que te sirve de gran distracción, pues bonita es, ¿te acuerdas de aquella vecina cuando niño, llenas las piernas de varices, siempre preñada, legañosa, despeinada, sin agua corriente en su choza, ¡cómo olería!, quejona y pleitona, su frente arrugada de miedo a todo, al chiquillo que si se clava la tacha o no, al marido que?, ¿te acuerdas?, pues soñaba con Jorge Negrete y que le cantaba al oído, ¿quién nos lo dijo?, Lina, la tía Lina te lo dijo y tú no te reíste y ella sí, te pusiste serio, papá se casó con Lina, la tía Lina, y se acabó de joder el asunto, déjate de pensar en eso ahora, no, mamá muerta y jovencito su perfil dormido y marfileando móvil el titileo de la llama del cirio de acá, y yo olvidado y en cuclillas contra el rincón y detrás de la viejita que lloraba sorbiendo tabaco en polvo por las narices, rezando en sollozos por imitación a las otras, contagiada y yo sin contagiarme del llanto, asustado, sin poderme mover de allí, papá a lo peor se calentaba y me halaba un capón que me llenaba la cabeza de lombrices, Lina, tía Lina apenas una niña que se trajo del pueblo para que echara una mano

en la tienda tiene un ataque pero no se murió y mucha gente se arremolina a su alrededor, quieren curarla, traigan tila, alsándara, un poquito de coñac o de anís, quiten, que coja aire, parecía loca la pobrecita, papá seguía tranquilo, cuadrado, alto, velloso el pecho, vellosas las manos, el aliento a ron y a cigarro puro, con el traje nuevo teñido de negro, encorbatado pero el botón del cuello desabrochado, serio, él tan coñón, y daba la mano a cuantos se le acercaban para apretársela y susurrarle algo compungido, y papá asintiendo con la cabeza igual que borracho, Lina, tía Lina aún no podía decirse que fuese una muchacha, sólo trece años y la barriga hinchándose, ¿te duele, Lina?, ella se ponía seria y a llorar, meses después de morirse mamá, ni de ella me acordaba, luego una ceremonia sencilla y sin pastel como en la boda de la hermana de Andrésín, para tener otros hermanos llorones y Lina, tía Lina, ya no jugaba conmigo ni me contaba cuentos de miedo con luna y monstruos, y me señalaba sin mirarme y diciéndole a papá que yo estaba hecho un malcriado mimoso y que no hacía más que molestar a los niños, mejor hiciera los deberes del colegio en lugar de quitar los juguetes a sus hermanitos, papaíto yo ya hice los deberes y estos juguetes son míos, pero papaíto cogía el cinto y me aflojaba una paliza por contestón y para que Lina, tía Lina, se quede tranquila, sonría, acaricie a sus niñitos y mire agradecida a papá que se acerca a ella para darle un beso en la frente, ¿y qué me dices de ese

muchachito que se cargó a su padre natural cuando murió su madre en el más completo abandono?, no diré nada, la justicia es un tentempié de éstos, ¿cómo?, nada: divagaba, ¿pero qué se ha creído usted?: se calienta el patrón con el del almacén que le pide aumento de sueldo, y grita con el ademán martirizado: que si éstos no quieren trabajar, faltaste el otro día, el chiquillo me cayó malo, y sí hombre, quédate en tu casa que te llevaré el dinero todos los sábados, no te molestes en venir a trabajar, ¿para qué?, y luego si uno echa a la calle a alguien enseguida te cae la Magistratura encima y pague usted indemnizaciones y monsergas de éstas, perdone, señor, no se ponga así, si no puede subirme el sueldo, ya podrá en otra ocasión, así va el país con nadie que quiera trabajar, y si no les estás arriba te diré: yo me quejo, y tú, y ése, todos nos quejamos, ¿y de qué?: de porquerías, nos quejamos de porquerías, vete en la guagua y mira las caras, todas adustas, con la soledad agarrada en los entrecejos arrugados, cada persona es un mundo que cada vez se aleja más del otro, ¿y tú qué haces por evitarlo?, nada hago porque nada puedo, desde pequeñitos es ley amargar las almas, ese padre que se le enroña al chiquito porque sacó malas notas y a lo peor es tonto, ¡qué va!, lo que es un gandul, pero deja que yo lo arreglo, y no me sale el domingo, aquí penado para que aprenda, y el crío acostumbándose a angustiarse su almita, a formarla a imagen de un títere enjaulado, educado para jeringar al

prójimo y al lejano si es privilegiado y con buenos ademanes, eso sí, que para eso estudié tantos años y soy universitario y me llené de derechos, educados a no creer en nada ni en nadie, porque si creyeran de verdad en Dios se les caía la cara de vergüenza y no asomaban a la luz del día, que ser rico tiene que ser un delito, aunque consigan la riqueza legítimamente, no digas eso, que si tú fueras rico veríamos qué dirías, no diría nada, lo reconozco, porque yo también he perdido la vergüenza y me queda la lucidez de la rebeldía, ¿y de qué me rebelo?, ¿qué busco?, si pudiese dormirme, descansar un rato, hasta me duele la cabeza, pero los ojos no quieren cerrarse y sigo con la vista ciega fija en el techo.

Me levanté, no podía más, las sienas palpitando, el corazón desazonado, sudorosa la frente. Fui al baño a refrescarme la cara. ¿Qué?, me inquirí: ¿lo haces o no? Lo hago; y se acabó. No importa que todo sea como es.

Estaba en la última página del periódico. La ocupaba casi completa; sólo dejaba una esquinita inferior para el anuncio de una clase de ron. Había en ella una foto de familia numerosa, seguro que la misma del carnet. Al principio, mientras lo leía, quise sonreír, con la sonrisa amarga, sádica, con la sonrisa de la impotencia cobarde del que se regodea con el daño ajeno. El periodista tiene que comer también y lo pintaba con tintes demasiado oscuros, melodramáticos. Penosa situación en la que se encuentra esta familia

numerosa, humilde, matrimonio con siete hijos y a la espera de otro, desahuciados de la vivienda en que vivían de alquilado y que amenazaba ruinas. Una familia más en la calle y ¿cuándo se acabarán estos problemas que somos los primeros en denunciar y condenar?, y algo así por el estilo. Lo leí completo y tiré el periódico al suelo; parte de éste cayó en la mesita. No quería pensar en ello, pero algo en mí hacía sus cuentas sin importarle mis pensamientos de fuera. Por eso no me extrañé en lo más mínimo cuando decidí darles el piso, mi tan amado en un tiempo piso, a esos pobres infelices; ¿para qué demonstres lo quiero yo?, que hasta cierta inquina le estoy cogiendo. Ahorita mismo soluciono el asunto: me puse la chaqueta, cogí la escritura y salí a la calle. Decía el periódico que se acogían, mientras se arreglaba su penosa situación, en el Hogar del Miserable. Aquí me dirigía, antes de que me arrepienta. ¿Por qué lo hacía?, nunca lo supe ni nunca hice esfuerzos por saberlo.

Pregunté en aquel mostradorcito blanco, Sí, esa familia del desahucio que salió en la prensa de esta mañana. Que todavía no habían llegado, y mirando el reloj que colgaba en la pared y sobre la puerta de doble hoja que no tiene pestillera y que se abría con sólo empujarla, no tardarán: a las siete y media es la cena; que por el día no pueden estar aquí, solamente a comer y a dormir; y ahora permítame, siguió escribiendo en un cuaderno largo y estrecho. ¡Gracias, le dije

y me aparté de allí, no le molestara mi cercanía. Esperaré; y esperé. Miré el reloj de la pared y luego el mío; éste estaba algo más adelantado que aquél. Volverse atrás antes de que sea demasiado tarde; no cometas ese disparate, mira que no son cuatro perras lo que vas a dar. Como si es un millón; y ojalá tuviera yo las suficientes agallas para dejarlo todo y marcharme vagabundo, mendicante, por esos mundos de Dios, sin tener que preocuparme de mezquindades y pejugueras, sólo en vivir, y vivir sanamente, limpio de espíritu y limpio de cuerpo. Pero eres un cobarde; seguirás en la oficina por la mañana y en la trastienda del supermercado por la tarde, luego tus paseítos y tus programitas de televisión, porque ya ni lees como antes. Sí, no me moveré de aquí; me faltan las agallas, y eso que no tengo nada que perder, que dejar. Vendamos el piso y con lo que nos den, que será bastante, nos damos una vueltecita por ahí, por algunos países. Bah, donde haya hombres todo es lo mismo, la idéntica cochinada que se lava por fuera y seguirá hediendo por dentro; no seas pesado, de aquí no me muevo, por lo pronto. ¿Te doy un consejo? No, gracias. Y me seguía preguntando cómo se le ocurrió a Yavé dejar a Noé y a los suyos con vida, no tengo nada contra Noé; además: de bondades no me hables, puesto que para ser bueno tiene que haber males y no es honrado, digo yo, presumir de satisfecho porque hay hambrientos: esto está mal, aquí nada se aclara. ¿Y ésos que escriben cartas a los periódicos para

que se las publiquen, siempre lamentándose de esto o de lo otro, como inquietos buenos ciudadanos que se preocupan por todo lo que concierne a mi patria chica? Eso: chica, ¿No respondes? Sí, chica. ¡Compraste las revistas al del furgón! Compramos, dirás. Lo que sea. ¿Y qué?; también desayunamos y dormimos. No te entiendo. Es lo mejor, que no nos entendamos. Buen muchachito ése que se mató anoche, decía la prensa. Sí, es de familia respetuosa y corría más que nadie, su coche es mucha máquina y le pasaba la mano acariciante como a un corcel, fíjate: y apretaba el acelerador, cómo corre y cómo adelante a ese camión; el otro venía por su derecha, pero no era de familia nombrada. ¿A nosotros qué nos incumbe esto? Tienes razón: ¿qué nos incumbe? Pero llora su familia y se lamentan sus amistades, y ruegan a conocidos y personas piadosas se sirvan asistir al. Callemos. ¿Y cuándo van a llegar los desahuciados para darles de una dichosa vez el piso y toda la porquería que tiene dentro? Ya son las siete y diez y ese comedor parecerá al del cuartel, tanta gente ha entrado. No sabía yo que hubiese tanto miserable en la ciudad. Hay muchos más. Hermosísima la reina del país aquel donde mueren tantos niñitos de morir de hambre; hermosísima, y el rey se casó con ella por amor, seguro. Seguro. ¡Qué pena que nuestro entrenador no pueda contar con un buen extremo izquierdo!; y aún no tiene decidida la alineación, que es lo malo: toda la afición sufriendo por la incertidumbre, no hay

derecho. ¿Y qué me dices de ese disgusto sentimental por el que pasa el famoso torero con la romance de turno? Horrible; Dios no debe permitir tanto sufrimiento a nuestros diosillos nacionales. No seas cínico. ¿Cínico yo? Amargado. Ese viejo que pasa a comer parece contento, nos ha saludado muy sonriente: buenas tardes. Ha sido el único que, por lo visto, nos vio; los demás parecían llevar tapaojos, sólo mirando hacia el suelo. Está limpio esto, parece bien atendido. Creo que debo fumar; así me distraigo algo. ¡Y que no llegue esa gente todavía! Ya pasa de las y media. ¡A ver si me canso de esperar y me largo!; no doy piso y se joden. ¡Mira!

La reconocí enseguida, aunque tenía el aspecto más envejecido y con una verruga en el cachete derecho que en la foto no noté. La llamé con un bisbiseo al tiempo que me levantaba para acercármele. Volvió la cabeza hacia mí con cierta dificultad. Llevaba en brazos, apoyada contra su prominente barriga, una criatura de apenas un año; los otros cuatro chiquillos, desharrapados, el pescuezo, la cara, los brazos y piernas llenos de churre, jugaban a agarrarse a los faldones de mamá, que, huraña y con imprecaciones ahogadas por la bulla que armaban los críos, luchaba por quitárselos de arriba a coces y movimientos de cadera. La pobre mujer sudaba por todos lados. Resoplaba cuando le pregunté por su señor marido. ¿Hizo algo malo?, me preguntó a su vez. No, forzándome a sonreírle tranquilizador y

teniendo que recular pues su tufo llegaba a mis narices. Los chiquillos se aquietaron expectantes, curiosos, rodeando a la madre; me miraban inquisidores. Al que quise acariciarle la cabeza se hizo para atrás, huidizo. No es para nada malo. Ella continuaba contemplándome con desconfianza. Al contrario, seguí diciéndole; se va a llevar una sorpresa: y la miré a los ojos. Arrugó más el entrecejo: allá cuentos chinos, caballero; él vendrá ahora, supongo. Y sin más, dio la vuelta y se encaminó a la puerta que daría al comedor. Los chiquillos reanudaron su juego, y ella, las patadas y los improperios.

Me quedé decepcionado, completamente aplastado, sin capacidad de reacción. Cuando pude pensar algo, me entraron deseos de marcharme de allí y acabar con el capricho. Luego, algo más sereno, y sentado de nuevo sin saber cómo, la disculpé, aunque recordando a tía Lina: la pobre mujer estará hasta la coronilla de tanto incordio de críos. En eso, vi entrar a la hija mayor, una niña de unos doce años, sola, descarnada de rostro pero de caderas prometedoras y piernas bien formadas, morena pálida, su mirada fija, rencorosa, alta. Andaba erguida, desafiante, contoneándose. Abrió la puerta con porte distinguido. Me hizo gracia su compostura y me reblandecí un poco; irónico: podrá recibir a su novio en una vivienda decente.

Sin darme cuenta se iba apoderando de mí una soñarrera ladina, lo que nunca. Y casi dor-

mía cuando lo sentí entrar al vestíbulo. Me levanté de un brinco, como rociado con agua fría. Llegaba canturreando una folía que acompañaba con el índice de su mano derecha, la izquierda aferrada a la hebilla del grueso cinturón negro y adornado de monedas de real antiguas. Estaba recién afeitado y peinado, el cabello negrísimo y brillante, congestionadas sus mejillas. Parecía dichoso, satisfecho. Y fui a su encuentro con el brazo extendido a guisa de detenerle. Por favor, le dije, perdone unos segundos. El afectó mirar hacia atrás, no fuese a otro a quien yo llamara; ¿a mí?, enseriando el gesto. Sí, a usted; ¿nos sentamos?: le indiqué el banco. No hace falta; y me esperan a comer, además. Bien, como usted quiera. ¿Ya me dirá qué se le ofrece? Es que, de veras no sé cómo empezar. Pues lo que se dice yo. Leí el periódico de hoy, el de la mañana. ¿Sí?; bastante que me alegro, yo también lo leí; ¿y? Lo siento, en verdad que lo siento; sé su situación. Toma: más lo siento yo y aquí me tiene, porque usted no irá a solucionarlo, ¿o me equivoco? —guasón y alisándose el pelo con las dos manos. Se equivoca. ¿Cómo dice, que no le oí bien?— dejó los brazos alzados, quietos, los codos a la altura de los hombros y las manos a ras de las sienes; arqueaba las cejas y entreabría la boca: tenía dientes de oro. Bajé la voz, como avergonzado: le regalo un piso. Rio con fuerzas, lo que obligó al viejo conserje a levantar la vista del cuaderno y mandar a callar con un siseo. Bien, hombre, bien —decía entrecortando la car-

cajada; de pronto, cuajó la risotada y adustó el ceño: oiga, señor, la cosa no está para bromas, pobre soy pero tengo mi dignidad. No bromeo, de verdad— me ruboricé como si hubiese comedido una indiscreción. Y extraje con desmaño la escritura del bolsillo interior de mi chaqueta: aquí tiene la escritura, puede verla si gusta. Me miraba con fijeza, desconfiado. Cogió ceremonialmente el papel y se puso a ojearlo de la manera como hay que ojear un papel que no se entenderá pero del que habrá que mostrar que sí, se entiende, echando atrás la cabeza y alargando los brazos, a lo prébita. Pues: esto parece en regla —dijo al cabo de unos instantes—; pero puede no significar nada, ser un vacilón suyo y, entonces. Le corté: ¿por qué lo iba yo a engañar?, ¿qué ganaría con ello? Pues no sé, usted sabrá qué; porque se encuentra uno con cada elemento por ahí —la forma en que me miraba denotaba ir tomándome confianza; mi cara sería de fiar—; además, usted comprenderá, venir uno, perdón: venir un señor así por las buenas y a proponerte que si quieres un piso regalado, lo que ni en sueños, así de sopetón y cuánto tuvimos que suplicar para que no nos botaran de la choza, es la ley, nos decían y fuera con muebles y todo, ya se les resolverá el problema y hasta con guardias, usted verá mi recelo, más estando el mundo como está, cada quisque jalando el rábano para su plato y jeríngase el pobre, lo mismo de siempre, que si eres rico come cuando quieras y si pobre cuando puedas y sin poder,

ya usted ve, yo. Continué sin inmutarme ante su adúltera locuacidad; dije: también le dejo los muebles, y ropa, todo lo que haya en el piso; tan sólo me quedo lo imprescindible. Ahora callaba, tal vez avergonzado por su impertinente perorata. El embarazoso silencio me forzó a tomar un tono suplicante: es bastante lo que le doy, vale más de un millón. Su asombro al oír la cifra le hizo guiñar los ojos incontroladamente hasta que pudo fijarlos en los míos y mirándome como a un loco. Seguí: si usted lo considera necesario llamamos a un guardia para que nos sirva de testigo; desde ahora mismo puede mudarse, esta noche ya podrá dormir en mi casa, en su casa, que mañana arreglamos los papeles en el notario, dejarlo todo en regla, legal. No sabía ya qué decirle; resultaba pesado, bochornoso, el asunto, sudoroso. El se mantuvo callado, lo que me exasperaba, la escritura aún en su mano izquierda, estático, los brazos abandonados, una ceja levantada y contemplándome sin pestañear, como sin verme: volvía a dudar de mi veracidad. Su silencio me enervaba, no sabía ya sobre qué pie descansar el peso de mi cuerpo, crucé y des-crucé los brazos una y enseguida otra vez, sobé las manos una con la otra, huyéndole la mirada y entrándome unas enormes ganas de mandarlo a la. Pero por fin habló, sólo movía los labios, el resto de su cuerpo siguiendo rígido: nada de guardias, dijo; únicamente una pregunta, si a usted no le molesta, señor: ¿por qué hace esto?, no acierto a comprenderlo por más vueltas que

le doy a la cabeza, y usted no parece. Iba a decir loco. Continuó: palabra que no lo comprendo, ¿por qué lo hace, señor? Esperaba hacía rato esta pregunta; sin embargo me sorprendió des-prevenido. No acerté a responderle con seguridad; el tono de mi voz oscilaba falto de firmeza: es una promesa que me hube hecho al comprarlo, al comprar el piso, eso; y, además, me tengo que ir para fuera, embarcarme la semana entrante, sí, una promesa, la semana entrante, embarcarme; y, además, es, era para mí un cargo de conciencia, yo tengo conciencia ¿sabe? —sonreí forzado, sonrió forzado—, leí el periódico, se lo dije, y, leí el periódico y al enterarme de la situación de usted, de ustedes, me dije, sí: me dije que ahí tenía la mejor ocasión de desprenderme del piso haciendo algo por alguien, yo no soy rico pero, de hacer algo por alguien y sin mediar dinero, siempre el puto dinero, perdón; y, pues ya ve: lo demás lo sabe ya, lo. Tuve que carraspear simulando un añusgo; en fin, que el piso es suyo, supongo que lo querrá ¿no? Asintió con la cabeza, con cierta negligencia y pareciendo estar triste. Levantó la mano para ver la escritura enrollada, me miró luego y dijo: bueno. Dio media vuelta para dirigirse a la entrada del comedor y, dados unos pasos, se detuvo como dubitativo, volvió la cara hacia mí aunque sin mirarme y, levantando los hombros, susurró: voy por el equipo. Desapareció tras la puerta, cuyos batientes quedaron oscilantes cada vez menos hasta detenerse del todo.

Se arregló la cosa al siguiente día. Mi nuevo domicilio sería un hotel de segunda al otro lado de la ciudad, cerca de la playa nueva. Lo podía pagar sin agobios y me encontraría atendido en todo lo que me hiciera falta. A la total ausencia de mujeres en mi vida ya estaba hecho; el caso fue acostumbrarme a ello y, una vez acostumbrado, lo demás es fácil de llevar. No sé cómo se enteraron, pero a los dos o tres días del asunto aparecieron en la oficina dos muchachos con el ademán juvenil, muy de hoy, norteamericанизado, uno de ellos con una máquina fotográfica en bandolera, sonrientes, mascando chicles, cuidadosamente despeinados y despreocupados, con cierto aire de juguetones sabelotodos. Eran de la prensa y enrojecí de vergüenza nada más ver que venían a por mí. Me preguntaba uno y me retrató el otro, yo sin perder la turbación, tartamudeando, no saber qué responder ni adónde mirar, sintiendo en el fondo de mi alma las requisantes miradas del jefe allí en la puerta de su despacho y sin atreverse a decir nada, las atónitas de Rosamary y las interrogantes de Lorenzo. Se fueron los periodistas y yo quedé como cogido en delito ante la postura del jefe, muda, inquisidora. Rosamary y Lorenzo hubieron de fingir seguir trabajando; yo intentaba hacer lo mismo que éstos, pero el jefe me llamó a su despacho. Le tuve que explicar mi altruista gesto con la mayor sensación de culpabilidad que imaginarse pueda. No quedó muy aclarado con mi desbarajustada relación, que digamos; y su manera

de contemplarme, una vez hube acabado, no me halagó, ni muchísimo menos, seguramente pensando que, a fin de cuentas, yo era un pobre infeliz, ni más ni menos que un pobre infeliz. Vuelva a su trabajo, dijo con voz que se me antojó dura, rencorosa.

Aunque le extrañe, sepa que no leí cuanto de mí dijo la prensa: incluso de reclamo en primera página había una foto orlada con letras de molde. Grandes. Me entró una especie de pudor que me impidió leerlo. Sin embargo, lo que más me jeringó fue la tabarra que tuve que soportar a Lorenzo, guasón en los últimos tiempos y tras el corto noviazgo con Rosamary, y al del furgón y a algunos clientes confianzudos de allí de la Agencia o conocidos del supermercado. Por la calle y al cruzarse conmigo, había quien reconociera mi cara y se quedara mirando mosqueado, dudoso: a éste lo conozco yo de algo, ¿de qué?, parecían pensar haciéndome sonreír a veces y otras abochornar. Gracias demos a que todo se olvida fácilmente, que se borra pronto. Incluso el jefe dejaba de tratarme ceñudo, vengativo no sabía yo por qué.

No, ya nunca tuve más ataques de rebeldía; todo me parecía bien, incomprensible pero bien, y ¿quién era yo para hacer preguntas? Que siga rodando la bola de nieve, agrandándose, agradándose, que ya se detendrá, que ya se desleirá: me repetía ante cualquier insidioso intento de sacudida anímica. Y mi vida se acostumbraba a deslizarse

aceitada, suavcita, tranquila y sin baches; nada tenía por qué hacerme grietas, por qué mellarme. Y me llegué a encariñar con la soledad a pesar del mímico bullicio que me circundaba. Creo, sinceramente, que mi rostro no sería exponente de un alma amargada, tribulada por la frustración; al contrario, parecería el de un satisfecho, el de un encajado. No quise probar más acercarme a las mujeres, si eso es lo que se pregunta; y no quise porque noté que no las necesitaba, que ninguna fuerza irresistible y agobiante me impulsaba a ellas. Tampoco quiero decir que les tomé inquina, que me hice enemigo incondicional de ellas, no: tan sólo las marginé sistemáticamente de mi vida. Voy a manifestarle un pensamiento: creo que el quid está en drogarse uno de ellas a base de experiencias o de sugerencias, creo que esas pretendidas exigencias de la carne, del sexo, pueden ser domeñadas a base de voluntad limpia y a pesar del infinito número de aperitivos que nos proporciona el mundo de hoy. Observo en su mirada que discrepamos. Dejemos esto y sigamos. ¡Ah!, y deseche la mínima duda acerca de mi virilidad.

Transcurrió un año y meses y yo no había ido una vez tan siquiera por mi antiguo piso, quizá esquivando supersticiosamente reavivamientos funestos: usted sabe qué digo. Una tarde otoñal, de las que tibiamente acunan y amodorran al ocio, me encontraba en la alameda saboreando un helado, la vista perdida al otro lado del ba-

rranco, justamente en el bullanguero tiovivo y pensando añorante cuán poco disfruté de juegos en mi infancia. De súbito se me ocurrió la idea de visitar el piso, saludar a aquella pobre familia que lo habitaba, preguntarle qué tal le iba entre tanta gente media, pulcra, engarrotada por el temor de que le rompan su vidriosa armonía. No lo pensé mucho, pues, concluido el helado, me puse en camino; iría andando aunque quedara lejos, que la noche tardaría en caer. A medida que caminaba, y subrepticamente, se apoderaba de mí una sorda emoción que avivaba mis pasos, casi impulsándome a correr. Cuando caí en la cuenta de ello, del improcedente estado de ánimo, me detuve a tomar resuello, a embridar la desazón. Calmado, seguí el camino, pero despacio, atajando la prisa, la emoción, paseoso, mirando aquí y allí, a derecha e izquierda, incluso parándome sin motivo justificado, sólo por enjaular ese impertinente desasosiego. Apenas si me di cuenta que había llegado a la urbanización donde, luego de subir un centenar de floreados escalones, me encontraría con el bloque en cuya tercera planta estaba mi piso, mi antiguo piso. Saqué las manos del bolsillo y las miré: estaban brillantes de sudor y las sequé contra el muslo de los pantalones. El lugar se me presentaba más bonito que cuando lo vivía. Habían crecido bastante las palmeras del parque y vi flores nuevas y de refulgente colorido; los sardineles se encontraban recién pintados. Todo lo circundante olía a limpio, a cuidado con esmero. Era

de quietud vivaracha, sumisa, la tarde que se desleía rosácea, tenuemente rumorosa en los laureles de enfrente. Una prematura luna en cuarto menguante se diluía en celajes amarillados. Jugaban chiquillos en las baldosas rayadas con yeso y charlaban algunos viejos y otros no viejos en los bancos de piedra y sin espaldar; también había parejas de jóvenes pasmándose de inquietos deseos y aguardando trémulos la inminencia de la noche: sonreí. A lo lejos, al fondo, se oía vagamente el manso ronroneo del mar rompiendo jugueteón contra los peñascos de la escollera y salpicando el aire de su eructo salobre y fresco.

No, señor; aquí, gracias a Dios, ya no vive esa familia por quien usted ha preguntado. Se fueron hace cosa de, aguarde a que haga cálculo, eso es: semana antes de los difuntos, sí, se fueron hará un año dentro de dos semanas. Lo vendieron. Vendieron el piso a todos los vecinos, al bloque completo. El paso de esa gente fue algo tragicómico, algo digno de contarse: gracias a Dios, repito, gracias a Dios que se fueron pronto, que no tardaron más tiempo por aquí. Si usted supiera. Pero pase, pase; no se quede ahí en la puerta. Y siéntese, por favor, mientras le sirvo algo: ¿coñac?, ¿uisqui?, ¿ginebra?, lo que desee, sin reparos por su parte. ¿Uisqui?, pues uisqui. Como le decía, menuda gente nos tocó en lotería con esa pobre familia: ¡ay la educación, cuánta falta hace en este país! Horribles, selváticos, peo-

res aún, pues tenían malas ideas, sobre todo los chiquillos y la niña más vieja, que la mujer, la pobre, lo que ya estaba era medio loca con tanto sufrimiento. Por lo que me enteré el señor dueño del piso, hombre discretísimo y muy solitario, apenas si se le veía, lo donó a aquella desgraciada gente, echaba de donde vivía y con el cuento de que estaba en ruinas; me enteré luego que allí levantaban un impresionante hotel. Pero vayamos a lo nuestro. ¡Fuerte desastre el padre! Siempre borracho y cantando a grito pelado, no importaba la hora o si usted estaba malo. Con decirle que lo vendió todo, todo cuanto le regaló aquel buen señor, empezando por los libros, ¡qué pena de libros, señor!, y acabando por la cocina de gas, todo, y no le engaño, incluyendo la alcaaba. Y para gastárselo con una querindanga que tenía en ese puerto: eso gritaba entre histerismos su mujer. Cuando ya no quedaba nada por vender, apenas si aparecía por aquí el menudo personaje; y si aparecía era para que creciera la gresca más aún, porque la infeliz señora no hacía más que dar berridos en la escalera, metiéndose con todo el que tropezara, ya ni uno podía asomarse a la puerta. Y mire que le avisamos al guardia; éste vino y le llamó la atención un par de veces, pero se cansó pronto y no quería jaleos. Que los denunciáramos en comisaría, nos dijo. Pero, a Dios gracias, la cosa se arreglaría antes de llegar a tales extremos, por otro lado molestísimos. Y de los niños aún no le he contado nada: ¡de miedo, señor, de miedo! Si le digo que

hacían sus necesidades donde les pareciera, en la escalera, en la misma puerta de uno, para luego con los excrementos pintarrear paredes, todo. Tuvimos que quitar hasta las macetas con flores. Y durante unos días les dio por traer unas ratas que capturaban vivas, cosas del diablo, señor, en algún estercolero y ponerse a martirizarlas en la mismísima escalera y delante de nuestros asombraditos niños o de nuestras mujeres, y maldito caso si hacían a nuestras recriminaciones, malcriados, sin escuela, siempre tirados por esas calles, pobrecillos, que, aunque a veces me entraban ganas de matarlos, en el fondo los compadecía. ¿Y de la niña?, de la niña, apenas si tenía trece años, más vale no hablar. No había noche en que no apareciera con un hombre que podía ser su padre a darnos un verdadero y escandaloso espectáculo por toda la escalera. ¡Y cómo se regodeaba de quien tropezase! Yo no pude nunca comprender tal degradación en una cría. Creo que se casó antes de que se fueran; eso decía la madre. Lo cierto es que dejó, la chiquilla, de venir por acá. En resumidas cuentas, que nos reunimos para lo de la denuncia en comisaría. Pero mi hijo, buen hijo, Dios le dé la gloria, propuso algo más humanitario: que, entre todos, le comprásemos el piso, al contado; de esta forma se irían y nos dejarían en paz. Nos costó dar con el borrachín jefe de la familia. Mi hijo se encargó de ello. Dio con él en un cuchitril del puerto, donde su querida. Quedó conformísimo desde que hablaron. Pero tenía que firmar tam-

bién su mujer el contrato de venta, le previno mi hijo. Yo lo arreglo, aseguró. Y vaya si lo arregló. Se vino para acá, mansito, a inducir a su mujer a que firmara el contrato. ¡Qué de gritos daba la infeliz! Que sí, bandido, quieres ponerme en la calle para gastarte todo el dinero con ésas, usted disculpe, que si no te importan tus hijos, que si. Nada, que la mujer no iba por las buenas y tuvo el marido que comenzar con las malas, palizas van, palizas vienen y sin que se cansara uno de golpear ni la otra de recibir. Estábamos, los vecinos, consternadísimos; nos sentíamos, en cierto modo, culpables de tales tormentos a la pobre mujer. Pero, gracias a Dios, la desdichada accedió y firmó; sabía escribir, lo que me extrañó, y se vio que tuvo bonita letra. Al fin se marchó la marabunta; podíamos respirar tranquilos. ¿Y qué hacer ahora con el piso?, preguntó uno. Mi hijo, qué bueno es, propuso que, si no les importaba a los vecinos, él se quedaría con él, para nosotros, sus padres, que ya estaban algo estrechos, tengo cuatro nietecitos, Dios los guarde, tan graciosillos los pillines. Para no cansarle, señor: mi hijo pagaría el piso mensualmente a los demás vecinos, él lo gana bien, gracias a Dios, que no desampara al bueno, y nosotros, sus padres, viviríamos en él. Aceptaron, y aquí me ve. Mi señora ha ido al Rosario y me sentía tan solo.

Aquel anciano de aspecto pulcro y albornoz verde chillón, su pelo blanquísimo y cargado, brillante, las gafas al borde de la nariz y mirada por

encima de ellas, calló y se puso como a mirar el pasado en su memoria. Sonreía abstraído. Aproveché su silencio para levantarme y salir de una vez. Se me hace tarde, le dije; cuando miró hacia mí, como despertado, le indiqué mi reloj de pulsera con el índice. Bien, bien, agradecido por su compañía —dijo respondiendo a mi sonrisa. Con el paso arrastrado llegó a la puerta y la abrió. Agradecido por el güisqui— su mano seca estaba fría entre la mía sudorosa y cálida. Mantenía la puerta entreabierta, quería preguntarme algo. Cuando ya abría yo la puerta del ascensor para bajar por vez primera en él, lo oí sisear. Me volví. ¿Es usted algo de esa gente?, preguntó. No, no; sólo los conocía de vista; bueno, adiós, y agradecido. Escuché un adiós bajito, absorto; el adiós de quien quiere recordar algo que se le escabulle cuando parece que ya lo tiene. Dentro ya del ascensor, y como un volcán que entró en aguantada erupción, reventé en una carcajada, lo que nunca, en una carcajada que me hizo lagrimar y orinar unas gotitas.

(1969-70)

LA TAZA VACIA

Sonreíste una y otra vez, cuántas veces. Creo que sonreías siempre, que jamás dejaste de sonreír. Sin embargo, y a pesar tuyo, te resulté ajeno y me considerabas tu propio, distante y me tenías próximo, inaccesible ahí tan a mano. Y decías, con el tono de quien hace un favor, y decías que me amabas, te amo, no susurrosa sino desafiante, como quien reta y exige acepten el desafío, te amo, que era lo triste no obstante tu perenne sonrisa, te amo, tan segura de ti, del sentimiento. Yo de cuando en cuando osaba buscar tus ojos con los míos, lo que aprovechabas para acentuar el cargante optimismo y el brillo de tus pupilas tras los cristales violeta de las gafas. ¿Y tú? preguntas ¿y tú? yo no decía nada ¿qué iba a decir? únicamente un gesto de desvío con la mano y el labio inferior, la vista baja. Pienso hoy en cuánto gozabas con mi creías que fingido desdén; pero te equivocas. No era fingido, aunque sí algo forzado, y me preguntaba dónde, que dónde estaría tu intuición de femenina, que para qué esa buena voluntad y mejor fe y ese loable, querías que fuera loable, ese loable deseo de quedar bien con tu Dios y ganarte así un trozo más de parcela

celestial. ¿Sabes? no sé si desprecio o si tan sólo vomito de aquellos empeños tuyos en mostrarme el camino de perfección, de triunfo verdadero, de aquellas samaritanas abnegaciones, lazarillo impertinente: y ¿por qué demontres continué yendo a esperarte?, abnegaciones que a fin de cuentas eran únicamente, dirías que no, la moneda con que estabas intentando comprar un poquito más de Gloria. Aún recuerdo la brillante hilera de dientes, tan perfectos, y el puntito de lengua que asoma, cariñosa sin dejar de sonreír, altanera, cuando llegabas de Misa, recién comulgada, efluyendo santidad, victoriosa, los libros abrazados contra el pecho, hola: ¡cuánto daño me hacías!

El muchacho dejó de escribir y llevó el cabo del bolígrafo a la boca para, absorto, morderlo, entornando apenas los ojos, supo que sudaba, que hace calor, que en resumen soy mariposa revoloteando siempre fuera, ves la luz y me lanzo a ella pero no, siempre hay un cristal contra el que tropiezas. ¿Dónde había leído esto?, ¿o eran palabras de ella, aprendidas en uno de esos libros que tanto me recomendó? El muchacho abrió del todo los ojos: de nuevo revoloteando: y sonrió con consciente amargura. Se levantó: la silla emite un rugido leve. Se levantó con fílmica parsimonia: y con fílmica parsimonia caminó hacia la ventana abierta y encuadrando este pedazo de cielo abrilero, limpio y fogueado, vetado a veces su silencio añil por el agudo la-

mento quejón de un mirlo imaginado sobre la brisada hoja de una platanera. Pero, de súbito, fue un imprevisto cogotazo de aire tibio y fue el temor de que volase la hoja: habían abierto la puerta que da al pasillo y tengo que correr hacia la mesa y atajar con un manotazo el papel iniciando el vuelo: debe avisar antes de entrar, mamá, bien podría hacerlo. Con la corriente de aire, fugaz, llegó el aroma dulzón, te traigo la yerbaluisa que pediste, y cerró cuidadosamente la puerta, pobre vieja, dije ah ya ni me acordaba, déjela ahí mismo. Aproveché que no hubiese nadie en la tienda para hacértela, puso la infusión donde le dije, tu padre no tardará en llegar y debes bajar antes que venga y no te vea abajo, hijo, y de soslayo mira lo escrito ¿una carta? Si llega, pues que llegue, a mí qué; y si se calienta, pues peor para él, que tendrá que volver a enfriarse ¡vamos ya con el tío este! ¿pues no se ha creído que? Sí, una carta o algo por el estilo, cómo quema esto, ma. Que lo dejara enfriar un poco, un poquito tan sólo, que como te sabe es calentito, ¿a una chica? Me sorprendió, si supieras cuánto, el ¿a una chica? en tus labios, maíta, tu mirada siempre temerosa, parpadéante, aquellas manos secándose sin cesar con una esquina del delantal, sí, era a una chica, no del barrio, ni la viste nunca, que la había conocido en la Universidad durante el cacho de curso que allá estuve, entre soplo y sorbo de la infusión, está buena el agüita, muy rica; dijiste ajá, sonriendo picarona, ¿cuánto haría que no te veía sonreír,

cuánto?, ajá, y que te volvías abajo, no fuera a venir alguien a comprar. El muchacho colocaba la taza, vacía, sobre la mesa, junto al papel: baja, hijo, que te encuentre allí, mira que ya no tarda. Y cerró la puerta con tanto esmero que ni oí el picaporte, volví a sentarme, releí lo escrito. El muchacho releía lo escrito, me arde la boca, para que ahora me salgan ampollas en la lengua, le gustaba su letra cursiva y pareja, delicada, y de nuevo la rabia inesperada, incomprensible, al recordar esa foto de bodas, ma, amarillosa de vieja, los dos tiesos y serio él y sería tú, siempre la expresión sumisa de tus labios, ma, ¿había amor ahí, aunque tan sólo ahí? ¿alguna vez? y se le hacía impensable al muchacho ¿cómo? ¿por qué? el acto de su concepción, repugnante, y luego otra vez esas inaguantables ganas de llorar entre risas de loco y gritar, aullar que todo es una broma infernal, una tragedia bufa, maíta, con tu caminar de gallina, de aquella gallina pateada por padre en uno de sus arrebatos de demente cuerdo, y ganas de llorar mansamente cuando imagino que fuiste joven y deseada, sí, y deseada, y ahora mira esa nalga más alzada que la otra, la espalda que se te joroba, ese modo de caminar ¡ay ese modo de caminar!, el papel temblándole entre las manos, los párpados fuertemente apretados, las mandíbulas tensas y encabritado el retumbido del corazón, alteradas las sienas sudorosas, tililando. No acabé de releer lo escrito: el muchacho dejó la hoja sobre la silla, miró la taza durante momentos antes de tomarla amo-

rosamente en sus manos y llevarla, vacía, a los labios. Hoy pensó: la vida: una taza vacía de la que bebes, no, de la que intentas beber: inútilmente.

Y vuelve a abrirse la puerta a sus espaldas, esta vez violentamente, me levanté, el muchacho se levantó, con rapidez, sobresaltado, temblorosas sus venas, sus sangres, que parecían abandonar las mejillas y buscar alocado asilo en su pecho casi a explotar. ¿Qué hay p?, no pudo evitar el cachetón, que me hace tambalear, agarrar al borde de la mesa con una mano, la otra instintiva a la cara, una lágrima indócil colgando ya, ni que le cogiera con cuánta saña por la oreja, a mí, ya casi un hombre, y lo impeliera contra el vano de la puerta. Aquí se detiene el muchacho y trinca con el mayor de los odios sus dientes: fue tanta la rabia que no oí cómo a mi detrás se acercaba, y sus ojos al pensar: lo leerá, lo le. Ni aunque lo hubiese intentado, habría podido esquivar la enorme patada en el trasero que casi me hizo rodar escaleras abajo: ¡a despachar, gandul!

(1971)

MENOS DA UNA PIEDRA

A ISIDRO MIRANDA, IN MEMORIAM

Antes de emborronársele del todo, giró su atónita mirada en busca de inútil asidero. No vio dónde agarrarse. Trastabillea cinco trancos muy camellunos, algo zambos, con la sensación de andar sobre el sedoso lomo del torcido sueño de una viuda, según la canción de Mendoza. Se detuvo, oscilante, y flexionó lentamente las piernas hasta quedar de rodillas, ceremonioso, flácidos sus brazos caídos, aplastando tierra con el velludo dorso de las manos crispadas. Luego balanceó durante gomosos instantes, como dubitativo, los ojos ya cerrados, y se desploma al fin con respetuosa grávidez y sin que le diese tiempo a colocarse en cruz.

Más tarde confesaría Martina, confesaría que, mientras, no se había movido: no me moví un pelo de donde estuve, satisfecha aunque una pizca como borracha y observándolo con un extraño detenimiento hasta llegar a difuminarlo casi y confundirlo, a momentos, con el polvo blanco del suelo, y no estupefacta, más bien creo que un poquitillo estúpida, igualito que si asistieras a ese espectáculo que en realidad resulta que no



te interesa y al que, mira por donde, atiendes no obstante con embelesada curiosidad, la mirada fijísima y quemona, plantada a su detrás, sin perderle un movimiento, porque él, nadita más recibir el macanazo dio la media vuelta, así, como paso de baile cantinfludo, y quedó dándome la espalda, su anchísima espalda desnuda y bronceada, pues ¿no sabías? a mi marido le chifla andar por la casa sin camisa ni camisilla y presumiendo por supuesto que él te diría que no, y presumiendo con su corpachón atlético, los hombros destellantes si hiciera sol.

Lo golpeó con esto, claro que supongo agarrado por ambas manos, que con una sola creo no pudiera; no vea usted cuánto pesa esto:

se me reía fortísimo, escandaloso, burletero, casito caballo relinchón, y repite que repite «cobarde, cobarde», viéndome con el martillo en las manos, sin hacer caso a mis amenazas «no me provoques, no me provoques», él no me conocía bien por lo visto, que yo no me reía y debería haberse dado cuenta de que maldita era la gracia que me hacían sus chanzas, todo allí por los suelos, tanto tiempo aseándome para nada, para que venga el endino a echarlo a perder con sus boberías, siempre de gracioso, sin personalidad ninguna de hombre y sin que se diera cuenta de que la rabia no es cosa de un momento, sino que es cosa de muchísimos, uno detrás de otro años y años, de muchísimos momentos, pero ¿él? él nada, de esto no

sabe nada, él sólo sabe de echársela por ahí con sus camisetas apretaditas, de mangas cortitas, para que todos vean qué molleros gasto, qué pecho, el muy presumido, como si yo no supiera lo suyo con extranjeras, claro que una tiene hijos que mantener y es honrada, que si no ya sabes.

El mazo se le escurrió de las manos sudorosas, no por flojera que le entrase al ver lo hecho, no, más bien porque se le olvidara sostenerlo y de que pesaba lo suyo, a punto de majarse un pie la pobrecilla. Y si de algo se arrepiente Martina, y si de algo se arrepiente, es de no haberle sacudido mucho antes y muchísimo más fuerte, pues poco es para lo que se merecía el bandido ese, hombre. Lo que sí la invadió fue una especie de soñarrera, seguro que cosa del tiempo, pesado, el cielo lleno de nubes barrigudas, pero bochornoso, y a veces se extraña de que no le pasara por la cabeza preguntarse, acercarse a ver, si lo había matado.

«Ya se lo cargó», se susurró Guzmán, divertido y luego de escupir el millo que chupaba desde el amanecer, «ahora sí que se lo cargó. Bien hecho», al verlo allí, botado, inmóvil, el martillo pedrero entre los pies descalzos de la Martinilla, erguida, arrogante ¿arrogante?, sí, arrogante, «¡qué mujer!», el susurro le provocó una tosecita que acierta a callar con la palma callosa de su única mano. no fuese ella a oírle y saberlo aquí, espiando, «y el polvo de la vida crujiará de placer al sorber tu sangre», canturreó mentalmente mientras pug-

naba por colocar, trémulo, la colilla entre sus desdentadas encías. Martina vuelve a mirarse los pies con el fin de avivar su rabia.

Y vio cómo el barniz que recién había dado a sus uñas era una costra de tierra granulosa:

yo bien tranquilita que estaba bajo la parra, creía que sola, pues él debe dormir a esas horas, y me arreglaba los pies la mar de entretenida

Guzmán logró afirmar la colilla. Secó un moquillo picón y se refriega la nariz con cierta alegría.

cuando va el caballerito y se me acerca por detrás, silencioso, siempre jaranero él, y no se le ocurrió otra cosa que estallar, qué susto, que estallar un cartucho lleno de aire y pegado a mi oreja, no vieras el chillido que pegué

Por si acaso, Guzmán, cuando esto, había cerrado un poco más, con cuidado no chirrié, la desvencijada portezuela del postigo.

y vieras cómo rodé por los suelos, tan lavadita que estaba, y ver todo tiradito, derramado. Dios, qué odio, qué odio.

Ahora, en la mohosa penumbra de la buhardilla, que a algo extraño huele hoy, y sin apartar la vista de abajo, de Martinilla en el patio, Guzmán echaba mano ciega a la cajetilla de fósforos, introducidos sus engomados pulgar e índice

en el bolsillo trasero del raído mono azul de Luisín, el puchito adherido ya a sus labios, «qué agallas de mujer, ni agacharse a ver cómo quedó el marido». Pero lo mejor fue hace cosa de un par de meses, que esta mañana no ha sido gran cosa, sólo una poca de muslos y algo de los senos, poco. Aquella mañana, donde mismo lo ven, pero de pie, Guzmán esperaba como de costumbre. Empezó por los brazos, hasta los hombros, el cuello y lo alto del pecho, la cara y cabeza las dejaría para el final, luego las piernas, no te esperabas eso, no, verla justo enfrente, de súbito, como adrede, pero te hacía durmiendo, tú le dices que a dormir cuando te preguntaba adónde va, sí se creía sola, los niños en el colegio, Luis en el taller, Richa descansando, tú durmiendo, y viene y se coloca enfrente mismo, desparrada sobre el bañero, la falda toda arremangada y prendida a la cintura, aseándose la entreingles, casi te desmayas falto de resuello. Y por única vez Guzmán pensó decidido en ahorrar, ahorrar para hacerse con unos prismáticos de aquellos que tenía el caballero cuando su paseo por el malecón a presenciar la regata de botes y, muy educado, fue el señorón y lo mira sonriente y luego se los alarga con gestos de suficiencia «tenga, tenga y vea», «oh no, no, señor, muchas gracias pero, no faltaría más», «ande, ande», y ya tendía Guzmán el brazo con delicada avidez, los apresó firme, no vayan a caerse, y se los llevó a la cara, le costó afirmarlos contra los ojos, regularlos, el caballero, gentilísimo, le ayudaba,

«¿bien ya? ¿vale?» «sí sí», eufórico como un chiquillo, y los barcos tan lejos que estaban te parecen ahí mismito, hasta poder ver qué comían los tres marineros aquellos.

Notó cansancio en las corvas, demasiado tensadas, y decidió Martina ir, levantar el taburete, las cosas se recogerían luego, y sentarse y esperar a ver qué. Por fin Guzmán había trincado la caja de cerillas y extraído de ella un fósforo, al que, sin perder la atención hacia el patio, intentaba hacer prender contra las rugosidades del alféizar. Y quiso su sino que lo lograra, pobrecito, al tiempo que una araña cayera de la parra justo hacia el escote de Martina.

Guzmán no alcanzó a divisar la araña. Tampoco advirtió que Richa, en el suelo, se movía apenas. Lo que le sacó de quicio fue ver a Martina, de súbito, levantarse como aguililla fogueada y quitarse la blusa con presteza, casi a desgarrones, sacudirse con manotazos, meter los dedos en el sostén, dejar un pecho albísimo fuera. Y se acuclilló Guzmán. Y se acuclilló, abandonando el cajón, embebido, amusgando la vista hasta los linderos de la imaginación, soflamados sus cachetes, sus sienes, y osado como nunca al abrir un poco más el postigo. De pronto, sintió el imprevisto y fatal mordisco de la llamita del fósforo en la yema del pulgar. Y no se entretuvo Guzmán en registrar que el último testimonio humano que oíría iba a ser aquel inocente ¡caracho! emitido por su sorprendida vocecita gan-

gosa y mientras se sacudía de encima aquel inesperado colmillito de fuego, minúsculo y fugaz cocuyo que atravesará parabólico la penumbra hacia el maloliente vómito de crin del despanzurrado colchón de su Genara en paz descanse.

¿Y dices tú que era de tea? Sí, era casona antigua de tea su mayor parte, sobre todo en lo alto. ¿Y lo del petróleo? Es que, por lo que se dice, aquella misma mañana, Martina subió a la buhardilla, quinqué en mano, a conseguirle unos trastos a su hijito Ricardín, para cosas de la escuela, trabajos manuales por lo visto. Ya arriba, se le ladeó el quinqué, se desparramó petróleo sobre la crin y, en fin, ya has visto. Las desgracias, hijo, las desgracias.

Martina no tuvo tiempo de saberse asombrada ni de apreciar cómo su marido empezaba a incorporarse poco a poco, gimiente. La enorme, repentina llamarada había surgido como por artimaña del diablo, amenazando tragarse todo el edificio en lo que se restriega el ojo. Y corrió como enfebrecida hacia la casa coronada de fuego. Richa, incorporándose, sin salir de su estupefacción, guiñando la mirada, sacudiendo primero el polvo de los pantalones, incrédulo aún, tentándose luego el enorme chichón de su frente, la vio perderse, iluminada, el torso desnudo, por la puerta de la cocina, en la que aparecería al rato con un envoltorio contra el pecho y gritando «¿y mi abuelo? ¿y mi abuelo?», volviendo de vez en vez la cabeza, sudorosa, el incendio ya apo-

derado de todo el edificio, tentáculos de fuego en todas las ventanas, Richa, anonadado, volteaba la mirada de su mujer a la casa, indeciso, sin saber qué hacer, «¡no estaba en su dormitorio, no estaba!», gimiendo, y su hijito berreando entre sus brazos, contra su seno.

Hay una canción de Virginio Mendoza, el cubano, que dice, tú se la habrás oído seguramente. Vamos a ver cuál. Sí, que dice

*De los sentires del hombre
explicación no pretendas,
que, por muy sucio que sienta,
mucho menos da una piedra.*

¿Y qué? Pues que no la entiendo, viejo. Ni yo.

Martina, Richa la sostenía solemne contra su tórax, sollozaba. No había otra solución que admitirlo: aquel espantoso muñequito manco de carbón que retiraban de entre los escombros de la casa derruida eran los restos del abuelito Guzmán.

(1972)

NOCHEBUENA

A pesar de la excitación que lo embargara durante todo el día, y contra lo a suponer, Santiago sí lograría conciliar preciso y repentino el sueño, justo nada más caer, vestido y calzado, en la cama: lo que hube de achacarlo a la reciente velada plena de ajetreos eróticos que habría tenido con la señora viuda del tal Erikson, su última conquista amorosa según me habían informado. Insomne, ya aburrido de tanto esforzarme en dormir, yo lo había sentido abrir con la torpeza del borracho el portón de la calle, yo lo había imaginado atravesar con mal simulado sigilo el pasillo hacia el retrete, yo lo había oído nítidamente orinar con largueza, yo lo había oído seguidamente subir la escalera con el ruidoso temor del que no quiere hacer ruido, yo lo vi surgir en el penumbrado marco de la puerta de nuestro dormitorio tras abrirla con esa típica ansiedad del que llega al muelle luego de una larga travesía, yo lo vi botarse con el abandono de los satisfechos sobre la cama vieja de matrimonio que comparte conmigo, su hermano menor. Mamá duerme abajo, en el cuartito junto a la cocina y en la cama de un cuerpo, turca, que había sido durante mu-

cho tiempo de la abuela Mariana en paz descansase. Las niñas, mis tres hermanas, lo hacen en la alcoba que fue de papá y mamá, aquí al lado y en tres camitas preciosas y llenas de muñecas. Santiago es el mayor y ya se midió para el cuartel. Sí, yo soy quien le sigue en edad. Como supe, mamá subía con un vaso de leche caliente que puso sobre la mesita de noche tras encender la lamparilla. Yo seguí fingiendo dormir, de espaldas a Santiago: anda y toma esta lechita, anda, que te hará bien, Chaguito. Así estuvo hasta que lo daría por imposible, pues Santiago sólo respondía con resoplidos e incoherencias, tan fuerte lo había trincado el sueño, dichoso. Mamá apagó la lamparilla entre suspiros de resignación, y se fue, pero había dejado el vaso con la leche en la mesita. Me levanté, rodeé la cama por los pies, toqué el vaso, esperé un poco a que se enfriara y me bebí a sorbitos la leche. Miré el reloj, eran las cinco menos diez, y así supe que llevaba sin poderme dormir casi cuatro horas y media, y gracias a que no me lo había tomado tan a pecho, y gracias. Aproveché que me había levantado y entorné casi del todo la ventana, que hube abierto de par en par a causa del sofocón que me entrara al principio del insomnio cuando forcejeaba yo por dormir; y porque ahora se metía un frescor que molestaba lo suyo: el cielo estaba totalmente limpio, plagado de estrellas diminutas y la luna no se veía por ninguna parte. Durante breves momentos me detuve a contemplar el rostro apacible de mi hermano, su boca

entreabierta, el filo de sus dientes superiores rozando apenas el labio inferior, lo que le daba ese aspecto de sonriente socarrón que tanto agradaba a las amigas de mis hermanas, la vibración imperceptible de las aletillas de su nariz al compás de una respiración mansa, inocente. Le quité los zapatos y lo tapé con una sábana que había sobre la silla de mi lado. Volví a tenderme y volví a cerrar los ojos e intentar no acordarme del pecado, no acordarme de que hay gente que no están en gracia, no acordarme de papá, no acordarme, no, de papá, no acordarme del otro Santiago, del Santiago que no había mucho con la viuda sueca, del otro, no de éste que dormía a mi lado, éste tenía que estar en gracia, éste no podía haber perdido el derecho a ser hijo de Dios, ese rostro no podía ser enemigo de Dios, no, no acordarme de que habría dos Santiago, tres, miles, infinitos Santiago, como tantos yo habría en mí, como tantos papá habría ¿tantos? en papá. Y como no quería recordar esta tarde víspera de Navidad, papá papá papá, y como no quería recordar ese besito en la mejilla de imprevisto cuando el cura nos recomendaba desde el altar que la paz estuviera con nosotros, Carmenrosa Carmenrosa Carmenrosa tu sonrojo sonriente y mi sonrojo enervante, y como no quería recordar a mamá encabezando la cena festera sin papá y sin Santiago, su fingida alegría y las canciones perturbadoramente alegres de las niñas, y como no quería imaginar a Santiago con la sueca celebrando su particular Navidad, y co-

mo no quería imaginar a papá en su: oh Dios oh ¿por qué tanto no y no, por qué? Papá esta tarde, de improviso, después de muchísimo tiempo sin verle, años, huidizo, saliendo de aquel restaurante tan malo, su andar triste, tan envejecido, tan desaliñado, y sin las gafas, cegato, pasando a mi lado sin verme, en qué pensando, a dónde iría, yo enmudecido por la sorpresa y sin poderle gritar papá espera, quieto, plantado y Carmenrosa tironeando de mi brazo, lo dejé ir, lo dejaba ir, escapar, se perdió entre la gente, se perdía entre la gente que bullanguera y dichosa acrecentaría hasta los límites de lo inhumano esa angustia que vislumbé en su cara, esa cara que se prenderá hasta el fin en mi alma, esa angustia tan inimaginable, ¿por qué no vuelves a casa, papá? ¿por qué en lugar de tu dinero no vienes tú? papá de improviso había aparecido, desaparecido, Carmenrosa de mi brazo preguntando ¿qué te pasa, Tito?, nada nada, papá se perdía de nuevo y para siempre, más viejo que lo había estado en mi imaginación, más desaharrado que en mi imaginación, y yo estudiando con su dinero, con su sangre hecha dinero, y todos en casa viviendo de su dinero, de su agonía tras un escritorio hecha dinero, ¿por qué nunca has vuelto, papá? ¿qué pasó entre ti y mamá, papá, qué fue lo que pasó, qué culpa tenemos tus hijos para que no te acerques ni a vernos, qué?, Carmenrosa volvía a preguntarme qué me pasaba ahí tan callado y mirando al suelo y la jeta triste qué, y yo le volví a mentir que me daba pena en

una noche como ésta, de alegría, que haya gente pobrecita que no tenga para llevarse a la boca y mira a nosotros felices y comeremos y cantaremos y beberemos como si estuviéramos solos sobre la tierra y todo fuera dicha y alegría porque Dios nace para salvarnos y, Carmenrosa sonrió apretándose contra mi brazo y diciéndome no seas bobera que la vida es así y nadie puede cambiarla y para que haya mundo tiene que haber de todo, bobito, y que gracias había que darle a Dios porque nosotros tengamos al menos ilusión ¿no? y yo le sonreí mentiroso y triste que sí que tenía razón y volvió a apretarse contra mi brazo ¡Dios, papá, Dios!, un viejo borracho cantaba que esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad. Luego me dormí, creo. Y sería antes de las seis pues no oí que mamá se preparara para ir como siempre a la misa del alba.

Santiago tenía que contármelo, era su última hazaña y no había tenido ocasión para ello el día anterior. Y como no lograba aguantarse las ganas, me despertó nada más vino del baño y antes de que comenzara a vestirse. Le pregunté la hora, por inercia. Creo que me dijo que más de las doce, me viré hacia arriba con los ojos cerrados pues la claridad cegaba y le dije di, aunque yo ya había sabido de la hazaña, todos los que le cayeron al paso tuvieron que saberla y uno, no recuerda quién, me había informado: pues que bajaba yo por la calle de los Granados, decía Santiago mientras se ponía los calcetines, tranquilito,

a menos de veinte por supuesto y venía de dejar una mercancía cuando va y me sale ese Mercedes último modelo de quien ya sabes, de quien todos sabemos, por la carretera central que se encuentra con un ceda el paso al desembocar en la de los Granados y va y noto que quiere meterse sin respetar preferencia y pero yo le grité al chófer antes de que se metiera ¡eh tú, que tienes que esperar! y entonces salía el que todos sabemos, que iba atrás con su correspondiente puro habano entre los dientes, y me mira y le oigo que dice a su chófer con el desprecio de la dignidad que da el dinero, y va y le dice «tú sigue» y yo, que agallas me sobran, me arranco con un acelerón y cataplán, le metó un viaje con toda el alma en el guardafangos y se lo escacho a modo, pues ¿qué se creía el tío abusón ese, hombre?, y ¿qué pasa luego? pues que luego se baja el chófer a defender la dignidad de su patrón mentando a la madre que nos parió con los peores tonos que pudo y a lo que yo maldito caso que hice, ya conocen ustedes la cachaza que me arrastro y el aguante que me trato, y vengo y con toda la calma del mundo me bajo del coche como si no hubiera pasado nada, con el cuadernito de pedidos en una mano y el lápiz en la otra y la seriedad en el rostro, miro el desperfecto en la óptica, en el parachoques, en el guardafangos de la furgoneta y sin hacer caso a los improperios del chófer, que de canijo no se atrevería a meterme mano, voy y le digo «por favor, me da el nombre de su Seguro y firma aquí reconociendo que tuvo

la culpa por no respetar la señal de ceda el paso», el choferito se desconcierta y mira para su amo, que oía todo y que mascaba el habano y que le dice al pobre chófer que suba y que arranque y que me vaya yo a la mierda, pero entonces yo, más rápido, me subo a la furgoneta, le doy al arranque, la pongo en marcha y me le atravieso al Mercedes «eso sí que no» dije «de aquí no se sale hasta que me digan su Seguro y me firmen que tuvieron la culpa del choque», ya los claxonazos de los coches que se embotellaban hacían asomar a las gentes a sus puertas y ventanas, y el que todos sabemos se baja del coche y se pone al lado de su chófer y me dice tras tirar el habano al suelo que qué me pasaba, que qué modales son éstos, que si no veía quién era él, que, «mire, señor, yo sabré quién es usted, pero su Seguro paga el roto de mi furgoneta o no me muevo de aquí», los claxonazos eran cada vez más numerosos y apareció un motorista a ver qué pasaba, empecé a hablar pero me mandó a callar y se dirigió al que todos sabemos, que dio su versión, lo que no satisfizo al motorista claro, pero éste, caliente, va y me dice que, si quiero, que denuncie pero que no interrumpa el tráfico o me mete una multa y yo le dije que sí que denunciaría, no faltaba más, y que por favor me diera el número de su placa por si hacía falta de testigo pues yo

Santiago, ¿hace mucho que no ves a papá?, le pregunté. Desde mis ojos cerrados noté que le había cogido de sopetón la pregunta. «Pues sí,

tanto que ni me acuerdo». ¿Sabes dónde trabaja? «Pues no». ¿De verdad? «De verdad, ni me interesa». Luego hubo un silencio y él se volvía a anudar la corbata. ¿Ni dónde vive? Tardó en contestarme, quizá fastidiado por no haberle dejado terminar el cuento de su hazaña: «no, ni me interesa». «No». ¿De verdad? «Te he dicho que no, carajo, y te repito que me importa un cojón». Ayer por la tarde lo vi. «Por mí que le den morcilla», dijo ya en la puerta y antes de dar el portazo. Desde mis ojos cerrados lo oí cantar abajo, en la cocina quizás, y mientras bromeaba con mamá quizás, eso de esta noche es Nochebuena.

(1975)



taller ediciones JB

autores canarios

colección taller uno

ediciones económicas de bolsillo

formato 11 × 18

serie: crítica literaria/ensayo

- 7** Domingo Pérez Minik
La novela extranjera en España
- 16** Juan Marichal
Tres voces de Pedro Salinas

serie: creación literaria/narrativa

- 3** Juan Cruz Ruiz
Crónica de la nada hecha pedazos
(3.ª edición)

9 Emilio Sánchez-Ortiz
P. DEM. A3S

- 13** Agustín Espinosa
Crimen, Lancelot 28º-7º, Media hora jugando a los dados
(Prólogo Alfonso de Armas)

15 Luis Alemany
Los puercos de Circe

23 Juan Cruz Ruiz
Naranja

27 Emilio Sánchez-Ortiz
O

colección taller siete

BiblioteCan

formato 11 × 19

serie: narrativa canaria contemporánea

- 1** Manuel Padorno
Quieren Tañerme (poesía)
(En preparación)
- 2** Elfidio Alonso
Con los dedos en la boca
- 3** Fernando G. Delgado
Tachero

4 Juan Manuel García Ramos
Bumerán

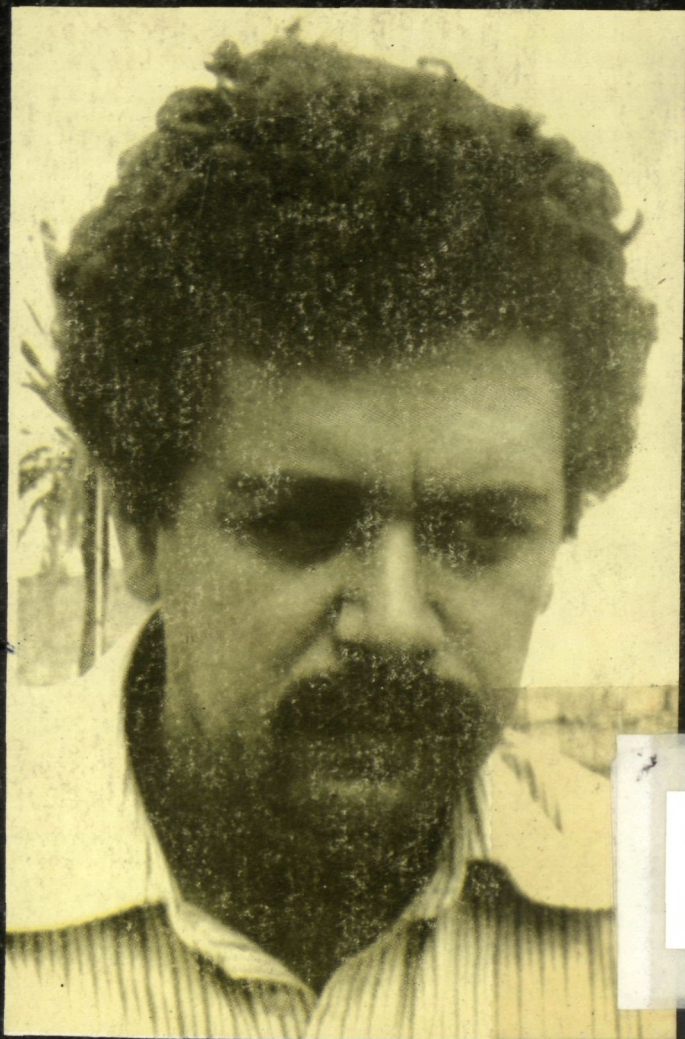
5 Félix Francisco Casanova
El don de Vorace

6 Pórfido Santos John
El exterminio de la luz

7 Víctor Ramírez
Cuentos Cobardes

taller siete
BiblioteCan

ISBN 84 7330 046 7



taller ediciones JB